This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5915.2.32

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

POESÍA MILITANTE

POR

Don José de la Rica y Calvo
Ministro de España en el Uruguay

Tercer millar

MONTEVIDEO
IMPRENTA DE «LA ESPAÑA MODERNA»
1894

Span. 5915.2.32
~~SAL 1724.1.3~~

HARVARD COLLEGE LIBRARY

DEC 24 1915
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Poesía Militante

POESÍA MILITANTE

POR

Don José de la Rica y Calvo
Ministro de España en el Uruguay

Tercer millar

MONTEVIDEO
IMPRENTA DE «LA ESPAÑA MODERNA»
1894

SAL 7724.1.3
Span 5915.2.32

MAY 10 1916

Poesia Militante

COMENTARIOS Y RECUERDOS

I

Hay momentos históricos, como el que acabamos de atravesar de la celebracion del cuarto centenario del descubrimiento de América, en que la poesia se apodera de todos los ánimos, inspira á todos los corazones y reclama imperiosa la primacia entre las voces que se hacen oir á los pueblos. Dias y periodos en que se vuelven los ojos á lo pasado y de lo que él en-

via á la memoria y de los intensos sentimientos presentes se quieren hacer brotar luminosas profecías de lo porvenir. Un hálito irresistible hace vibrar las liras de los poetas y todas se aprestan á obedecerle inquietas y estremecidas con ostentoso alarde de infinitos cantos.

La voz de la Poesía, que en mil susurros dulces y melodiosos serpeaba y corría acá y allá por humildes y familiares corrientes y en ecos de individuales amores, vibra tonante de pronto á los oidos de los pueblos y les grita con solemnes acentos:

«Os proponeis cantar glorias? sintetizar hechos grandes? grabarlos en juveniles corazones? Condensar las pacientes enumeraciones de la historia y las conquistas de la crítica lenta y analizadora, en frases vibrantes como las notas de un clarin guerrero, bellas como perlas y enérgicas y lacónicas como las sentencias de un Tácito?—¿Quereis convertir los áridos juicios filosóficos en férvidos sentimientos y elevar los sentimientos á la fuerza de nobles y firmes propósitos?

«¿Quereis que la belleza de vuestras páginas

heroicas fascine á una generacion desmayada y la impulse á imitaciones en que no soñaba?

«¿Quereis que una frase de inspiración divina sea el galardón justo é imperecedero de una gloria por extranjeros y envidiosos calumniada?

«¿Quereis que los grandes hechos de los héroes, que no nos han dejado en autobiografías y propias confesiones el secreto de su íntimo pensamiento, adquieran una viva luz interior y no aparezcan más en la historia del mundo como grandes azares ciegos y silenciosos, sino cual grandes voluntades de una conciencia reflexiva y luminosa?

¿Queréis que el mundo vea en vosotros el noble orgullo de una gran historia y escuche la definición de más intensa eficacia de su carácter propio y exclusivo y de su excelencia sobre las historias de otros pueblos?...

«Pues ¡ea! abridme paso; dejad que me adelante: á mi me toca todo eso! –Ya mi vista ha recorrido vuestros libros y documentos. Ya sé lo que dicen—y lo que dicen me ha estremecido... Ya conozco vuestras miras

—y la idea de darlas vida y cumplimiento me arrebata... Dejad que me encumbre sobre vuestros libros hacinados; sobre vuestros códices y mapas; sobre vuestras cátedras y museos y monumentos, y sobre todos esos pedestales míos... Ya mi suelto cabello y mi túnica flotan al viento! Ya escucho las liras que vibran á mi soplo, con tales acentos, que harán callar todas las ironías que me acusan de frívola y ambiciosa y usurpadora... Ya me gozo en mis cantos y en los ecos sublimes que llevarán á las edades venideras... Ya mis ojos extáticos y arrasados en lágrimas, vagamente mirando, solo ven y contemplan esa luz que vosotros mismos habeis encendido ante ellos: esa hermosa luz de la historia, del deber y del sentimiento!»

II

Con qué universal y rítmico clamoreo, en todos los ámbitos de la tierra ocupados por las ramas de la familia española, ha sido obedecida esa potente llamada de la poesía en esta conmemoración, dígalo el que haya pretendido—y pretendido de seguro en vano—reunir cuantos poemas é inspiraciones han nacido entonces en España y en las Repúblicas hispano-americanas, merecedoras una y otras del dictado que se aplicaba á los árabes españoles: «la Raza del Canto».

Si ya la grandeza y número de los hechos pa-

sados y presentes que van envueltos en la idea del descubrimiento explican esta explosión lírica de nuestra raza, aún la deberemos mirar con ojos más benévolos y cariñosos, cuando en ella vemos, como hemos visto, una explosión unánime, sincera y espontánea de esa aproximación entre todas las ramas de la familia española, que partiendo del respeto recíproco á la independencia y constitución política propia que cada una de ellas se ha dado, se encamina á una agrupación más estrecha, y más firme union de sus ideas, sentimientos é intereses morales y materiales.

Al coro de esas infinitas liras se unió la pobre mia, y valgan sus cántigas lo que valieren, que á mí no me toca determinarlo, notorio es en esta ciudad tan benévola para mi y en toda la República, pues no ha habido ninguna que no haya sido reproducida en la prensa de los departamentos, el eco que han alcanzado esas sinceras inspiraciones mias, pobre reflejo de las glorias que evocaban, pero ardiente y veraz manifestación de mis convicciones en punto á la hermandad, cohesion y

grandeza que deseo para nuestra raza española. El puesto que desde hace tres años tengo la honra de ocupar explica, más que el mérito de tales poesías, el interés cariñoso y general que siempre han despertado y hasta la eficacia que han tenido para dar brillo y extensión al movimiento de redoblada simpatía que el centenario provocó en el pueblo oriental y su ilustrado gobierno.

Pero si al puesto oficial deben, sin duda, mis escritos la mayor parte de su éxito, ¿porqué no he de sentir también algun orgullo ante el hecho de la corriente de recíprocos y comunes sentimientos que ha ido acercando à mí, cada vez más, al pueblo á quien me dirigía?

Desde mi llegada he tenido ocasión de pronunciar discursos y recitar trabajos literarios en el recinto de varios Centros españoles. En el mismo concepto oficial me hacia oir entonces, y no eran, sin embargo, tan vivas y vehementes como despues lo han ido siendo, en creciente progresión, las explosiones de simpatía, que en mi última lectura, por ejemplo, la de la poesía «¡Santiago!» en el Centro Ga-

llego, me impidieron durante algunos minutos dar comienzo á sus primeros versos. Justo es consignar y agradecer ese sentimiento, independiente del de respeto que se consagra á la representación oficial. Aquella inmensa y patriótica muchedumbre veia en mi al español que siente y desea lo que ellos sienten y desean, que lo siente acaso con más profunda y viva pasión, porque acaso es poeta.

III

Casi todas las poesías que componen esta colección, tanto las conmemorativas del descubrimiento de América y múltiples hechos históricos relacionados con él, como las referentes á otros asuntos de carácter nacional ó de fantasía, han sido pedidas al autor, al mismo tiempo que su cooperación y á veces su iniciativa, para organizar y hacer prosperar fiestas, veladas, actos sociales diversos de los Centros españoles y orientales, que podían redundar en honor de España y en provecho de su legítima influen-

cia moral. Esta consideración y el deseo de buscar un titulo que sirviera de lazo común á las poesias, me sugirió el de *Poesía militante*. Por medianas que sean, ese carácter *militante* no les ha faltado, como se ve en las anteriores lineas y Montevideo sabe. Perdónenme los aborrecedores innatos del verso, que ven abismos entre dos ideas iguales y aun sujetas á la misma sintáxis, pero expresadas la una en verso y la otra en prosa—perdónenme, repito, la insinuación que mi titulo se atreve á hacer de que tales poesias han servido de algo.

Para moderar su inquinia y austeros desdenes al pobre verso, quisiera yo verlos de continuo funcionando como individuos de comisiones y juntas organizadoras de fiestas y solemnidades de cuyo buen éxito fuesen responsables. Quisiera yo también que se enterasen de los mezquinos resultados que á veces alcanzan en empresas y propósitos serios multitud de escritos, fórmulas y documentos, que mueren por su aridez al nacer; resultados muy inferiores á los de otros escritos en que el mismo propósito se busca indi-

rectamente y va, sobre todo, envuelto en floridos deleites. Pero aun con esta demostración, temo yo que los que llegan, si, á confesar la eficacia que en el manejo de muchos asuntos alcanzan las suntuosas comidas y los halagos sociales de diversa índole, no lleguen nunca á desechar su desdén ingénito y sistemático hacia la poesia. Digo que lo temo, y en realidad no seria esta la palabra propia y adecuada, pues encuentro más original y peregrino, más atractivo y sobre todo más *poético*, el hecho de que la poca ó mucha influencia que á la poesia es dable alcanzar en la sociedad moderna, esté negada y condenada de antemano, escarnecida y declarada nula, y elevada, en una palabra, á la categoria de fruto prohibido.

IV

El vivido relato de las fiestas y solemnidades que han dado origen á mis composiciones, sería, creo yo, más que ellas mismas, interesante y curioso. No desconfío de condensar un dia en un libro los recuerdos de mi residencia en Montevideo, para que vayan á buscar á los que más ó menos amortiguados conserven de mí las muchas personas que me han distinguido con su amistad y simpatías.

Hoy debo solo hacer breves indicaciones de esas solemnidades, que expliquen la ra-

zon de ser y la forma y tendencias de mis versos. Y de veras lo siento, porque la memoria y la fantasía vuelven con cariño á aquellas escenas y se extenderian de buena gana en su descripción, llevándome primero á bordo del «Ciudad de Santander», á repetir de nuevo la alegre fiesta celebrada en beneficio de la Sociedad de Salvamento de Náufragos- en que la cercanía del puerto deseado y el felicísimo viaje que terminaba se unian á la mú, sica, la multitud de luces eléctricas, adornos' agasajos, bromas y risueños accesorios que forman una fiesta social moderna, para hacer olvidar que el bajo profundo de aquella algazara era el rumor del profundo mar y que aquel piano que daba notas tan jugueto-nas y locas iba tambien vibrando al impulso de la hélice potente, solicita é incansable como todos los que contribuian á la velada y autora por su parte del mejor *número* del programa: la vertiginosa carrera que nos acercaba á la bella Montevideo—*El canto de la Sirena* que por mi voz oyeron los pasajeros, eco y símbolo como es de poéticas personifica-

ciones, no era sino el recuerdo de todos los aspectos que el mar y el cielo habian ido presentando á nuestro viaje; de las gaviotas, delfines y peces voladores que nos habian acompañado; de las palomas que venian viviendo á nuestro lado, de todas las pintorescas circunstancias de una travesia dichosa, evocadas—¡oh rendido culto á la verdad en el arte!—en el mismo órden en que los pasajeros podian dar fé de haberlas visto y oido... con excepción de la Sirena misma!—que las sirenas son solo verdad para los poetas, grandes amantes suyos y pertinaces en escucharlas y entreverlas,—como que las oirán y vislumbrarán, á pesar de los discordes silbidos del vapor y de la muchedumbre de importunos buques, mientras vibre por los aires el susurro del mar y se unan en el horizonte olas, brumas y luz con las trémulas formas de los sueños...

V

Ay! ese mar, esa pérfida sirena, habian de enviar á la lira del poeta, pocos meses despues, en las alas de un furioso *pampero*, de uno de esos vendabales de terrible fama en las costas uruguayas, ecos é inspiraciones más lúgubres. No lejos de Montevideo, y á la altura del cabo Polonio, el naufragio de la torpedera argentina «Rosales», cuando se dirigia hacia Palos en España para asistir, por invitación del gobierno español, á la conmemoración de la salida de Colón, contristó á la

ciudad de Buenos Aires y á su hermana Montevideo, y arrancó lágrimas españolas, entre las cuales está mi poesía *Náufragos Argentinos*. En Montevideo, ciudad impresionable y generosa, la pena causada por el siniestro revistió durante algunos momentos un carácter especial de ansiedad y de horror.

El mismo *pampero* que arrastró á la triste nave al fondo del mar azotaba con furia sus calles y sus viviendas; ya el primer rumor se había ido trocando en el trascurso de dos ó tres días en grave alarma, en noticia confirmada, en verdad amarga y desconsoladora. Aún persistía el rudo vendabal en Montevideo y aquella última noche en que ya la duda no era casi posible dictaba con sus angustias la primera frase de mi composición:

... Vago lamento
lanzado por un sér que ya no existe
va llegando fatal—lejano y triste,
en las trémulas ráfagas del viento...

VI

VUELVAN la alegría y el esplendor, que, con excepción de ese triste incidente de la «Rosales», han sido los dignos y adecuados compañeros de cuantas solemnidades han conmemorado en Montevideo el Centenario. Estamos en ese mismo mes de Julio del naufragio, pero en recinto tan deslumbrador, que ahuyenta del ánimo todo recuerdo triste. El Ateneo Montevideano celebra una gran velada literaria y artística en el principal teatro de Montevideo, que ofrece un cuadro de belleza

y luz dificil de describir. Las damas que componen la comisión de la fiesta y las numerosas señoritas de la mejor sociedad que toman parte en ella como aficionadas al arte, y todas las que llenan palcos y platea, forman uno de esos conjuntos seductores que revelan hasta qué punto el don de la hermosura ha caido pródigo y halagüeño sobre las montevideanas. La elegancia y el lujo que allí se ostentaban: la exaltada animación de aquel público, unido por corriente más íntima que la ordinaria con aquellas jóvenes y bellas «artistas» cuyos ensayos había ido siguiendo con creciente interés en varios salones de la buena sociedad; la alegría, en fin, que excita en un pueblo que acaba de atravesar una ruinosa crisis económica toda fiesta ó acto social que parece indicar el recobro de las fuerzas y de la vitalidad perdidas, hacian que corriera como voz general y como eco de universales esperanzas la afirmación de que aquella velada reanudaba la serie de las fiestas brillantes largo tiempo interrumpida por la crisis.

Las «marchas» del «Tanhäuser» y del «Pro-

feta» resonaron en diez y ocho pianos, en cada uno de los cuales una señorita y su caballero correspondiente lucian su gusto artistico y sobre todo aquella precisión necesaria para el conjunto y que habia costado muchos estudios y trabajos.

¿Qué decir de las sublimes arias de la señora Madorna de Rosiñol, á quien va dedicado mi soneto titulado *Encanto*, y del *racconto* de *Cavalleria Rusticana* que nos hizo oir aquella interesante y graciosa joven, Joaquina Arraga, á cuya triste é inolvidable memoria habia yo de consagrar más tarde la poesia que lleva en esta coleccion el título de *Amargura*? ¿Porqué se han perdido sus melodiosos cantos en el silencio, y porqué no es posible volverse á poner bajo el hechizo de aquella voz y de aquel corazón que enviaba fuego á sus modulaciones? de aquel corazón, digo, vivo, latiente y juvenil,—pues su voz aun resuena y brota de las vibraciones de algunos fonógrafos que recorren la América... Ah! pero no escucheis nunca en los fonógrafos mas que voces desconocidas é indiferentes, que no resulten crue-

les para vuestra alma aunque á semejanza de lo que antes digo del triste lamento de los náufragos traído en alas del viento, sean ecos vivos y trémulos desprendidos de un sér que ya no alienta y yace mudo é inerte, apagada la llama de su vida, más efímera que sus cantos de amor y de juventud!

VII

En medio de esas armonias musicales, el doctor don Evaristo C. Ciganda, el elocuente orador uruguayo, á quien aqui doy de nuevo las gracias y deseo muchas prosperidades politicas en su actual mision de diputado, leyó expresivamente mi composición *Envío á Chicago*, uno de los primeros chispazos literarios que el centenario produjo en Montevideo y de los que contribuyeron á encender aquel fuego sagrado que tan viva claridad despidió meses después. Alúdese en la primera parte de ella

á la exposición histórica de Madrid, próxima á abrirse entonces y á la cual el gobierno uruguayo habia de enviar una coleccion científica tan interesante para el estudio de la historia pre-colombina, y se alude tambien á la gran exposicion universal que se preparaba en Chicago. Glorifica mi poesia el cambio de raza, verificado á consecuencia del descubrimiento, primero en la América española y luego en la inglesa y simbolizado en la belleza femenina, física y moral, que hoy brilla en los pueblos que habitan la América; glorifica, digo, esa gran victoria de la raza blanca caucásica con todas las grandes consecuencias del predominio obtenido sobre las primitivas americanas, que aun miradas con la poética generosidad de nuestro Ercilla en su *Araucana*, á cuyas heroinas se alude en las octavas décima y siguientes de mi poesia, representan en la historia de los sentimientos, de la inteligencia y de la belleza del género humano una página más sombría, rudimentaria é inperfecta. Trabajos históricos y críticos publicados mucho despues del *Envio á*

Chicago (1) reflejan el temor que algunos escritores abrigan de ver menguada y oscurecida la posicion eminente que hoy ocupa en el mundo esa raza blanca superior á todas, pero menos numerosa aun que las inferiores. Temen que le suceda lo que á la bella y sublime raza griega de los tiempos clásicos. Pena me cuesta á mí creer que la victoria definitiva no haya de quedar por la belleza, la inteligencia y el sentimiento más eminentes y de mayor excelencia.

«La raza blanca, dice Mr. Fonillée, que parece superior á las demás, ¿está ya amenazada, como algunos han dicho, de absorción ó de retroceso progresivo por la marea creciente de las razas negra y amarilla? Después del crepúsculo de los dioses ¿tendremos, dentro de algunos siglos, el crepúsculo de los blancos? Hanse aventurado acerca de este punto los pronósticos más contrarios. Muy

(1) Le caractére des races humaines et l'avenir de la race blanche—por Mr. Alfred Fonillée del'Institut de France.—Revue de deux mondes, 1er. juillet 1894.

Pearson—National Life and Character, Londres, 1893.

recientemente, un libro de Mr. Pearson, ex-ministro de Instrucción Pública en Australia, producía una verdadera emoción entre ingleses y americanos. En nuestro país, Mr. G. le Bon y Mr. Barbé habian ya anunciado la rivalidad inminente de las tres grandes fracciones de la especie humana. Los tergiversadores de la historia, tan numerosos allende el Rhin, presentaron un dia como una «lucha de razas» la guerra fratricida entre Francia y Alemania, dos paises, en realidad semejantes por su composición étnica. La verdadera lucha de razas que han de ver los siglos venideros, y quizá el siglo próximo, es, segun se pretende hoy, la de los negros y los amarillos contra los blancos, y más especialmente, la de la vieja civilización china contra la nueva civilización europea. Os consumís y agotais, nos dice Mr. Pearson, en armamentos gigantescos contra pueblos que son cercanos parientes vuestros: gastais en eso vuestro oro y perdeis vuestras fuerzas, en tanto que «los bárbaros reunen las suyas para la estación que viene»...

Dan mucho en que meditar las palabras de los autores citados, por más que en estos mismos momentos vemos precisamente combatida y aun humillada esa misma «antigua civilización china» por la «nueva civilización moderna» encarnada en un pueblo de raza amarilla también. En el inmenso número de individuos de raza negra y amarilla, más me parece á mi existir un peligro respecto á la «pureza» de la raza que como resultante de todas las actuales se vaya formando en el mundo, que un peligro para el «predominio» de la raza blanca y su civilización, acatada—y aun agradecida—por tantas razas de color. A este propósito diré—y me parece éste uno de los pormenores más curiosos del Centenario—que en uno de los teatros de Montevideo, en el de San Felipe, celebraron las gentes de color una velada literaria y musical para agradecer á su modo á la Reina Católica y á Colón la luz religiosa y la libertad política que al terminarse estos cuatro siglos se presentan á la vista como dos grandiosos resultados hijos del descubrimiento y colonización del nuevo mundo.

Pero dejando á un lado todas estas profecías, diré aquí que no comprendo cómo algunos poetas hispano y norte-americanos, siendo como eran hijos de la raza caucásica y empleando como han empleado los grandes idiomas de Cervantes y Shakespeare en que la inteligencia y personalidad de esa raza están cifradas y condensadas, han tomado como bandera de una especie de separación y alejamiento moral—más radical y amargo que la segregación puramente política de América respecto á Europa,—la imágen artística de las primitivas razas americanas, y las han idealizado y resucitado en forma de poéticos héroes y heroínas. Queriendo ostentar una indebida y ya inútil generosidad con lo que apenas existe, han sido injustos con sus valerosos padres, que con la fuerza de un valor y de un ingenio superiores á los de sus vencidos, han dejado á sus hijos una vida más elevada, una sangre más noble, un semblante más sublime como expresión é imágen de la belleza divina.

Sólo en ese concepto de lucha por el predominio de la raza caucásica, con su religión

cristiana, sus artes y sus ciencias y su hermosura, puede aceptarse y enaltecerse el gran renacimiento presente de la politica colonial que con nuevos brios se lanza á la conquista del mundo africano.

Como merecida y suficiente respuesta à los poemas aludidos, adórnese su texto, prescindiendo de *ilustraciones* convencionales, con fototipias exactas de individuos de la raza que enaltecen como bandera de guerra y división. Por lo demás, no necesito indicar que entre los poemas inspirados por esta tendencia hostil á la idea del predominio de la raza blanca y aún á la idea de la comunidad de sentimientos y tradiciones entre la raza europea que ha operado tan grandiosa transformación y los pobladores actuales de América; no necesito, digo, indicar que entre esos poemas no incluyo á los que, á semejanza del inspirado de Zorrilla de San Martin «Tabaré», no tuercen esa poética generosidad, análoga á la de la «Araucana» del épico español, á dañados y malévolos intentos.

Sin falsear la verdad, difícil es atribuir á

razas inferiores los sentimientos delicados con cuyo reflejo nos deleita y conmueve la literatura. Un gran escritor ha mostrado en este punto, con un rasgo sutil de ingenio, la condición que algunas de las heroinas á que ántes aludo deberian llenar á fin de aspirar con justo título á la personificación de tales sentimientos. Me refiero á Chateaubriand y á su famoso libro la *Atala*. Cierto que muchos solo se representarán á su memoria esa obra como el conjunto y la serie de escenas en que el amor de dos salvajes se desarrolla en la sublime soledad de un desierto de espléndida y virgen vegetación. Y en efecto, á semejanza de los cuadros y estampas que nos presentan su romántica figura como la de una semidesnuda salvaje, Atala entra en escena en el libro inmortal que lleva su nombre como la hija de un guerrero salvaje, como la hija del magnánimo Simagán el de los brazaletes de oro Pronto, sin embargo, empiezan á vislumbrarse y á adquirir por momentos más extraordinario relieve los rasgos singulares de su carácter, que á Chactas dejan tan perplejo

y cautivado. Aquel crucifijo de oro que apenas se veia brillar trémulo en su pecho en la noche en que se presenta al triste prisionero como la virgen de los últimos amores, va tomando proporciones inmensas y alzándose poderoso entre los dos amantes, al mismo tiempo que crece el amor de Atala, ese amor que la hace exclamar: «Yo te amo como á la sombra de los bosques en los ardores del mediodía. Eres hermoso como el desierto con todas sus flores, con todas sus brisas. Si me inclino sobre tí, me estremezco, y si mi mano toca la tuya, paréceme que voy á expirar... Y sin embargo, pobre Chactas! nunca seré tu esposa».

«Ah! cuán divina me pareció la sencilla salvaje, dice Chactas en su relación; la ignorante Atala, que de rodillas ante un añoso y elevado pino, como al pie de un altar, ofrecía á Dios sentidas oraciones por un amante idólatra! Fijos sus ojos en el astro de la noche, y brillando sus mejillas al doble llanto de la religión y del amor, su hermosura presentaba un sello inmortal. Muchas veces me pare-

ció que iba á remontar su vuelo hacia el sereno firmamento; muchas creí ver bajar en los rayos de la luna y escuchar en las ramas de los árboles esos genios que el Dios de los cristianos envia á los anacoretas de los peñascos, cuando se dispone á llamarlos á sí...»

«Las interminables contradicciones del amor y de la religión de Atala; su ternura extremada y la castidad de sus costumbres; la altivez de su carácter y su exquisita sensibilidad; la elevación de su alma en las cosas grandes y su susceptibilidad en las pequeñas, la convertian en un ser incomprensible para mí. Atala no podia ejercer sobre un hombre un débil ascendiente: llena de pasiones, lo estaba también de poder, y era forzoso adorarla ó aborrecerla».

¿Qué secreto es ese de Atala, que tanto anhela conocer su amante y que al fin logra arrancarla, entre el estruendo de una furiosa tempestad y en medio del abrazo que hace rodar las lágrimas de su amada? El secreto mismo del encanto poderoso de aquel carácter complicado: el secreto mismo del en-

canto del inmortal libro de Chateaubriand

Dejemos narrar á Chactas: — «Luego estrechando en mis brazos á la hija de Simagán, la dije: ¡Mujer! tu me ocultas alguna secreta amargura... Ah! lo veo: lloras tu patria!—¡Hijo de los hombres! ¿Cómo lloraría mi patria, si mi padre no era del país de las palmeras?—¡Cómo! repliqué lleno de asombro ¿tu padre no era del país de las palmeras? ¿Quién es, pues, el que te ha colocado sobre esta tierra? ¡responde!» Atala dijo: «Antes que mi madre llevase en dote al guerrero Simagán treinta yeguas, veinte búfalos, cien medidas de aceite de bellota, cincuenta pieles de castor y otras muchas riquezas, había tenido relaciones con un hombre de la raza blanca»...

«Y quién era tu padre, pobre huérfana? la pregunté; ¿qué nombre le daban los hombres en la tierra? ¿cómo le llamaban los genios?»— «Nunca he lavado los pies de mi padre, me contestó Atala; únicamente sé que vivía con su hermana en San Agustín, y que se ha mostrado siempre fiel á mi madre: *Felipe* era su

nombre entre los ángeles, y los hombres le llamaban *Lopez.*»

Al hacer á su Atala, el gran escritor francés, hija de un español, daba á su carácter una base de verdad y de poesía, oculta y profunda, es cierto, pues el aspecto exterior y pintoresco de su heroina había de quedar para la generalidad de las gentes en su forma de *salvaje*, como el de Chactas, personaje elaborado tambien con la influencia indirecta, pero no menos eficáz, de ese mismo español Lopez. Todo se comprende ya en el patético drama de aquellos dos seres colocados en el desierto americano, y los rasgos del carácter de la heroina adquieren una luminosa unidad. Sus contradicciones; la poética vehemencia de su amor; su tierno recuerdo de su verdadero padre y el respeto y dignidad con que habla de su padre adoptivo; su valor en los peligros de esforzada creyente; el prestigio y misterioso poder que ejerce sobre los salvajes, que la miran inertes desatar las ligaduras de Chactas; la dramática lucha entre su amor y el voto religioso hecho prime-

ro por su madre y luego por ella misma; su tierna emoción ante las sencillas y comovedoras ceremonias del anacoreta que asiste á sus postreros momentos, y por último, el sublime éxtasis religioso de su agonía,—son rasgos en que Chateaubriand ha querido conscientemente pintar, tomando un hermoso símbolo, la primera huella de la raza española en una raza americana; la infusión de sus elevados ideales en un pecho salvaje pero femenino; la belleza de sus altivos amores y su religión cristiana, unidos en un alma generosa y rodeados del cuadro majestuoso de la virgen naturaleza americana. Conscientemente, digo, y véase, sino, en prueba, entre otras muchas, esta frase de Atala: «Al pronto, no conocí el peligro de aquel juramento, pues llena de fervor, cristiana verdadera, y altiva además, porque es española la sangre que por mis venas circula, no vi en mi derredor sino hombres indignos de mi mano, y me felicité por no tener otro esposo que el Dios de mi madre. Pero te vi ¡jóven y gallardo prisionero! Compadecí tu suerte, y me atreví á

hablarte al resplandor de la hoguera del bosque —y entonces sentí todo el peso de mis votos»...

Justo me ha parecido traer á la memoria, bajo un punto de vista no examinado aún por ningún crítico, para mezclarlas á las evocaciones del Centenario, esta personificación y pintura, hechas por un escritor francés, y que á semejanza de los pedestales elevados á Isabel I y á Hernán Cortés por escritores norte-americanos, deben consolar á los españoles de muchas injusticias.

Perdonad si en el recuerdo de creación literaria tan bella me he detenido con perezosa complacencia, y perdonad tambien—ó por el contrario agradecedme—que me aleje un tanto de los comentarios y explicaciones concretas de mis versos. Cuando me voy á acercar á ellos, siento que se me traba la mano y me embarga el doble temor de alabarlos ó echarlos por tierra, cosas ambas que igualmente quiero evitar. Básteme el no salir de la atmósfera en que mis versos se inspiran y se mueven, formando con ella un todo de ideas y sentimientos armónicos y solidarios.

VIII

La composición que con el título de *La cruzada española* figura en este libro, fué escrita expresamente para el álbum histórico-literario, el «Montevideo-Colón», que se publicó para conmemorar el día 12 de Octubre de 1892. Importancia duradera y aun creciente ha de tener esa gran colección de escritos, muchos de ellos elegantes é inspirados y algunos publicados en facsímile de la escritura de sus autores; colección en que un día irán á leer con respeto los uruguayos el recuerdo y el pensamiento de tantos de sus escritores, hombres de Estado, pro-

lesores, generales y periodistas. Esa importancia me impulsó á buscar en las inspiraciones de mi poesía, á fin de dejarlos consignados en aquel monumento de la literatura uruguaya, los rasgos característicos del pueblo español que le predestinaban, por decirlo así, á ser el pueblo del descubrimiento, entre los varios pueblos europeos á quienes Colón brindara con su invento; y los rasgos característicos, también, y las diversas fases y etapas de la conquista española. Es una poesía simbólica, en que aparecen condensadas diferentes épocas de la historia. En esta edición, la he dividido, por medio de números romanos, en diferentes partes, con el solo objeto de que aparezca aun más patente su unidad de inspiración y de idea fundamental, á la cual contribuyen, con estrecho encadenamiento, todas esas partes.

Por lo demás, tanto esa poesía, como *Visión heróica*, el artículo *El Centenario* y el soneto *12 de Octubre de 1892*, no son más que eslabones de la larga série de trabajos literarios, discursos y múltiples manifestaciones,

que en concepto de Representante de España y Presidente honorario de la Comision del Centenario he debido hacer en aquel periodo memorable y en los dos aniversarios sucesivos La celebración de 1892 ha dejado hondos recuerdos en Montevideo, literarios y sociales. De los primeros, quiero consignar aquí algunos, acudiendo al «Montevideo-Colón»; de los segundos, esto es, de las brillantes fiestas de Octubre, haré rápida mención.

Debo empezar por la referencia del Mensaje del Poder Ejecutivo de la República, que por un rasgo delicado que tengo motivos para no creer involuntario, lleva la fecha del 17 de Mayo, dia aniversario del natalicio del Rey de España: del Soberano cuyo gobierno habia invitado á todas las Repúblicas hispano-americanas á esta celebracion. En el Mensaje se pide á las Cámaras un crédito de veinte mil pesos para atender á los gastos de las fiestas destinadas á «honrar en la persona de Colon y sus cooperadores el episodio que compendia la entrega irrevocable de un nuevo hemisferio á la actividad del género humano.»

Llamo ahora la atención de mis lectores sobre los párrafos del discurso pronunciado en el Senado Uruguayo el 14 de Junio siguiente, al discutirse ese crédito, por el Senador don Alejandro Magariños Cervantes, el hombre de Estado y eminente escritor cuya pérdida reciente deploran todos los ciudadanos Orientales. Por el solo hecho de darme ocasión natural para recojer con respeto, en un libro español, sus declaraciones, celebraría yo mi propósito de publicar éste. Y no es tanto porque en las palabras del ilustre americano haya el intento de mezclar sus loores á los innumerables que España ha oido en esta época, cuanto por la profunda intención y miras de hombre de Estado con que ha presentado, en enérgica síntesis, los nobles y bien ganados títulos de España al afecto de las Repúblicas del Plata, y ha levantado con atrevimiento la bandera de nuestra raza frente á la de las razas primitivas. Ha recordado, además, en materia de límites territoriales, antecedentes españoles, un *pasado español* que es para muchos la esperanza de *un por-*

venir uruguayo;—si bien lo relativo á este último punto, yo no hago más que consignarlo á título de recuerdo histórico.

He aquí los párrafos de su discurso y las indicaciones de la votación unánime y solemne:

«Honramos así nuestra procedencia de origen, título que todas las naciones muestran con orgullo, y que en nuestra raza no cede á ninguna en heroismo, en nobleza y en virtudes cívicas.

«Los timbres de nuestros antepasados son glorias nuestras, porque fuimos españoles durante tres siglos, y aun hoy, independientes, somos todavía los que sentimos correr su sangre en nuestras venas y hemos heredado sus buenas y malas cualidades, sus grandes dotes y sus grandes defectos: «españoles nacidos en América, segun la expresiva frase del duque de Frias.

«En un estudio sobre nuestro poeta Figueroa, y en el discurso que pronuncié como rector de la universidad hace años, decia:

«El eslabón más fuerte de la nacionalidad

de un pueblo es, sin disputa, el tesoro de tradiciones históricas, politicas y literarias, acumulado por las pasadas generaciones, para honra y gloria, pará estímulo y enseñanza de las presentes y futuras... un pueblo sin historia carece de la primera condición de nacionalidad: es un expósito entre los demás pueblos. ¿Ignoran esto los que se empeñan en repudiar en todos los terrenos la tradición ibérica, que eslabona su pasado á nuestro presente, su vida á nuestra vida?

«En homenaje á los manes de Colón, que después de consumada su obra, vivió y murió «cual víctima expiatoria de su conquista audaz;» en homenaje á los manes de Solis y Alvarez Ramon, sacrificados por los *charrúas* en las costas del Uruguay (isla de San Gabriel); en homenaje á Garay, que reconstruyó la ciudad de Buenos Aires, arrasada por los *Guerandíes*; á Hernando Arias de Saavedra, el Hércules de las selvas Paraguayas; al padre Bernardo de Guzmán, fundador de la primera población en la Banda Oriental, al gobernador Inclán, que arrojó de las mu-

rallas almenadas de la Colonia á los usurpadores portugueses; al Virrey D. Pedro de Zeballos, que volvió á desalojarlos en 1762 de la misma plaza que habian vuelto á ocupar, y se apoderó de las fortalezas de Santa Teresa, Santa Tecla y San Miguel, y, vencedor, *invadió audazmente la provincia de Rio Grande y tierra adentro, muy adentro, clavó los marcos divisorios entre las posesiones españolas y portuguesas;* en homenaje al inclito don Bruno Mauricio de Zabala, ilustre fundador de Montevideo y de tantos otros que sería largo enumerar, como Azara que exploró los grandes rios del virreinato y trazó la linea fronteriza con el Brasil, pido al Honorable Senado que, poniéndose de pié, vote por aclamación el presente Proyecto de Ley enviado por la Cámara de Representantes.»

(Se vota y es aprobado).

«Que conste en el acta que ha sido unánime la votación, y hago moción para que se suprima la segunda discusión».

(Así se resuelve).

Citaré ahora algunas hermosas frases del

estudio titulado «Los pueblos de América» que en el mismo álbum insertó el doctor don Juan Cárlos Blanco, ex-Ministro de Relaciones Exteriores y actual Presidente del principal Club de Montevideo, orador elocuentísimo, que en este breve trabajo ha emitido algunas ideas de filosofía histórica, interesantes é inspiradas:

«La España, dice, debia perdurar, porque, como el león de su escudo, deja siempre la marca de su garra, vengan los que vengan después, y quedó ella dueña de la mayor extensión de la tierra que habia descubierto y de las innumerables islas que, como inmensas esmeraldas, matizan el mar de las Antillas.

«Si el anglo-sajón era el ejemplar que surgia como representante de las modernas concepciones humanas, armado, en su mente y en sus ideas, de fuerzas para realizarlas, el ejemplar hispano tenia la resistencia del granito y no podia ser desalojado ni fundido.

«Era el tipo férreo, descrito por Estrabón, fantástico en sus amores, fantástico en sus

guerras, que después de los horrores de la Edad Media, de luchas legendarias y de padecimientos sin cuento, se encontraba el mismo, soñador y osado, como para conquistar un mundo y agregar con sus fuerzas un nuevo canto á la Iliada.

«Era el actor del pasado; pero tan fuerte y poderoso era, que el actor del porvenir, venido más tarde, lo contempla todavia en el mismo *escenario* del siglo XVI, reproducido en sus descendientes, los americanos del Sur.

....

«Oh! la España, la Inglaterra—las enemigas de siempre en eternos campos de batalla—no perpetuarán ya sus guerras, pero perpetuarán su genio y su raza en la América, mientras dure la civilización cristiana y hasta que otra transformación de la humanidad no venga á arrancarla de sus bases».

Habla luego del V Centenario, en que una ciudad del Nuevo Mundo, Montevideo, tal vez, ó Buenos Aires, convocará, como en el IV convoca Chicago, á una inmensa celebración y dice:

... « Y entónces, Inglaterra se alzará orgullosa, diciendo: hablan mi lengua, la lengua en que escribió Shakespeare, *el creador de almas*, más millones de seres que los que habia en Europa entera; y España, á su vez, se alzará entonces, no más altiva, porque eso ya lo es hoy, sino á la altura de su gloria y dirá: hablan mi lengua, la lengua en que escribió Cervantes, *el creador de ideales*, más millones de seres que los que los que estaban bajo mis dominios cuando en mis *Estados* no se ponía el Sol».

Para no ser prolijo en mis citas, pues la tentación es grande cuando voy recorriendo los «pensamientos» del doctor don Julio Herrera y Obes, Presidente á la sazón de la República, de Monseñor Soler, Obispo de Montevideo, y de muchos otros hombres importantes, voy á presentar como síntesis de todos ellos, el «pensamiento» formulado por el doctor don Manuel Herrero y Espinosa, Ministro en 1892, de Relaciones Exteriores. A continuación del suyo, insertaré el que para publicarle como autógrafo me fué pedido simultáneamente. Obe-

deciendo ambos, sin habernos puesto de acuerdo, á la misma idea dominante, nuestras declaraciones se completan y son como un saludo fraternal y espontáneo que el Ministerio de Relaciones Esteriores y la Legación de España cambian en las páginas del «Montevideo-Colón».

—

«El IV Centenario del descubrimiento de América origina el más simpático movimiento de fraternidad entre las Repúblicas americanas y la madre patria. Las sombras del olvido borran en la penumbra del pasado el recuerdo de los agravios, de los disgustos y de las luchas sostenidas entre las antiguas colonias y la gran nación á que deben su origen.

Asistimos á una fiesta de familia:—los hijos dispersos, ya mayores de edad, se congregan bajo el techo del hogar para festejar un aniversario común, y sólo habla la gratitud, que es el patrimonio de los corazones honrados,

Formulemos, con tal ocasión, un voto sincero por la prosperidad y el engrandecimiento de la nación española, por el noble pueblo en cuyo seno viven todavia con prestigio los ideales morales que más dignifican á la especie humana.

MANUEL HERRERO ESPINOSA.»

—

«La conmemoración del Centenario, que evoca tantas glorias pasadas, simboliza en lo presente la cordial amistad entre los pueblos de origen español, y la convicción, cada dia más arraigada en todos ellos, de que el mayor brillo y la conveniencia de España y los Estados hispano-americanos requieren y nos aconsejan aparecer ante el mundo, no como naciones aisladas, sino como individuos de una misma familia, unida y solidaria en todo aquello que el derecho internacional haga posible y aun ensanchando los estrechos moldes

establecidos para el uso general de pueblos por completo extraños ó rivales entre sí.

Montevideo, 12 de Octubre de 1892.

José de la Rica y Calvo.

Legación de España.

—

Citas igualmente numerosas pudieran hacerse en punto á versos, siendo notables algunas poesías y entre otras las de los señores don Luis Piñeyro del Campo, que fué después también Ministro de Relaciones, don Nicolás Granada, el diputado poeta, don José García del Busto, don Manuel Bernardez y otros muchos vates. En representación de todas, y siguiendo siempre la corriente de ideas que da unidad á este libro, trascribiré

aqui el bello soneto titulado «El Centenario» de don José Sienra Carranza:

¡Era el inmenso océano misterioso
Sin opuesta ribera,—allí la tierra
Termina,—allí se extingue, allí se encierra
El sol de ocaso en antro pavoroso;

Pero—otro sol—el genio portentoso
Rasga la sombra que á su edad aterra,
Y con el mar y con la ciencia en guerra
Un mundo arranca del abismo undoso!

¡Así surgió la América, radiante
De galas, de perfumes, de esplendores!...
¡Así, al volver del tiempo, hoy, más brillante,

Al aire arroja un Niágara de flores,
Alza un nimbo en los Andes, centellante...
Y por Colón y España estalla en loores!!

La mención antes prometida de las fiestas, será rapidísima, pues aunque muchas de ellas tuvieron rasgos característicos cuya descripción excitaría el interés de los madrileños,

exigirian más espacio que el que este libro puede ofrecerles. Y respecto á los montevideanos ¿quién no recuerda aquí aquellos festejos en que todo el mundo tomaba parte, siendo su organización, su brillo y su importancia, obra común y colectiva del gobierno y del pueblo, de la iglesia y del ejército, de los nacionales y de los extranjeros? Prestáronles su cooperacion todas las clases sociales, y descollaron las damas entre los elementos que más contribuyeron á su esplendor.

Misa campal, funciones teatrales de gala, veladas y bailes—entre los cuales sobresalió el del Club Uruguay—en los Centros y Sociedades; arcos triunfales, gallardetes por las calles y por los mástiles de los buques; iluminación de mágico efecto que se prolongaba también, con esplendente rastro, desde las bulliciosas calles á los fantásticos buques surtos en la bahía; carreras de caballos, torneos y toros; fiestas á bordo, entre las cuales recordaré la dada en el Crucero Español «Cristóbal Colón», con asistencia del Presidente de la República y, por último, una procesión

cívica, presidida por los altos poderes del Estado y Cuerpo Diplomático y á la cual asistió el pueblo entero de Montevideo, á fin de colocar en el puerto la primera piedra de un monumento á Cristóbal Colón; procesion que dió motivo á las señoras para asociarse una vez más á aquellos populares y simpáticos festejos, lanzando á la comision directiva desde ventanas y balcones multitud de flores, Flores en tanta abundancia, que las calles del tránsito quedaron todas cubiertas y alfombradas. Justo era que por la parte que á España tocaba;—y debo consignar que yo como representante suyo me vi continuamente obligado por la cortés violencia de los altos dignatarios de la República, á ocupar siempre un primer puesto, que á veces, ó por delicadeza ó por olvido, no tomaba,—justo era repito, que á esas flores y á un bello y cariñoso brindis pronunciado por el señor Presidente de la República al terminar, con un refresco en la Capitanía del Puerto, aquella procesión, correspondiera yo con un discurso de gracias, que inserto aqui, tomándole

de La España del 14 de Octubre de aquel año:

«El elocuente y cariñoso discurso del Señor Presidente de la República me impulsa á pronunciar palabras de agradecimiento en mi concepto de representante de ese país tan enaltecido y festejado en estos solemnes momentos.

«España! América! Siempre que se pronuncian estas dos palabras, hay que pronunciar necesariamente otras dos santas palabras: madre! hija! que no son una metáfora, que expresan un hecho y un vínculo reales y efectivos, que hacen pálidas cuantas pudieran añadirse, que lo dicen todo y lo explican todo.

«No excusan, sin embargo, la expresion de la gratitud. De pechos bien nacidos es el agradecer profundamente y gozarse en manifestarlo así: tambien la madre, en fiestas de familia como lo es ésta, al ramo de flores que le presenta la hija cariñosa, responde con lágrimas de ternura.

«La República Oriental ofrece hoy á España ese ramo... y ved que tampoco es esto metáfo-

ra poética, pues henchidas están mis manos de las flores con que nos han cubierto las graciosas damas de esta ilustre Montevideo, que espontáneamente han querido asociarse á una fiesta relacionada de un modo tan íntimo con los arranques generosos de la mujer, con el ardiente impulso de aquella noble mujer, dechado de reinas y de mujeres.

«Al tener la honra, hace algunos meses, de presentar mis credenciales, manifesté que era doblemente gloriosa para mi la misión que me confiaba S. M. la Reina Regente, por coincidir con este periodo en que España y los hijos de España iban á celebrar y conmemorar juntos la gran epopeya del descubrimiento. Aquellas palabras, que entonces eran un grato augurio, son hoy espléndida realidad.

«Yo me complazco en repetir ahora, pero acumulando y agregando á mis sentimientos de entonces toda la gratitud que hierve en mi pecho por lo que en estos meses vengo presenciando respecto á mi patria y por las cordiales atenciones que esta sociedad me ha dispensado personalmente; me complazco, digo, en repeti-

tir los más sinceros votos por la prosperidad del eminente hombre de Estado que rige los destinos de la República, por la prosperidad de su gobierno y la del noble pueblo uruguayo!»

IX

En *el 2 de Mayo — Evocaciones y recuerdos.* En cada uno de los años 1892, 93 y 94 han celebrado los españoles residentes en el Uruguay, segun costumbre tradicional, aquella fecha gloriosa, y á esa celebración y á los números especiales de periódicos españoles publicados en ese dia, pertenecen los tres sonetos, que llevan el título con que este capítulo empieza.

Sabido es en España y en América que las fiestas conmemorativas de nuestra guerra de independencia contra Napoleón 1.° sirven hace ya bastantes años de ocasión para

expresar nuestros sentimientos de cordial amistad á Francia.

No conozco casos en que otras naciones hayan mostrado tanta flexibilidad para convertir en símbolo de afecto internacional el recuerdo de una defensa victoriosa contra un ataque injusto: flexibilidad que al par que revela sentimientos generosos, indica el ingenio vivo de un pueblo entero, que no quiere encadenar irrevocablemente su libertad de accion respecto á otros pueblos á los hechos y sentimientos de una época determinada, por gloriosa que sea, de su historia.—Y realmente, si las conmemoraciones históricas hubieran de significar—y hay muchas que lo significan,—un estancamiento indebido dentro de añejos círculos que se debieran romper, ó una traba enojosa para la mejor conducta en las circunstancias presentes, más valdría prescindir de ellas.

La del 2 de Mayo no puede ser más justificada por la gran lucha y las grandes ideas de independencia nacional que recuerda; ni más generosa respecto á Francia; ni más

oportuna, por las declaraciones amistosas á que da motivo, para ir estrechando más y màs la amistad de franceses y españoles.

No es esto ciertamente, hablar del 2 de Mayo como de la única ocasión para estas declaraciones. Todos sabemos las numerosas y solemnes ocasiones en que sin cesar se han hecho tambien: congresos, exposiciones, aperturas de ferro-carriles, viajes de jefes del Estado, fiestas y acontecimientos de toda índole. Pero aun es más expresivo lo que sucede y se dice el 2 de Mayo, fecha que parece tambien ademas marcar la esencia, la base indispensable y condición *sinequa non* de esa grande y reciproca amistad: la mútua independencia!—ya que para amarse es preciso ser dos.

Grandes banquetes en el *Centro Gallego*, presididos por mí como representante de España, han dado motivo á discursos mios, entre los cuales elijo estos párrafos, á título de comentario de mis poesías:

«Un singular placer me proporcionais dándome ocasión, al organizar este banquete, de

asociar mis ideas y mis sentimientos á los vuestros.

«Vosotros no olvidais el alzamiento heroico de Madrid el 2 de Mayo de 1808. Yo tampoco le olvido. Soy español—y he nacido en Madrid, en la ciudad que tomó la audáz y valerosa iniciativa, secundada enseguida por toda España. Además, mis abuelos paterno y materno, oficiales del ejército, durante la campaña de la Independencia trabaron la estrecha amistad que dió después por resultado indirecto el enlace de sus hijos y, por lo tanto, mi propia existencia, que tiene esta relación indirecta y providencial con la heroica lucha de nuestros padres contra Napoleón.

«Nunca, al conmemorar el 2 de Mayo, se limitan los españoles á extasiarse ante la gloria inmarcesible de su patria. Nadie se la disputa: la historia y la poesia la han cantado incesantemente,—y habria, por lo tanto, hasta un sentimiento poco varonil en no dar á la celebración de esta fecha la noble latitud y la generosidad que el mismo triunfo de

nuestros padres nos permite darle sin desdoro para nuestras glorias.

«El 2 de Mayo, tal como lo celebramos los españoles, encierra los lauros de la guerra y las ideas fecundas de la paz. —Forma la agresión de Napoleón 1.º un contraste tan extraordinario con la recíproca actitud de ambos pueblos durante el periodo, ya casi de un siglo, que á la invasión ha sucedido, que uno y otro pueblo, con perfecta consonancia de opiniones, con perfecta y hasta vehemente unidad de sentimientos, han aislado el hecho histórico de la invasión de la serie dilatada de sus recíprocos actos internacionales amistosos y fraternos, y le han hecho descender, por lo que á Francia se refiere, de la categoría de *nacional* á la de *individual* y exclusivamente nacido de la voluntad de Napoleón.

«Pero ¿qué dijo *individual?* Aun en ese concepto el gran genio militar que le realizara anticipándose en vida á los críticos más severos que pudiera tener despues de sú muerte, calificó de grave error su agresion á España. Ni siquiera nos falta esa propia confesion de

Napoleon; ni siquiera el peso de su gloria y pericia militar, peso tan inmenso, puede hacer inclinar un punto la balanza de los sentimientos de Francia en contra de la política amistosa hacia España.—Soberano deseoso de la grandeza del pueblo guiado por él á los combates: grandeza cuyo logro consideraba él su mision providencial, Napoleon ha dicho á los franceses: «No me imiteis en las expediciones hostiles á España, que yo hice mal en emprender, porque la amistad con ese pais es la buena y conveniente política para la grandeza de Francia».—Guerrero de pericia militar extraordinaria y en situacion excepcional para apreciar mejor que otro alguno las cualidades militares de todos los pueblos de Europa, Napoleon ha dicho tambien á los franceses: «No provoqueis la espada que se clavó en mi pecho en Bailén!—tenedla, por el contrario, á vuestro lado, como yo la tuve un dia en Trafalgar!»

«Es singular, señores, el contraste que el siglo XIX nos presenta al llegar á su fin, entre el espectáculo de nuestras cordialísimas relaciones con Francia y las Repúblicas his-

pano-americanas cuya independencia se inició durante nuestra guerra con Napoleon, y el espectáculo de las luchas de principios del siglo.

.....

«Francia es la nación hermana nuestra, por su situación geográfica, por sus analogías de raza é intereses, y sobre todo por los nobles sentimientos de fraternidad que dominan á un lado y otro de la frontera.

«Con esos sentimientos, la cadena de los Pirineos une á los dos pueblos como aquella cadena con que antiguos guerreros se ligaban el uno al otro para entrar en nobles batallas y triunfar ó perecer juntos.

«Sin esos sentimientos, la cadena de los Pirineos, á pesar de célebres frases optimistas, sería para los dos pueblos el odioso grillete, que liga perpetuamente á dos mortales enemigos, á dos presidiarios. La discordia entre esas dos naciones, destinadas providencialmente á vivir una al lado de otra mientras el globo terráqueo perdure, abre á la imaginación la idea de males terribles é inde-

finidamente prolongados. — Las palabras de paz dirigidas á ambos pueblos llevan consigo la esperanza de bienes indefinidos, como deben llevar tambien,—y al salir de mis labios llevan ciertamente,—el íntimo convencimiento de que la única política de profundas miras, de capital conveniencia, para ambos pueblos, estriba en la paz inquebrantable, en la cordialidad cada dia más grande que los una y engrandezca.

«Respecto á las naciones hispano-americanas, hijas nuestras, por la sencilla y grandiosa razon de haber nacido de España, ¿qué os diré yo, al comparar la evolucion histórica de principios de siglo, con la íntima union moral que hoy las estrecha al seno de la madre pátria, que os diré yo, que no esté en todas vuestras conciencias y corazones?

. . . . . .

«Veis, pues, señores, como la generosa latitud conque celebramos el 2 de Mayo, y que es tradicional entre españoles, nos ha traido á congratularnos de nuestros cariñosss vínculos con la nacion cuyo jefe militar nos atacó en

1808 y con las naciones que durante nuestra lucha con Napoleon, iniciaron su independencia;—y á congratularnos, sobre todo, de que en el desarrollo histórico de este grupo de naciones, la gran amistad actual sea para todas ellas lo esencial y permanente.»

Muchos otros párrafos de los discursos pronunciados en las tres conmemoraciones del 2 de Mayo podría recordar; pero crèo bastan los anteriores para dejar en claro mis ideas en este punto y amortiguar un tanto el fuego de algunos versos, por fuerza marciales, como que cantan una guerra; por fuerza amargos, pues tienen que deplorar una agresión injusta y la desmembración de nuestro imperio colonial.

Repetiré solo aquí la cariñosa exhortación que diriji á mis compatriotas en el banquete del 2 de Mayo de 1893, vivos y vibrantes aún los ecos de la grandiosa celebración del 12 de Octubre de 1892, prolongada luego, como es sabido, en los Estados Unidos. «Sed constantes, les dije poco más ó menos, en la conmemoración de la fecha del descubrimiento. En

una forma ú otra y por modestamente que sea, recordadla, sin darla un solo año al olvido.»

El gobierno español, con justa iniciativa y con un noble empeño, en que á mi juicio debe persistir, los gobiernos de casi todas las Repúblicas hispano americanas y el de los Estados Unidos, han declarado ya, y están á punto de declarar los que aún no lo han hecho, fiesta nacional ese gran dia. Sean tambien los que quieran la solemnidad y esplendor con que la guarden, pues todos esos gobiernos tienen obligaciones más preferentes aun en materia de fiestas, muy loable será que no dejen tampoco morir la conmemoración; aunque solo la lleven á cabo con el mero acto de enarbolar sus pabellones nacionales en los edificios públicos.

Pero para los españoles residentes en América la celebración puede ofrecer un interés, respecto al cual repetirè aquí algunas indicaciones, acogidas ya con benevolencia por cuantos las han escuchado y que coinciden, en sus líneas generales, con lo que periódicos

como La España Moderna de Montevideo y *El Correo Español* de Buenos Aires han aconsejado también, y con los propósitos de los centros españoles, que en los tres meses de Octubre de mi residencia aquí, han celebrado fiestas y veladas conmemorativas.

Justamente el cotejo con la significación y extensión que puede darse á la fiesta del 2 de Mayo, demuestra cuán útil complemento puede formar con ella la fiesta de Octubre.

Hay puntos de vista y sentimiéntos respecto á los cuales el 2 de Mayo es un símbolo irremplazable, y nada más justo, por lo tanto, que su perpétuo y constante recuerdo. Hay otros en que el 12 de Octubre viene á ofrecer nuevos y altísimos símbolos y á abrir más anchos horizontes. Con el solo objeto de explicar mejor mi opinión: no para hacer desmerecer en nada una fiesta ya establecida y digna de eterna duración, sino para lograr que á su ejemplo se infiltre y arraigue en las costumbres españolas otra muy grande y expresiva, voy á bosquejar algunos de los caractéres que á mi juicio presenta la del descu-

brimiento de América, superiores á las otras en concepto de fiesta de trascendencia internacional: concepto tan importante cuando se trata de agrupaciones españolas que viven en el extranjero y rodeadas de otras agrupaciones de diversas nacionalidades extranjeras.

El 2 de Mayo simboliza *la guerra: la guerra santa;* pero la guerra, con sus odios profundos. Cántanla á veces los poetas pidiéndonos al terminar sus cantos, como don Juan Nicasio Gallego:

Rencor de muerte que en las venas cunda
y á cien generaciones se difunda!

Cuanto más grande su recuerdo para exaltar el heroismo bélico español, menos eficaz puede ser para alcanzar la alegre expansión, el cordial abrazo de adversarios y extraños. Es fiesta grande, pero fiesta de familia. Tal carácter reviste en su escena principal: en Madrid, á cuya «procesión cívica» no se invita al cuerpo diplomático ni se da carácter internacional. No podría alterarse esa índole,

ni darle una extensión mayor en las ciudades de América.

El 12 de Octubre es la fiesta de la *paz y de la unión* de los pueblos, como fué la unión de dos mundos el hecho que conmemora.

Las Repúblicas hispano-americanas ven en aquel hecho el origen de su raza, de su religión, de su lengua, de sus costumbres, leyes é instituciones.

Eso ven tambien en él los Estados Unidos, añadiendo al recuerdo histórico la gratitud y la satisfacción de su inmensa riqueza y prosperidad y el noble orgullo de que sus principales escritores é historiadores, los Irving y los Prescott, hayan condensado en libros inmortales la luz que irradia de aquella gran empresa española.

Ideas no menos elevadas y simpáticas despierta en Inglaterra, que mucho antes que los Irving y los Prescott, estudió y siguió á nuestros primeros navegantes y descubridores; que logró en América glorias, unas veces análogas y otras superiores á las nuestras, pero basadas todas ellas en el hecho de estar ya

vencido y domado por España, en los núcleos centrales y más poderosos de sus resistencias, el continente americano.

A Portugal recuerda el descubrimiento su siglo de oro de estudios y empresas con tanta elocuencia ensalzadas en un libro español: en la inspirada obra del señor Castelar (1); como le recuerda también la existencia del dilatado imperio que su raza fundó en el Brasil.

La misma simpatía refleja esa fecha en Francia y las demás naciones europeas, que han creado brillantes colonias en América; que han estudiado, como estudio muy preferente, cuanto se refiere al hallazgo del nuevo mundo y á su asimilación al mundo europeo.

Y ¿qué diré de Italia, cuna de Colón? A la conmemoracion, con nosotros, de esa fecha, la lleva su gloria y la llevan también el afecto que nos profesa y la vida común que hace con los pueblos de nuestra raza.—Si Colón como figura esencial de la historia de España pre-

(1) Historia del descubrimiento de América.

seuta á los italianos puntos históricos que apenas conocen y no pueden, por lo tanto, servirles de base para apreciarle debidamente; si la conmemoracion del descubrimiento no envuelve para ellos, como para nosotros, varios siglos de acontecimientos, de ideas, de leyes, de expediciones, de luchas é intereses comunes, de organismos sociales y costumbres y máximas religiosas y vida literaria y artística y lazos de todo género, como los que han existido entre España y sus provincias ultramarinas; si en esa conmemoración han estado en 1892 un poco desorientados é indecisos, sin poder comprender ni seguir completamente el cauce profundo y de invariable y derecha corriente que han seguido los sentimientos del mundo español; si enardecidos por su lucha reciente contra el poder de los Papas, quizás han deplorado, en el fondo de sus pechos, la obligación de ensalzar, al ensalzar á Colón, el entusiasmo religioso con que logró el apoyo de Isabel 1.ª y la vastísima y fecunda propaganda religiosa á que su empresa dió origen;

si han visto quizás con cierta pena que era imposible arrancar de la poderosa mano de la Reina Católica al místico navegante lanzado por ella como apóstol á los mundos desconocidos, é imposible, por tanto, arrancarle á la Iglesia que por boca de su Pontífice grita: *Columbus noster est!*—si ha habido, en fin, para los italianos, ó para algunos de ellos al menos, ciertas restricciones naturales y explicables, justo me parece declarar que á ninguno he oído palabras de amargura por la grandeza que el genio de Colón reportó á España. En Montevideo, los oradores italianos, recordaron, si, con legítimo orgullo la corona de gloria y poderío que dió á nuestro pueblo el gran genovés; pero la recordaron como vínculo de recíproca amistad entre españoles é italianos. ¿Y acaso no siguen muchos de ellos hoy mismo, como por un destino providencial, el ejemplo de transformación española del glorioso almirante? Por cientos de millares se cuentan los que en la América española y más especialmente en las repúblicas del Plata han venido á coope-

rar á la riqueza de los inmensos territorios ocupados por nuestra raza, adoptando nuestra lengua, leyes civiles y costumbres calcadas en las nuestras: un molde español, en fin, que nuestros hijos de América conservan con tenaz orgullo; un molde español que todas las nacionalidades extranjeras toman gustosas, en su primera ó en su segunda generacion, tanto en el territorio de nuestra Península como en el de las Repúblicas hispanoamericanas; pero que los italianos, con su ingeniosa flexibilidad y atracción hácia lo español toman con mas avidez y celeridad, con más éxito é intima satisfaccion.

Nada más general que escuchar en las capitales del Plata á italianos de origen ó hijos de italianos, expresarse con fácil elocuencia en la lengua de Cervantes, ó manejar con elegancia la pluma en periódicos redactados en español. Será para mi un placer publicar un dia en Madrid, para curiosidad de mis paisanos, una colección de trozos de poesia lirica, de esa poesia que es la flor y nata de una lengua, firmados todos por apellidos

italianos.—Nada más general, tambien, que el noble orgullo que infunde á los italianos esta segunda naturaleza y el carácter irrevocable de su transformación, aunque sigan siempre mirando á su patria de origen con cariño y deferencia. Esa fácil fusión de dos nacionalidades en un individuo, marcada casi siempre desde la segunda generación por un apellido paterno italiano seguido de uno materno español, pues en las Repúblicas hispano-americanas prevalece la galante costumbre española de añadir, en el uso diario, el apellido de la madre al del padre; esa fusión, repito, que antes me recordaba el ejemplo del ilustre genovés, me recuerda ahora,—pues en efecto su mismo nombre y su naturaleza española definitiva y completa parecen un símbolo de esta gran población italiana asimilada en América á nuestra raza,—al noble descendiente del navegante genovés, á don Cristobal Colón y de la Cerda, Duque de Veragua.

Volviendo, despues de esta ligera digresion, que no he creido innecesaria, al punto principal relativo á la fiesta del 12 de Octubre,—¿cabe mejor atmósfera para una celebración

conmemorativa en capitales tan cosmopolitas como las de América? ¿Cabe otra en que, sin las sombras que suscita la guerra, se fijen las miradas de las naciones con tanto respeto como se fijan en aquélla en una página de nuestra historia, que trae además en pos de sí tan infinitas páginas brillantes? ¿No han dicho muchos hombres eminentes, en estos dos años últimos, de ese hecho, que figura en época relativamente tan reciente de nuestra historia y fué realizado por un grupo de españoles, cuyas figuras y acciones y menores circunstancias de familia, costumbres, trajes y pormenores personales parece que aun tocamos con la mano, ¿no han afirmado, digo, que ese hecho es el más notable de la historia humana despues de la fundacion del cristianismo? ¿No está tambien ligado estrechamente con la propaganda de esa sublime creencia?

Tambien esta grandeza es mas extensa que la del 2 de Mayo, que celebrado en América como única conmemoración histórica en que todas nuestras grandezas históricas se cifren presentaría un fondo histórico inexacto.

Aludo aquí á la tendencia que me ha parecido ver en algunos hijos de españoles que han vivido siempre en América y que impresionados por el espectáculo de las fiestas llamadas «patrias» ó nacionales en que estas repúblicas celebran su *independencia política* y su misma *existencia* como naciones con propia personalidad, dan á nuestro 2 de Mayo una significacion análoga. Es un concepto equivocado y de ejemplo poco oportuno. Por grande que fuera el peligro,—momentáneo y debido solo al extraordinario genio militar y extrema ambicion de Napoleon,—de que salvó á nuestra patria el heroismo de nuestros padres y la alianza inglese, no va tan envuelta en nuestra guerra contra aquel invasor la existencia de España como nación, cuando ya tantos siglos gloriosos habia existido independiente y tenia en todos ellos tantos laureles guerreros de primer órden. Ese concepto equivocado daria á Francia, aunque rechazada de España en aquella guerra, una especie de proyección inmensa y desmesurada, una indebida importancia en

el conjunto de toda nuestra historia, sin relación con la verdad.

¿Y es además exacto, como algunos parecen creer, que aun respecto á las Repúblicas hispano-americanas la independencia política sea sinónimo de *existencia?* No lo es más que en un sentido: la verdadera *existencia* de estos pueblos, con todos los atributos esenciales que hoy los distinguen, de raza, lengua, religión, leyes civiles y penales y costumbres, hay que buscarla, como la buscan los americanos eminentes al estilo de Magariños Cervantes, en fechas anteriores al comienzo de este siglo. Por si no eran ya bastante célebres en la historia universal los viajes audaces de descubrimiento, las audaces campañas, las fundaciones de ciudades y puertos, la creación, en fin, de pueblos hispano-americanos, el IV Centenario ha venido á exhumar y lanzar á todos los ámbitos del horizonte cuantos documentos pueden desearse como *partidas de bautismo* nobles y gloriosas, como verdaderas ejecutorias de hidalguia, de las naciones hijas nues-

tras. No las rechazan éstas, y ahí están sus manifestaciones, y ahí está, tambien, su declaración, ya casi unánime, de fiesta nacional del 12 de Octubre.

Nadie con mayor obligación moral que los españoles residentes en América, de cooperar al éxito continuado y creciente de esa fiesta que España ha iniciado. Creciente, digo, y si así sucediera, podría considerarse como señal propicia de que nuestros vínculos morales y materiales con estos países y la prosperidad, por tanto, de nuestras colonias en ellos, crecen también. Una progresión análoga hemos visto en lo que va de siglo. Todos estos países han ido suprimiendo fiestas que pudieran significar actos hostiles directos contra España; han prescindido en otras de estrofas de sus himnos en que saliéndose del enaltecimiento de su independencia en general se entraba en el terreno de los recuerdos antiespañoles; las han celebrado, en fin, como nosotros el 2 de Mayo, con manifestaciones de simpatía hacia los que un breve tiempo consideraron adversarios.

¿No quedan aún pasos que dar, en esta empresa de ir amoldando símbolos y conmemoraciones de divergencias pasadas á la verdad de presentes simpatías é intereses?—Quedan, sí; y en tanto que así suceda, convendrá que vivan y persistan conmemoraciones como la del descubrimiento, cuyas evocaciones y recuerdos vayan sustituyendo otras ideas internacionales, amargas, inconvenientes é innecesarias para afirmar una independencia que España no pone para nada en tela de juicio.

X

VISIÓN *heróica*. — Para la velada que celebró el *Centro Gallego* el 12 de Octubre de 1893, escribí esa poesía, complemento de *La Cruzada Española* para la síntesis del descubrimiento y transformación española de América: cosas ambas más estrechamente unidas que lo que algunos parecen creer, como factores del estado actual de América.—A duras penas y mal de su grado, consienten ya ciertos dectractores nuestros en asociar la figura de Isabel la Católica con la de Colón: ¿cómo no les ha de costar trabajo completar con la de Cortés el su-

blime triumvirato necesario para abrazar y simbolizar los elementos esenciales de nuestra epopeya americana?

Hay escritores que para conmemorar la primera llegada á América de nuestras carabelas, tratan de segregar como escoria todo lo que de español venia en ellas y ha venido después durante tres siglos—que ha sido bastante—dejando sólo en pié, aislado y solitario, á Colón: como si la gran figura de éste requiriese injustos sacrificios y tergiversaciones. La grandeza de Colón, ilimitada en el campo de la ciencia, no abarca en el de la historia, por las circunstancias que cortaron su carrera en el nuevo mundo por él descubierto, la grandeza de la conquista, cuya parte más importante, decisiva y hermosa puede y debe personificarse en Hernán Cortés. Implicitamente lo reconocen asi los mismos que al querer atribuir la gloria de éste á Colón, hablan del don que á la humanidad y al progreso hizo el navegante genovés.

La humanidad en general no desconocia la América, pues América no estaba desierta,

sino poblada por numerosas legiones de hombres. Colón la abrió á una raza y á una civilización superiores, y si eso no se reconoce, no tiene sentido cuanto se diserte acerca de la evolución de América en estos cuatro siglos. Colón estableció un lazo de union entre dos fracciones del género humano que no se conocian: si la fracción americana hubiera sido superior en fuerza y cultura, en ciencia y en alientos á la fracción europea, aquel lazo de union hubiera solo servido para dar el predominio á los descubiertos sobre los descubridores.

La grandeza de Colón, como bienhechor de la humanidad, va, pues, envuelta con la preeminencia de la raza y la cultura de España, á cuyo servicio se habia puesto, y requiere el hecho de laconquista y asimilación.

Nunca puede olvidarse esa influencia histórica, de largos y extraordinarios resultados, que la Providencia quiso conceder á nuestro pueblo en regiones tan extensas del mundo: influencia ejercida en esa esfera de que á todo trance quieren excluirnos algunos detractores,

la esfera de la cultura, de la ciencia, del derecho y las artes.

El mero descubrimiento, sin la conquista, grande y extraordinario como es en los anales de la ciencia, hubiera dejado á Europa en relación á América como lo está respecto á otras partes del mundo, conocidas, sí, por ella, pero no asimiladas. Ya conoce Europa las asiáticas regiones vistas por el célebre Marco Polo: aquel Catay y aquel Cipango que hirieron las imaginaciones como pudieron herirla después los territorios descubiertos buscando justamente su prolongación en el globo terráqueo, y aun, siguen, sin embargo, los abismos de raza, religion y costumbres que separan á sus habitantes de los de Europa. Ya conocemos á esa Africa, tan vecina nuestra, y aun espera, como ha esperado largos siglos, el supremo esfuerzo que ha de hacerla nuestra hermana: esfuerzo que parece aguardar—¡oh mengua para los que hoy llevan el primer puesto en estas empresas!—á la acción material, inconsciente, fácil y multiplicada indefinidamente por si misma, de los

nuevos inventos científicos, que han de surcar el continente Africano con múltiples vias férreas, canales y hasta mares interiores; que han de llevar á su conquista máquinas de destrucción ilimitada; que han de calcular de antemano las pingües ganancias, los éxitos seguros, la reducción indefinida de los obstáculos y resistencias.

¿Dónde está el fuego sagrado, el génio y los alientos de Hernán Cortés? Dónde la misma grandiosa violencia de los Pizarros y los Almagros, que yo comparo en *La Cruzada española* á las violentas y volcánicas fuerzas de la naturaleza que se les oponian, y que representan también, en aquella conquista de un continente á principios del siglo XVI, las enormes y terribles fuerzas y elementos científicos que Europa tiene la esperanza y el propósito de emplear en Africa en el siglo venidero? Pero basten estas consideraciones para que el lector me perdone si exclamo en una de las estrofas de la poesía:

Y Hernando...¡el genio hispano!--Gallardo, generoso,
titánico en los bríos, inmenso en la ambicion,
él vá á ganar á España el mundo prodigioso
que vieron para España los ojos de Colon!

Por lo demás, las alusiones á los rasgos de la historia de Cortés, aunque envueltas en la forma más nueva que me ha sido posible, creo que son bien sencillas é inteligibles para el que haya pasado la vista por cualquiera de sus biografías, que consignan todas ellas su generosa política y tratos con los indios; el efecto producido en éstos por el trueno de los cañones; el hecho de hacer salir Cortés á su escribano ante el ejército español, brindando á los indígenas con la formal protección de Cárlos V y por último, la costumbre de dar los indios por perdida una batalla al ver perdido su estandarte real.

No creo se tachen tampoco de inexactitud, ó de esa falsa exageración poética á que llevan tan impensadamente la tensión acerada y arrebatados vuelos de la poesía lírica, las estrofas que se refieren al sello duradero que el conquistador español imprimió en América:

Los templos que surgieron en pos de aquella espada
aun lanzan hoy sus torres en busca del Señor;
la lengua de Castilla, que enseña á su adorada,
aun canta en estas tierras el himno del amor!

La sangre que, en sus huellas, aquellos castellanos
vertieron tantas veces por la gloria y la fé,
en múltiples raudales, hirvientes y lozanos,
aún viva por las venas de cien pueblos se ve!

Todo esto es cierto y el vinculo político roto con España no ha deshecho los otros: resistente y sólido es el molde español y firme está aún.

La misma extensión de territorio que le sirve de campo, aunque ha sufrido mermas deplorables, conserva los grandes espacios esencialmente españoles en la historia. Salvo algunas islas perdidas por nosotros, como Jamaica; salvo esos territorios fronterizos en que la esencia, el carácter y las ideas de raza son ambíguos é indecisos, como en las provincias limitrofes de Méjico y los Estados Unidos, invadidas por esta última nación, despues que de allí se habia retirado nuestra bandera; como en las provincias limitrofes del Uruguay y el Brasil, invadidas por la raza portuguesa; salvo esos cercenes deplorables, repito, el verdadero campo español ha permanecido incólume, á pesar de

todas las embestidas, á pesar de todas nuestras calamidades y épocas infaustas, como la de Cárlos II. Y aun en desastres como el de Jamaica,—cuyo invasor fué, por cierto, castigado por el famoso Cromwell que le enviára: tan mezquinamente correspondia aquella adquisición á las que el Protector codiciaba, —los españoles perdieron tierra, pero no predominio y orgullo de raza. En Jamaica no quedó uno solo. Esa prueba dolorosa por que atraviesan los canadienses franceses supeditados á la raza inglesa, no se la ha dado Dios en América á los españoles.

Si en *La Cruzada Española* la reina Isabél era el alma hermana de la de Colón, en ésta nos da *lo eterno femenino*, en otra de sus encarnaciones históricas, la imágen de Marina como inseparable de la de Cortés. *Malinche* la llamaban los indios, por corrupción de su nombre cristiano, y he querido aprovechar esa diferencia, al decir en una estrofa:

«Malinche no! contesta: Malinche no!—Marina!
Marina enaltecida de Cristo ante el altar!»

sólo por tener el gusto de hacerla repetir

una frase análoga á aquella tan natural y hechicera que Cervantes pone en boca de su Zoraida, en la relación del cautivo.

La belleza de Marina, su amor y su lealtad á Cortés y á los españoles; su actitud para con los indios, que á pesar del carácter irrevocablemente español por Marina asumido, no refleja el odio del renegado ni el duro desprecio del que se encumbra entre mezquina y débil grey, sino el propósito constante de dispensarles una cariñosa protección, que ellos siempre agradecieron y juzgaron sincera; las necesidades guerreras y políticas de Cortés que dieron origen á su intervención en la empresa de la conquista; el número y la importancia de sus servicios á la causa española, la influencia de los cuales es muchas veces patente y se adivina otras muchas; los testimonios y loores de sus contemporáneos: todo—hasta la misma gratitud y poéticas ofrendas que España y Méjico la consagran,—hacen de su figura una de las más grandes y simpáticas figuras femeniles de la historia.

Belleza y sutil ingenio, amor y abnega-

c ión... con esas cualidades, esencialmente femeninas, se puso al nivel de un potente genio varonil, y realizó con él una empresa maravillosa.

La historia, que elimina de sus cuadros tantas falaces aureolas poéticas y qne en punto á grandes empresas y extraordinarios méritos atribuidos á legendarias heroinas, es, en especial, tan descreida y exige tantas pruebas para convencerse, parece, por el contrario, deleitarse en abrir sus páginas á las frases elegantes y poéticas galas con que deben ser ensalzadas las verdaderas heroinas, de genuino brillo y bien ganado laurel. Todos los historiadores de la conquista de Méjico consagran á Marina páginas inspiradas—y ¿qué no dirán de ella los poetas?

Por cierto que en estas pobres flores que me ha tocado deshojar ante su pedestal en *Visión heróica*, me remuerde ahora la conciencia—cuando ya en los pliegos de verso, impresos antes que estos comentarios, no es posible hacer la adición,—de haber escatimado á su retrato tres estrofas, que me pareció

alargarian la composición, destinada á formar parte, con prudencial extensión, del programa de una velada literario-musical.

Venian esas estrofas detrás de ésta:

Cautiva en los amores y majestad de España,
sobre sus indios rudos el triunfo ella nos da...
mas triunfo es generoso, sin opresión ni saña,
y el indio eternamente su acción bendecirá.

Y son como sigue:

Miradla con su madre, que dura y mercenaria
un día por esclava de niña la vendió...
y hoy tiembla ante el imperio y altura extraordinaria
que á la elegida esclava el cielo deparó.

Y ved cómo en abrazo magnánimo y estrecho,
cual diera á sus hermanos el bíblico José,
ostenta la grandeza que infunden en su pecho
el hálito de España y el grito de su fé.

En la imperial morada de riqueza opresora,
miradla—de su raza ante el feudal Señor...
cual Reina de Castilla que llega vencedora,
aunque piadosa y flébil, al triste Emperador!

La verdad es que la mujer americana estaba destinada, desde el principio, á de-

sempeñar un papel importantísimo en la conquista y colonización española, y á decidir con su benévola actitud, de un modo acaso más decisivo que otras influencias y facctores, la próspera suerte de la empresa castellana. Tan preeminente fué su papel, que ya en aquellos primeros tiempos en que Cortés y sus compañeros eran mirados como seres extraordinarios venidos con el sol á realizar solemnes profecías, como fantásticos centauros árbitros del rayo destructor de los falconetes, como seres sobrenaturales, en fin, y de otra esencia que los nativos,—ya en aquellos tiempos, empiezan los indios á distinguir y denominar á Cortés y á Albarado con los nombres de las dos indias compañeras suyas. (1)

---

(1) Camargo, historia de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, historia de la conquista, cap. 74, 77, citados por Prescott, edición de Lóndres, de Bickers and Son, 1885, páginas 229 y 230. Prescott añade en su nota: "Segun Camargo, los de Tlascala dieron al jefe espanol 300 doncellas para el séquito de Marina, y el trato bondadoso y la instrucción que recibieron impulsó á algunos jefes á entregar sus propias hijas con propósito de que quedase entre llos generación de hombres tan valientes y temidos".

Hay en esto una parte de la historia que por su índole ha de quedar en la penumbra, aunque ella solo puede explicar muchas maravillas, y que imprime un sello original y generoso á la transformación de las razas americanas, más amorosa y cordial que violenta y tiránica, como algunos extranjeros quieren pintarla. Cierto que les ayudan en su propósito las escenas aisladas de crueldad que pintó, casi parece que para ellos, el Padre Las Casas. Ah! pero aquel buen eclesiástico español, que recogió y perpetuó cuantos ayes de dolor llegaron á su oido en la conquista, no podía recoger y repercutir del mismo modo en sus religiosas páginas el hálito grandioso y universal de amor que entónces cruzó por las vírgenes selvas de América.

Él hizo bien al protestar y alzar su voz contra cualquier acto de dureza militar ó política que llegara á su conocimiento; pero lo que hirió su vista y su corazón fué lo excepcional y aislado: la sombra del cuadro. El cuadro en su conjunto era esplendente, y licito debe serle á un poeta español exclamar:

Anales memorables! hallazgo de un gran mundo!
conquista, al par que hallazgo, de espléndida ex-
[tensión!
conquista no! epopeya de intenso amor fecundo!
benéfica, potente, grandiosa creación!

Del yelmo de esos héroes y fúlgidas espadas,
del manto y de la cota y el nítido broquél
fantásticas mujeres, suavísimas, aladas,
despréndense graciosas en mágico tropel...

Y acá y allá se esparcen por la floresta umbría,
meciéndose en las ramas con blanda ondulación...
y suena en torno de ellas hispana melodía
que halaga los sentidos y hiere el corazón...

Palacios, ciudadelas, castillo y lonja airosa
doquiera van alzando su línea magistral
y surgen de la casa del ídolo, monstruosa,
las sombras imponentes de altiva catedral!

Si! el audaz Cortés y la graciosa americana que como símbolo «del lazo que á dos mundos ha unido en el amor» he presentado en *Visión heróica*, forman, en efecto, símbolo tan expresivo y exacto, que recuerda los ideados por la imaginación griega para condensar las verdades de la naturaleza y de

la historia.—Un bélico escuadrón de hombres de blanca hermosura, que desprendidos de su remota patria y de sus blancas mujeres, vienen como seres celestes y terribles á destruir y á vencer todas las ilusorias resistencias!.. Una turba de indias que contemplan ya con desaliento y desprecio la impotencia de sus indios para defender sus dioses y sus hogares, su cielo y su tierra y su familia; que ven en los nuevos guerreros el prestigio del triunfo y de la blancura del rostro y el más misterioso que la superstición les presta; que en sus amorosos lazos femeninos miran la primera victoria sobre los terribles extranjeros, la primera base de nuevos hogares pacíficos y de mayor excelencia, de nuevas familias, de hijos más nobles y más hermosos y menos expuestos á derrotas que los anteriores!...

¡Cortés y Marina!—Férvida imágen de aquellos europeos vencidos, de aquellas indias vencedoras; del enlace instantáneo de dos mundos apénas se conocieron el uno al otro; de la elevación de la salvaje y agreste América á la igualdad con la orgullosa Europa!

¡Cortés y Marina!—Cambiadas hoy las cosas: entronizada la raza blanca en el nuevo mundo; hermosa la mujer americana con hermosura caucásica; libre señora en el país adonde acude el emigrante europeo, no ya como guerrero vencedor, sino, por regla general, cual pobre y fatigado caminante que ha llamado en vano á muchas puertas europeas más cercanas... aún, sin embargo, parece persistir la verdad de ese símbolo, en su más lata significación. Esos emigrantes europeos, hombres casi todos, casi todos desprendidos para siempre del territorio que los vió nacer y de las mujeres que en él viven, contraen matrimonio con las del pueblo en cuyo seno se establecen. Hay quien quiere ver, teniendo en cuenta este estado de cosas, una circunstancia de predestinación providencial en el hecho de que en estos países nazca bastante más número de mujeres que de varones: hecho que yo por mi parte no sé si difiere de un modo sensible de ese mismo desequilibrio entre el número de individuos de cada sexo que también se nota en Europa.

Pero sea lo que quiera, cuando diariamente leo en los periódicos la lista de las publicaciones matrimoniales de Montevideo, en que tanto predomina el ciudadano europeo y sobre todo español en próximo consorcio con la mujer americana, vienen á mi mente las imágenes y frases que empleo en las estrofas de *Visión heróica*, y se presenta á mis ojos ese símbolo de la fuerza más poderosa que forjó el vínculo de América con España y hermanó para siempre los continentes europeo y americano.

XI

SANTIAGO!—Ese grito de guerra sirve de título á la poesía escrita para la velada con que el Centro Gallego solemnizó el dia 25 de Julio de este año 1894 la inauguración de su nuevo local y la fiesta del Santo Patrono de España, del apóstol que nos trajo el cristianismo y significa guerra santa y defensa patria, religión y vida nacional.

¡Cómo llenan las imaginaciones—aún en este siglo XIX—las sublimes figuras de aquellos primeros compañeros de Jesús que se repartieron la audáz y grandiosa propaganda de cada una de las principales regiones del

mundo entónces conocido! ¡Con qué tenacidad se aferra cada uno de los pueblos convertidos, es decir, cada una de las grandes naciones modernas, á la gloria de la remota visita de aquel primer propagador que, inerme y solo y sin consideración á peligros y dificultades, venia á difundir la palabra del Maestro! ¡Qué viva se conserva la creencia en esas primeras misiones, radiantes de majestad divina, y que, en efecto, aunque á la critica fria y de corta imaginación no ofrezcan pruebas documentales en série continua de diez y nueve siglos,—ni pugnan con la historia del cristianismo, ni sin ellas se comprenderia esa historia! ¡Qué gratitud tan profunda y duradera late en los corazones hacia aquellos que trajeron á nuestros padres luz tan benéfica: gratitud qüe llega hasta pedir á sus tumbas, y á creer que de ellas brotan, otros favores y beneficios que aquél fundamental y primero de la conversión: los bienes y las protecciones que salvan y consuelan á un pueblo en sus grandes calamidades y peligros!

Y en verdad que al contemplar esa gratitud en España, no parecerá extraño ni poco sincero que también hallemos natural, y á veces se la pidamos á América, su gratitud hacia los que hicieron brillar á sus ojos la luz del cristianismo; aunque no lo hicieran con un sentimiento puro y limpio de otros sentimientos mundanos: ya que aquellos españoles buscaban, como digo en uno de los sonetos de este libro:

Oro, tierras, poder, para su gente,
almas para su Cruz enaltecida:
los profanos imperios de la vida,
los tesoros del ánima creyente...

La cruzada española fué política al par que religiosa; y están, además, muy cerca de nosotros sus héroes: tan cerca, que nos une con ellos la misma Imprenta, que venía al par de ellos al mundo, para dar mayor resonancia, grandiosidad y fecundos resultados á su empresa, y tambien para dejarnos más minuciosa huella de sus flaquezas humanas. La Iglesia, que ha visto con piadosa admiración y

honda gratitud la inmensa muchedumbre de almas que en pos de la obra de Colón venían á su seno, no ha podido, sin embargo, elevar á sus altares al navegante idealista y cristiano, al tocar con las manos las pruebas fehacientes de su avidez por el lucro y positivos honores sociales. Menos aún podrían dejar de notarse las ardientes pasiones de Hernán Cortés;—aunque su generosidad; su terrible destrucción de ídolos; su avidez por la propaganda cristiana; sus convocatorias de asambleas religiosas; su empeño por el bienestar del país conquistado; sus esfuerzos para asentar sobre sanas y lícitas bases las nuevas familias de españoles é indias; y el resultado general, en fin, de su conquista para la causa de la religión, le hubieran puesto á dos dedos, en épocas más legendarias, de aparecer á nuestros ojos como una especie de santo militar, de los que ciñen espuela dorada.

Pero América tiene otra figura más pura é ideal á quien volver la vista para agradecer la suave luz del cristianismo: aquella Reina que léjos de buscar lucros personales en la empresa que como soberana disponía, esperaba,

con los que reportara, rescatar el Santo Sepúlcro, y empeñaba, para realizarla, sus joyas; y una vez realizada, se oponía á la cruël ganancia de la venta de indios.

En la poesía sobre el Patron de España, las ideas nacionales que su bélico significado iba evocando y encadenando, me llevaron á formular un deseo de *fuerza* y grandeza para nuestro pueblo, que no quisiera se interpretara en un sentido estrecho y brutal.—Ni *fuerza* significa *empleo violento é injusto de la fuerza*, ni la guerra misma puede todavía ser condenada en absoluto en el estado actual del mundo. Cierto que nadie la preconizaría ya como instrumento de moralidad individual, á semejanza de Quevedo (1); pero nadie tampoco puede negar que muchas veces consti-

(1) En la obra humorística *El entremetido y la dueña y el soplón*, en que hace decir á Plutón estas palabras y otras que suprimo:—«La guerra se ha de estorbar por todos mis ministros en todas partes, que ejercita los ánimos, premia los virtuosos, ampara los valientes, aniquila el ocio nuestro amigo, y acuerda de los santos y de los votos. Diablos, en todo el mundo meted paz, que con ella viene el descuido, la lujuria, la gula, la murmuración; los viciosos medran, los mentirosos se oyen... y los méritos se caen de su estado».

tuye el más alto y supremo de los deberes nacionales—para pueblos, sobre todo, como España que quiere sostener integra y persistente una personalidad briosa y grande, sin solución de continuidad con la de nuestros padres; encadenada por mil deberes á las múltiples ambiciones victoriosas suyas que aún forman nnestra herencia; sin mancha en lo presente; sin cobardías ni desfallecimientos que aminoren en lo porvenir el patrimonio y el brillo de nuestros hijos.

Cuando hablan esos deberes á nuestros hombres de Estado más sesudos y menos amigos de aventuras, su grito es también *¡Santiago!*, como el de todos. — España y Europa oyeron conmovidas—y no tengo para qué decir cómo se conmovieron los españoles de por aqui—las palabras del Ministro de Hacienda que en plena campaña de radicales economías, declaró, ante la agresion de Melilla, que le sobraban noventa millones de pesetas para empezar la campaña.—¿Y no estamos oyendo en este mismo momento, al respetable y prudente jefe del gobierno señor

Sagasta, declarar, con sincera energia, que en defensa de nuestros legitimos derechos de soberania derramaremos en Cuba, si necesario fuese, hasta la última gota de sangre?

Pero sin ir á la idea de la guerra, hay una idea de la *fuerza*, lata y generosa, porque está fundada en sentimientos nobles; conveniente, porque produce el reciproco respeto y redobla el temor de las calamidades que de su empleo violento pueden resultar; guardando en esto analogia con una poderosa *paz armada*.—Esa *fuerza*, que dada su eficacia *virtual* requiere menos la práctica de la *guerra*, nace del extricto cumplimiento de todos los deberes, así de los del valor como de los del trabajo; nace del vigor de todos los organismos, civiles y militares, judiciales y politicos; del progreso legitimo y sano de todas las riquezas; de un estado de cosas, en una palabra, hacia el cual tratan de aproximarse las grandes naciones con sus modernos ideales.

En ese sentido lato he dicho en mis estrofas:

¡Cobre fuerza el leon! doquiér domina
esa gran ley de fuerza y de pujanza,
injusta no: divina!
que eleva á un pueblo y á crecer le lanza,
y á la medida fiel de su nobleza
sus lindes mide y material grandeza.

—

La fuerza es el trabajo que edifica;
del fecundo deber es hija augusta,
del arado tenáz que multiplica,
del cetro noble y la sentencia justa
que sana y purifica...
la fuerza, en fin, es la virtud robusta
que arranca de su pecho generoso
oro vital y hierro valeroso!

XII

A *don José Zorrilla.—Marina—Arte y honor.* Estas tres composiciones encaminadas á honrar el arte y las letras de España, son tres ecos tristes, que la muerte de nuestro gran lírico en 1893 y las del compositor Arrieta y el pintor don Federico Madrazo en 1894, han hecho resonar en Montevideo.

La primera me fué pedida por el ilustre actor don Antonio Vico, cuya compañía representaba durante el mes de Noviembre del 93 en el teatro Solis y que deseó consagrar una funcion especial á honrar la memoria del

poeta. Improvisadas en pocos instantes, mis déeimas fueron leidas ante la efigie de Zorrilla, colocada en el escenario, como se leyeron tambien otras dos composiciones: la del señor Zorrilla de San Martin Ministro del Uruguay en Madrid y la de don Manuel del Palacio, uno de mis dignos antecesores en este puesto: de modo que ese triple tributo fué diplomàtico al par que literario. Se representó «Traidor, inconfeso y mártir», obra en que Vico raya á tanta altura, y aunque el teatro no estaba muy concurrido por ser aquéllos dias de elecciones qne traian un tanto alarmados á los montevideanos, no le faltó á la función entusiasmo y aplausos, ni tampoco la presencia del Presidente de la República, muy amigo de la buena literatura.

No hacia tampoco muchos dias que el eminente actor habia arrebatado al público con su personificación de don Pedro de Castilla en «El zapatero y el rey», cuya hermosa frase:

venid á ver cómo mueren
los leones castellanos!

así como alusiones al «Don Juan Tenorio» y «Margarita la tornera», entre los dramas y leyendas de Zorrilla, me sirvieron para tejer mi humilde corona fúnebre con flores sencillas y de todos conocidas.

—

Ese mismo deseo de sencillez me llevó á escribir en memoria de Arrieta las «reminiscencias poético-musicales» de su *Marina*, obra sencilla por excelencia, pero cuya frescura, gracia y sentimiento tienen larga vida. Su gran popularidad y hasta la poca estima que algunos hacen del género *zarzuela*, han hecho sonreir á algunos de mis amigos, que sin duda tienen la bondad de creer que mi poesía puede y debe remontar sus vuelos más alto, al verme elegir ese tema. Pero la verdad es que los recuerdos que evoca *Marina*, que para tantos son ya recuerdos de infancia ó adolescencia, tienen no sé qué dulzura que enamora; y yo, por mi parte, dejé correr la pluma, como un pianista deja correr los dedos en acordes y arpegios inspirados por me-

lodías populares, por ese relato y esa série de ecos que la obra de Arrieta y Camprodón hacia vibrar en mí.

—

Arte y honor está dedicada á la memoria de don Federico de Madrazo; pero sin la pretensión de que en sus versos se defina y ponga en su punto, como en una apreciacion crítica exacta velada en imágenes y formas poéticas, su personalidad y la índole de su talento.—Es meramente lo que podríamos llamar «la filosofía poética del pintor de cámara», y tiene una aplicación general y lejana á la serie de todos los que lo han sido, como ya lo indica la décima relativa á Velázquez y Felipe IV y la siguiente.

Los retratos de damas aristocráticas que con traje popular pintó Madrazo me sugirieron, sin embargo, el fragmento III titulado *La Maja*, que por las ideas accesorias á que se prestaba, se enlaza con la idea general de la poesía.

Por una encadenacion natural, dió mi imaginación con un contraste de los que agradan á los poetas, al ocurrírseme, después de la imágen de la marquesa que se retrata por capricho con el gracioso traje de manola, la de la hermosa *modelo*, hija del pueblo, necesaria á veces al pintor de régias damas para terminar, sin fatigarlas y sin prescindir de la imitación de la verdad viva, la exacta pintura de trajes y accesorios de sus retratos.

Esta imágen me arrancó una invocacion á la belleza femenina, como luz del arte, y esta ferviente protesta contra los que apenas se trata de esa suave y amorosa belleza murmuran palabras de alarma:

«No eres profana, que sublime brillas!
No eres profana en tu inmortal destello!
á Dios nos alzas y ante Dios humillas
que es fuente de lo Bello.
De sórdidas mancillas
nos salva la altivez que tú reflejas
cuando del fango trémula te alejas!

En el *Envío á Chicago* dije también en una octava:

La palma á la belleza: extraordinario
favor del cielo! y al brotar el vino
en el festín mundial del Centenario,
evoquemos la sombra del divino
Platón—que de su lecho funerario
se alce á mirar de América el destino...
ya que en la *Vénus victrix* él adora
la belleza sublime y vencedora!

A ciertas personificaciones de los griegos se unen ideas que pueden servir de fondo hermoso y puro para imágenes y alusiones poéticas. — Véase lo que dice Paul de Saint Victor (1) hablando de la Vénus de Milo:— «Pero no es esta Vénus la frívola Cypris de Anacreonte y de Ovidio, la que forma el amor de astucias eróticas y á quien se inmolan pájaros lascivos. Es la Vénus Celeste, la Vénus Victoriosa, siempre deseada, nunca po-

(1) En su obra «Hommes et dieux.»

seida; absoluta como la vida, cuyo fuego central reside en su seno; invencible como la atracción de los sexos á que preside; casta como la Eterna Belleza que personifica — Es la Vénus que adoraba Platón, y cuyo nombre *Vénus Victrix* daba César á su ejército como «santo y seña», en la víspera de Farsalia.»

¿Porqué no ha de tener derecho la mujer á que en las puras líneas de su hermosura, garantía divina de su felicidad frente á la fuerza del hombre, se vea la mano del Creador?— ¿Qué importa que esa hermosura sea capaz de arrastrar á veces al hombre más allá de donde debe ir?—¡Luche el deber contra ella, como lucha contra otros enemigos, sin los cuales, ni él mismo, ni la virtud, existirían!—¿Qué importa que los griegos la hayan trocado en una deidad, que poetas, pintores y escultores nos presentan, siglo tras siglo, como viva y reinante,—y que el nombre de esa deidad lleve en sus sílabas y hasta en cada una de sus cinco letras un fuego, que no siempre sabemos si es llama que abrasa ó luz que ilumina?

Los griegos, al divinizarla, no pasaron ni se apartaron, gracias á su elegante *antropomorfismo*, de la hermosa figura de la criatura humana femenina. Prescindiendo de ideas supersticiosas, que ya pertenecen á las olvidadas fábulas mitológicas, su deidad es sólo una imágen artística de la belleza femenil, semejante á la que la Biblia—dando una sanción religiosa á esa belleza—nos presenta en el cuadro de la creación de Eva y de su aparición á los ojos del primer hombre: cuadro que tantas veces los poetas—y ahí está, si no, «El Paraíso perdido» de Milton—han reproducido después.

Y por cierto que el azar de mis lecturas me hace encontrar en un interesante trabajo—que llega á Montevideo (1) cuando termino este prólogo: en un articulo sobre el «Africa romana», de Mr. Gaston Boissier, de la Academia Francesa, el trozo siguiente, sobre el poema titulado *Çarmen de Deo* del poeta Dracontius, que prueba cuán antiguo es en los

(1) En el número del 15 de Noviembre de 1894 de la «Revue de deux mondes».

poetas cristianos el entonar loores, en medio de sus más religiosas inspiraciones, á esa belleza femenil, que lanza para algunos reflejos tan profanos:

«Los autores eclesiásticos, dice Mr. Boissier, pasan generalmente como sobre ascuas por lo relativo á la creación de la mujer: Dracontius, que es un seglar, habla de ella más á sus anchas y describe complacido á Eva cuando se muestra al que ha de ser su esposo:—«Apareció anté él sin velos, dice en su poema, con su cuerpo blanco como la nieve, semejante á una ninfa que sale de las aguas. Su cabellera, que el hierro no había tocado para rizarla, flotaba sobre sus hombros; ornaba el rubor sus mejillas; todo era hermoso en ella, y se veia bien que salia de las manos del Todopoderoso:

Constitit ante oculos nullo velamine tecta
Corpore nuda simul niveo, quasi nympha profundi.

XIII

BRÍNDIS.—*Un retrato ideal.*—*Crímen frustrado.*—Son poesias escritas para celebrar los aniversarios XXXIX, XL y XLI de la Asociación Española 1.ª de Socorros Mútuos de Montevideo, que me darán motivo para decir algo relativo á esa Asociación y sus fiestas. En tres terrenos puede apreciarse la importancia de los fines que persigue. El genuino y principal es, además del de mútuo auxilio y prestación de servicios médicos, medicinas y demás, á los socios que lo necesiten, la caridad en general, pues la sociedad la practica y hay muchos socios que

satisfacen sus cuotas con el solo objeto de contribuir á ello, sin exigir, en cambio, ningún servicio. Tanto con esta práctica de la caridad, como con la del socorro mútuo en gran escala, presta la Asociación gran utilidad á la colonia española y á Montevideo en general, pues por mucho que los gobiernos gasten y trabajen—y sabidos son los sacrificios que las autoridades de Montevideo se imponen en esta materia—es siempre un gran alivio de gasto para presupuestos oficiales y de trabajo para centros administrativos, esa cooperación entusiasta de la iniciativa individual y colectiva.—Excusado me parece añadir que el Gobierno oriental y la Legación de España han mirado siempre con benevolencia y estima á una sociedad tan útil. Desde los tiempos del Ministro de España señor Creus, y á consecuencia de una real órden, la sociedad usa, en sus memorias anuales y su bandera, las armas de España.

El segundo terreno en que puede apreciarse su benéfico influjo, es su carácter de *modelo* de otras muchas Asociaciones que á su ejemplo se han formado en América y especial-

mente en el Uruguay y Argentina, en el curso de los cuarenta y un años que lleva de existencia.

Por último, otro campo de acción y de influencia, que no es quizá el menor, son las fiestas ó romerias anuales que celebra, con grandes regocijos campestres, en praderas y arboledas cercanas á Montevideo. En esas fiestas, la Asociación y el elemento español sirven de núcleo á todas las nacionalidades; y como son las fiestas populares por excelencia en Montevideo, con un carácter *general* en que ni estas autoridades ni este pueblo ven un carácter peculiar *extranjero*, deleitándose, por el contrario, en titularlas *fiestas de familia*, constituyen una de las pruebas más grandes y patentes, — como que la forma el asentimiento unánime de toda la población uruguaya, de toda la colonia española,—de la íntima fusión de una y otra.

No describiré fiestas que compendian los caractéres de las que se celebran en las varias regiones de España: ya sean romerias al estilo de la de San Isidro en Madrid, ya sean análogas

á las de Galicia, Cataluña y Provincias Vascongadas. La cortesía de la Junta Directiva de la Sociedad, que acude en la mañana del primer día de las fiestas á saludar, en la Legación, al representante de España, invitándole para la tarde á la inauguración que se verifica bajo una inmensa tienda de campaña, sin lienzos en sus costados y á cuyo alrededor se apiña una inmensa muchedumbre, me ha dado ocasión para dirigir la palabra repetidas veces al Presidente de la Sociedad y á la colonia en general. Por estar ya publicado en *La España Moderna* y ser, como este mismo libro, una de las expresiones de gratitud y frases de despedida que al ausentarme para otro puesto, dirijo á mis compatriotas, voy á trascribir aquí las frases que pronuncié el día 23 de este mes de Diciembre:

«Al venir, probablemente por última vez, á tomar parte en esta inauguración de vuestras brillantss fiestas populares como representante de nuestra querida patria, permitidme que al brindis que en los dos años anteriores propuse por la prosperidad de vues-

tra Asociación, y que en este año repito también, añada otro que algunos de vosotros habeis propuesto ya en otras ocasiones y que en ésta me parece un grato deber para mí. Yo brindo este año por la cordial amistad y estrecha unión de España y la República del Uruguay! Si no hubiera siempre y en todos los momentos mil razones para que yo y todos vosotros oyéramos gustosos el deseo que ese brindis expresa, hoy habria para mi dos especiales, que voy á indicaros.

«La primera de ellas se refiere á la actitud de esta sociedad y de esta prensa ante la noticia de mi ascenso al Japón, actitud espontánea y general de cariño y de interés, pocas veces mostrada con tal intensidad respecto à un diplomático. Sean los que quieran los titulos á esa simpatia, no ya mios, sino de los seres queridos que tengo á mi lado, yo no puedo ni debo ver en ella la expresión de sentimientos que se mueven sólo en una esfera individual. Veo tambien en ella la condensación de sentimientos *internacionales* intimosy vivos: tan

vivos, que al tratarse del Uruguay y su madre patria, podrían llamarse *nacionales*, como los periódicos montevideanos de esta misma mañana os lo recuerdan al deciros que esta fiesta la celebrais en familia.

«A esa cordialidad de relaciones no contribuye sólo la voluntad general de ambas naciones y de sus gobiernos y la conducta de los representantes diplomáticos; contribuye también en parte principal la gran colonia española que vive en la República: las cualidades y la índole de esa colonia, trabajadora, sobria y ordenada en su inmensa mayoría y amante, además, de este país y de este pueblo. Hé ahí, pues, la segunda razón de mi brindis, hoy que á punto de terminar aquí mi honrosa misión, dirijo una mirada retrospectiva á la conducta seguida por la colonia española durante los tres años de mi residencia.

«Esa colonia no ha venido á mí más que para expresarme nobles sentimientos: para recordar conmigo las poéticas grandezas del descubrimiento de América; para ma-

nifestarse dispuesta á auxiliar la acción de sus hermanos de la Peninsula en torno de Melilla y á socorrer las calamidades de la explosión de Santander; para pedirme mi cooperación en veladas y conmemoraciones donde no se han lanzado á la admiración y á la imitación de las masas populares más que las ideas elevadas que engrandecen y dan prosperidad á los pueblos.

«En todas esas conmemoraciones, en cuantas circunstancias ha estado reunida la colonia española, sea en general, sea personificada en cada uno de los grandes grupos é importantes asociaciones que la componen, ha habido siempre, no un orador, sino varios, y á su voz se han unido las de todos los concurrentes, que han brindado á la prosperidad de la República Oriental.

«Nobles sentimientos revela ese espontáneo y constante brindis, y como los grandes y duraderos intereses van en definitiva, lo mismo en la politica nacional é internacional que en el comercio y en los negocios privados, unidos á la generosidad y á la no-

bleza que atan vinculos poderosos y á la leal honradez que gana crédito y confianza —ese brindis simboliza tambien el verdadero interés de la numerosa población española que aquí reside.

«Siguiendo, pues, tan loable costumbre, pero apuntando esas dos razones especiales, os propongo, además del brindis por la prosperidad de vuestra Asociación, el que os indiqué al principio: ¡por la cordial amistad y estrecha unión de España y la República del Uruguay!»

—

No hubo uno sólo de los oradores, á quien en esta ocasión no haya tenido que agradecer frases cariñosas, acogidas por el público con el mismo cariño. A todos doy las gracias de nuevo, y especialmente al inteligente y celoso Representante de la República Argentina Doctor Moreno, que todos los años asiste á la inauguración de las fiestas, y que en la de este año quiso darme una prueba pública de aprecio y amistad, en su

elocuente improvisación. Trascribiré aquí una de las frases del señor Fontela, que también leo en su discurso, en el mismo número de *La España Moderna:*

«¡Feliz, dijo refiriéndose á mi, quien como él sabe, en las grandes circunstancias, hacer vibrar los corazones á impulsos de nobles sentimientos y obtiene para España tan esplendentes muestras del cariñoso afecto de sus hijas, las hoy grandes naciones americanas!»

Esta trascripción, para mi tan agradable, me dará motivo para un recuerdo triste, que con ese discurso se relaciona. Manifestaba pena el señor Fontela, después de aludir al representante diplomático de España, por la ausencia de la representación de nuestra Marina, hallándose, como se hallaba, el buque de nuestra estación naval el «Temerario» en Buenos Aires. Me acababa de dar nuestro cónsul señor Calatayud, y yo trasmití al al señor Fontela, una tristísima noticia relativa al crucero «Cristóbal Colón», cuya oficialidad estuvo tantas veces al lado de la

Legación y de la colonia española en todos los actos á que hacen referencia estos capítulos de *recuerdos* y en cuantos actos se ha tratado de honrar á España. La noticia no podía ser más funesta, pues era la del fallecimiento en Cuba, á causa de la fiebre amarilla, de la mayoría de la brillante oficialidad de aquel buque, destinado un año hace á prestar sus servicios en la isla. Pronunció con este motivo el señor Fontela sentidas frases, que fueron como un negro crespón en la fiesta y la multitud presente se asoció, doblemente conmovida por haber conocido á los bizarros oficiales, á ese duelo de nuestra Marina, como yo me asocio también en estas páginas. Son páginas que hablan de glorias españolas, de aquéllas sobre todo conquistadas por nuestros padres en torno á Colón. Hé ahí que los marinos del buque de guerra que lleva su nombre y que ha celebrado el IV centenario de su descubrimiento en el pueblo hispano-americano que más le ha festejado, han dado ya casi todos sus vidas por la patria, y han demostrado cómo España sabe comprar sus glorias, hoy lo mismo que ayer.

XIV

Se publican en esta colección, para que tenga un poco más de variedad, unas cuantas poesías que no entran, rigurosamente, en el cuadro que el autor se trazó al determinar con el título de *Poesía Militante* todas las que en Montevideo han tenido por objeto estrechar nuestros vínculos con América y coadyuvar á los propósitos de los centros españoles. Son esas poesías *El lenguaje de las flores*, *Nuestro amor*, y siete ú ocho tomadas de una

obra inédita del autor, que llevan por titulo *Al orgullo español, á Enrique IV de Francia, Felipe II, Don Quijote, Sancho Panza, El Mendigo y Los hijos de Teniers.* —Sobre esta última,—relacionada con la célebre frase de Luis XIV al rechazar con desdén los cuadros de David Teniers, tantos de los cuales adornan el Museo de Madrid,—deberia hacer algunas indicaciones á los lectores de Montevideo, pues los de Madrid saben bien cuán natural es que la fantasía poética ponga en movimiento á esa multitud de alegres hijos del pincél de Teniers y narre sus peregrinaciones como reales y efectivas. Yo sé que en las que me obliga á hacer la carrera, sus rostros y miradas y ademanes, como los de los cuadros de Velázquez de que habla la poesia, como los de otros muchos seres que pueblan el Museo del Prado, me siguen y se me presentan continuamente, mezclados á la muchedumbre de fisonomias humanas, vivas y verdaderas, que cruzan por las calles madrileñas. Los numerosos grabados existentes de esos cuadros y la ilustracion

de los lectores montevideanos, muchos de los cuales han visitado los museos de Europa, me eximirán de esa tarea, que no es posible en estos «comentarios y recuerdos»—ya demasiado largos.

Abarcan tres años y se refieren á materias que evocan y hacen rebosar muchas ideas: sea esa mi disculpa. Tratan, además, materias delicadas que exigen minuciosas restricciones, para impedir los torcidos comentarios y la confusión con frases imprudentes de otras polémicas.

Algunos verán en este libro demasiados elogios á España: no les aconsejo que le lean si por España no sienten alguna simpatía... Tratándose de los hechos más gloriosos de nuestra historia y de la del mundo entero, mis elogios no superan ni igualan á los que muchos escritores no españoles han dirigido á nuestra patria.—Responden, á veces, á críticas injustas,—y deben perdonármelos, además, aunque no sea más que en gracia del contraste, los que en estas capitales del Plata miran continuamente el espectáculo de una

literatura dramática madrileña que da, muchas veces, en el exceso contrario.—Escrita, no para dar á conocer á los madrileños costumbres propias que ya conocen, sino para excitar su risa con la *sátira* de los desvíos y exageraciones de esas mismas costumbres, tal literatura nos presenta muchas veces la antítesis de lo que nuestro pueblo tiene por bueno y practica generalmente. Se originan de esto juicios desdeñosos, fundados en nuestros mismos textos literarios: sirvan de contrapeso el lenguaje y los sentimientos que despiertan en los españoles sus glorias y sus deberes históricos; aunque no alcancen en mis versos la belleza que yo desearia alcanzar.

Sólo me pesa no haber empezado con tiempo á reunir las poesías que he escrito en albums de señoritas de esta sociedad, pues aunque por su índole no correspondian á esta colección, el interés con que muchas personas me han instado á que las insertara en ella, apenas se supo que se imprimía, me hubiera decidido á incluirlas.—Diré sólo, para atenuar esta omisión, á las bellas seño-

ras cuya afición á los versos es una de las principales razones de que haya todavía quien los escriba,—que no deben asustarse sobradamente de la «trompa épica». Lean, si no, mis poesías y en casi todas ellas se verán cantadas. A todo va mezclada para el hombre la idea de su hermosa compañera: canta su exhortación cariñosa, si canta grandes empresas; canta su defensa y la conquista de su corazón, si canta batallas; pone el codiciado laurél en su mano, si celebra glorias; pinta en su amor el consuelo de todos los esfuerzos y anhelos individuales, y en la esfera de lo nacional—y más tratándose de España—la mira como luminosa estrella de la historia.—La mujer es poesía—y el poeta bien sabe que le conviene llamar á su dulce puerta en busca de inspiración.—Con versos que en ella se inspiran, valgan lo que valieren, quiero terminar estos comentarios, trascribiendo un fragmento de *La Cruzada Española* en que se expone la idea que el pueblo español tuvo siempre de la mujer, comparada con las ideas de los árabes:

En verdad no le basta, como al moro,
doseles darla de oriental brocado,
sutil cendal y pebeteros de oro,
jardín de gratas fuentes adornado;
y el ondear ligero
de su mórbido baile retrechero
seguir embelesado!

Con afecto más puro la enaltece;
el vil cerrojo de su cárcel quita,
y bajo un sol de vivo centelleo
del recóndito harén ismaelita
la lleva á ser la reina del torneo!
—Si sus puertas la cierra la mezquita,
abre para ella góticos umbrales
de grandes y sublimes catedrales
en León y en Oviedo,
y en Sevilla y en Burgos y en Toledo;
—y en Córdoba consagra al Dios cristiano
la mezquita elegante y hechicera
de columnas de pórfido galano...
que tiemblan amorosas
escuchando á su pié, por vez primera,
la plegaria de madres y de esposas!

Por el alma graciosa femenina
que desdeña el arábigo profeta:
la Psique peregrina,
fantástica, sutil, voluble, inquieta;
alada mariposa
fugaz y caprichosa...
pero luz de brillantes resplandores
en la noble piedad y en los amores;
por ese rayo fúlgido y celeste
que el árabe no corre palpitante
de su ignota future
á sorprender siquiera en el semblante;
por esa llama fugitiva y pura,
espíritu de encantos y de gracia,
quimera á veces, ideal falacia,
y á veces preciosísimo tesero...
gime el hispano y férvido suspira,
combate y lucha con espuela de oro,
y en la gloriosa y resonante lira
de los juegos florales
y del laúd al eco lastimero,
endechas canta y trovas inmortales
de poeta y rendido caballero!

Si para el moro fiero
cuerpo es, sin luz ni amor, la musulmana,
en harén sepulcral aprisionado;
el alma—para él—de su cristiana
recorre el mundo como espectro alado.
La contempla doquier: por mar, por tierra;
donde le lleva su azarosa suerte;
donde el clarín le llama de la guerra...
por ella afronta confusión y muerte,
en ella busca celestial consuelo;
y codiciando, en su amoroso anhelo,
extrañas trasmisiones de la idea,
la escucha, desterrado en triste suelo!
la llama, cuando corre á la pelea!

Montevideo, Diciembre de 1894.

El Canto de la Sirena

Escrita para una fiesta celebrada el 19 de Febrero de 1892 á bordo del buque español «Ciudad de Santander», á beneficio de la sociedad de salvamento de náufragos, cuando estaba para terminar la travesía de Cadiz á Montevideo.

¿No me engañan mis oidos?
¿cruzais, dulces pasajeros,
en esa nave gentil,
por mis mágicos imperios,
mezclando á los rudos sones
de cables, máquina y hierros
y del potente vapor

al embravecido aliento,
el grato son de la música,
de las bromas y los juegos,
con el designio cruël
(no digais piadoso intento)
de alzar socorros y ofrendas
que me arrebaten del seno
náufragos que mios son
por razón y por derecho?

Oh! qué ingratos sois conmigo,
cuando mansamente os llevo,
por suaves ondas mecidos,
de hemisferio en hemisferio;
acariciados por brisas
que apenas rizan el terso
cristal azul de mis aguas,
de mi bella faz espejo
y espejo de los celajes
que con súbitos incendios
el sol poniente ilumina
al despedirse del cielo;
seguidos por cien gaviotas
que en sus giros y revuelos
sonríen á vuestro viaje;

por delfines placenteros
que saltan á vuestros ojos
como yo se lo prevengo,
y por voladores peces
que de mi profundo piélago
la plácida mansedumbre
os muestran—pues en efecto
¿qué son?—graciosos juguetes
que cariñosa os enseño!

¿Soy tan pérfida y terrible
que así precaveis mis riesgos?
Respondan esas palomas
que por jarcias y aparejos
me sonrien amorosas
en sus diarios paseos,
y contestan con arrullos
á mis dolientes acentos,
solazándose tranquilas
con pausado contoneo...

¿Soy fea y aborrecible,
feroz... que os infundo miedo?
No en verdad! si de la luna
plateada, el centelleo

mi manto de negras ondas
borda con fulgor espléndido,
yo os he visto, yo os he visto
acudir con embeleso
de mis nocturnos encantos
á contemplar el destello.
Yo os he visto, en noche oscura
de tropicales misterios,
en la alta popa asomados
mirar con asombro inquieto
las perlas fosforescentes
con que adorno mis cabellos
para atraer vuestros ojos
y cautivar vuestros pechos...
yo—la amante abandonada
del mar ¡ay! en los desiertos;
yo, que sigo vuestra estela
sin ventura y sin consuelo...
como os alejais, llorando!
como os llamo, sonriendo!

Yo doy oro al codicioso,
al conquistador, imperios;
al navegante inspirado
nuevas tierras, mundos nuevos!

¿Y quereis arrebatarme
la esperanza por que aliento:
una esperanza de amor
que es mi afán, mi afán eterno?

¡Dejad que el náufrago venga
á mis brazos hechiceros,
y que su pálida frente
apoye en mi amante seno,
y que en mis lábios exhale
el último leve aliento...
Dejad que robe á su alma
un amoroso secreto:
un ¡sí! que por siempre torne
en dicha inmensa mi duelo!

Todos ¡ay! hasta aquí, en ese
abrazo mortal y estrecho,
á otra mujer—siempre á otra!
que allá en el tranquilo puerto
los despidió ó los espera,
y acaso logró ya de ellos
mis perlas y mis corales—
envían su adiós postrero...
El secreto que les robo

es para mi cruel secreto:
burladas quedan mis ánsias,
inextinguible el deseo...

Oh! ven, amante rendido,
ámante que ardiente espero;
no burles siempre mi afán!
no rasgues siempre mi pecho

Venid! más no: pone alas
á vuestra fuga el vil miedo...
—Ved que la dulce sirena
puede alcanzaros muy presto.
De caprichosas crueldades
es sultana, si el despecho
la irrita, y á una señal
de sus delicados dedos
ó su abanico de nácar,
su hermano el rey de los vientos,
con un soplo, os hará pasto
de los vivos pecezuelos
que como en lindas peceras
guardo para mi recreo
en mis grutas encantadas
del mar en los hondos senos!

Oh! no: perdonad!—Dichoso
sea, oh dulces pasajeros,
vuestro viaje; y no olvideis
mis cánticos y mis ruegos!
no olvideis que hermosa y tierna
me habeis hallado; que muero
por vosotros; que apacible
siempre hallareis mi elemento:
lo juro!—volved lo juro
por que os amo... y os espero!»

Esto dijo una sirena
de blanco y turgente pecho
á la nave audaz hispana
que va del Plata á los puertos...
dijo—y movió, juguetona,
las perlas que ornan su cuello;
con dulces ojos de amor
miró al buque sonriendo,
y al zambullirse en el agua
en su costado sereno
estrelló una mansa ola
con el chasquido de un beso

Envio á Chicago

I

Cuatro siglos se cumplen! la mirada
Los pueblos vuelven al solemne dia
En que se alzó de pronto realizada
La quimera sublime que seguia
El gran Colón; la tierra que apartada
A los ojos de Europa se escondia
Como en niebla recóndita y secreta:
Mitad desconocida del planeta!

América y España, de un ferviente
Y sagrado entusiasmo poseídas,
Ponderan y aquilatan en la mente
La grandeza del hecho; las crecidas
Riquezas que aportó á la humana gente;
Las mágicas regiones, y atrevidas
Y nuevas sendas que con él se abrieron
Y el reino de los hombres extendieron.

«Venid, dice Madrid, y hasta las huellas
Más escondidas de esa grande historia
Sigamos afanosos, y en pos de ellas
Consagremos al genio nueva gloria;
De las patrias hazañas y de aquellas
Empresas de titánica memoria
Veamos el alcance sin segundo,
Los amplios resultados para el mundo.

«¿Cómo brilló en el cielo americano
La luz de Europa difundiendo vida?
¿Cómo al tesón del poblador hispano
La ruda selva se entregó vencida,
Y á la cruz amorosa del cristiano
El pedernal caníbal homicida?

¿Qué es América hoy, y ayer qué ha sido?
Qué camino inmortal ha recorrido?»

«Ve la respuesta aquí, Chicago exclama;
El *hoy* mi gran certamen te presenta:
Cuanto producto mi labor derrama;
Cuanto mi ingenio original inventa
Y el mundo absorto por extraño aclama;
Cuanto en mis campos fértiles se ostenta...
Aquí soberbiamente reunido,
Te declara el camino recorrido.»

Camino dilatado, esplendoroso,
Que va de lo pasado á lo presente;
Del germen á la flor; del punto ansioso
De partida á la meta refulgente.
—Pero ¿cuál es, decid, el más valioso
Triunfo y el trofeo preferente?...
Cuál es, en ese emporio extraordinario,
El más bello florón del Centenario?

¿Cuál es el ser, la imágen, el objeto
Que á lo vivo y mejor personifica
El círculo de siglos, hoy completo?
Que, cual símbolo ó cifra en que radica

La mágica virtud de un amuleto,
Con su sola presencia nos indica
La hermosa metamórfosis lograda
Por esta gran región transfigurada?

II

Ah! yo veo una América sombría,
Evocando la historia mejicana:
Una amazona de expresión bravía,
Del Azteca feroz adusta hermana;
La tez oscura, la mirada impía,
De aquellas selvas fúnebre Diana
Donde entre miasmas sin cesar retoña
De la amarilla fiebre la ponzoña.

Madre del hijo aquel que se recrea
En un culto de saña vengativa
Y á sus ídolos da, como presea,
Cuantos vencidos en la lid cautiva;
Que no mata al contrario en la pelea
Y preserva su sangre ardiente y viva

Para que luego palpitante brote
A manos de implacable sacerdote.

Perdón, sombra infeliz! porque á tu lado
Veo sombras también de más dulzura:
La bella Glaura de gentil agrado,
La Tegualda de tierna desventura;
Cuyo amor y destino malhadado
En la conquista de Arauco dura
Cantó, por boca del sincero Ercilla,
La generosa lengua de Castilla.

Más falta á su belleza tenebrosa
El claro brillo y el color galano,
La perfección caucásica graciosa,
Y á su heroismo el hálito cristiano.
¿Qué frase escucha de su altiva esposa,
Vencido y preso, el gran Caupolicano?
«No quiero, grita, que me llamen madre
Del hijo infame del infame padre.»

Y con grandeza cruel, que no se humilla
A la piedad de su mortal congoja,
Por siempre se despide, y le amancilla
Y el hijo de ambos á los pies le arroja.

«Otra madre le dieron,» dice Ercilla:
¡Palabras tristes de esa triste hoja!
Ah! falta un rayo, si, de luz más pura
Que á pechos dé y á rostros hermosura.

Falta!... más no, que la inmortal Marina
Ya en su frente elegida le llevaba!
Notable historia y página divina
En que el triunfo del genio amor acaba!
El gran Cortés! la Azteca Peregrina!
Él grande como César,—ella esclava,
—Pero grande en amor: su cautiverio
Rinde á España la gloria y el imperio.

Oh sombra de Marina dulce y pura!
Correr te veo gasa transparente,
Y alegre multitud, toda hermosura,
Inunda el venturoso continente:
En el valle feraz, sobre la altura,
Cabe los ríos, junto al mar rugiente...
Doquier se ven embellecidos seres,
Esbeltas y poéticas mujeres.

Las que cantaron gayos trovadores
De Castilla en las cortes elegantes,

Cruzar se miran, suspirando amores;
Y con ellas las Blancas y Violantes,
Las tiernas y rendidas Leonores
De Lope y Calderón, y de Cervantes
La Dorotea retrechera y linda,
La enamorada y pálida Lucinda.

La antorcha que sus ojos embelesa
Con ardientes fulgores celestiales,
La sublime y extática Teresa
Viene á encender en lumbres tropicales;
Y de los Andes por la erguida mesa,
En ricas hacaneas imperiales
Cabalgan, como sombras soberanas,
Las altivas infantas castellanas.

En las ruinas suspira tristemente
Del palacio reäl de Moctezuma,
Bello fantasma, doña Inés doliente;
Y la Venus gentil de gracia suma,
Que nació juguetona y sonriente
Del gaditano mar entre la espuma,
Baña su cuerpo mórbido y retrata
Sus negros ojos en el ancho Plata.

Cruzan luego las gélidas regiones
Del duro septentrión, blancas ondinas,
Como airosas y vagas creaciones
De genio soñador; las heroinas
De Shakespeare, Rosalindas y Hermiones,
Diáfanas de color y alabastrinas:
Suäves hijas de Albión la hermosa.
De lánguido mirar y tez de rosa.

III

La belleza doquier: suyo es el día!
Suya la inmensa tierra americana!
Artes y ciencias, religión, poesía,
Á la excelencia de la raza humana
Unidas van... Ay! Cuándo, Europa mía,
Harás tambien del África tu hermana
De esa estatua de bronce tenebroso,
Una estatua de mármol luminoso?

La palma á la belleza: extraordinario
Favor del cielo!—y al brotar el vino

En el festín mundial del Centenario,
Evoquemos la sombra del divino
Platón,—que de su lecho funerario
Se alce á mirar de América el destino...
Ya que en la *Venus Victrix* él adora
La belleza sublime y vencedora!

Por la mujer, yo brindo, que hechicera
El vuelo de su patria simboliza!
De cuatro siglos la triunfal carrera
En la armonía de su faz realiza!
—Y al pueblo que con ansia tan sincera
Ese ciclo de tiempo solemniza
En la rica Chicago, aquí le envío
Dos retratos, tributo pobre mío.

Reflejo uno será, débil penumbra
De su hija, el hada juvenil de amores
Que con la luz de su belleza alumbra
Ese alcázar de oro y esplendores
Que el fuerte padre martillando encumbra;
Que corona de cintas y de flores
La piqueta fecunda del colono,
Potente cetro de su rico trono.
Es su rostro de nácar y de nieve,

Su inteligencia vivido destello,
Los ojos, que semejan cielo breve,
De azul fascinador, de oro el cabello;
Lánguido el cuello—como el cisne, mueve;
El amoroso, esbelto y puro cuello:
Ofelia de poético atractivo,
De sentimiento delicado y vivo.

Pintaré luego á nuestra hija hermosa,
La que guarda en el suelo americano,
Cual sacro fuego de vestal graciosa,
El preclaro idioma castellano;
Trémula irá mi mano y orgullosa
De lejos emulando al gran Ticiano
Que hace de su Lavinia un cuadro eterno
Con genio de pintor y amor paterno.

Si me presta colores mi paleta,
Debo pintar tan ideal semblante
Que realice los sueños del poeta,
Que encadene el deseo del amante;
Que deje el alma á su atracción sujeta,
Y el corazón rendido y palpitante
Ante esa forma y tipo peregrino
Del inmortal encanto femenino.

Es su boca un rubí; la viva llama
Que en sus ojos bellísimos se enciende
Con árabe fulgor dice que ama,
Con hispana altivez, que no se vende;
Luz inefable de bondad derrama
La grata risa en que al amante prende,
Y en ella dice ya de la futura
Y cariñosa madre la ternura.

Gime de amor el céfiro medroso
Si juega en su cabello ensortijado:
Y tiene, en fin, su rostro delicioso
La trémula emoción, el dulce agrado,
La noble frente, el arrebol hermoso,
El oro transparente y sonrosado,
El halagüeño y suave y claro brillo
De la hechicera Virgen de Murillo!

Encanto

A LA SEÑORA MADORNA DE ROSIÑOL

En el album que le fué regalado como recuerdo de la paticipación en la fiesta del Ateneo el 18 de Julio, cantando inspiradamente y con gran maestría. Acerca de una distinguida jóven de la sociedad Montevideo que cantó en la misma fiesta, vease la triste página.

¿Qué tiene, dí, tu voz, que así enajena
y cómo puede ser tan dulce y suave?
canta graciosa, como canta el ave;
llora, como lloró la Magdalena.

Amor apasionado, aguda pena,
con alta inspiración modular sabe...,

semeja á veces, en su acento grave,
lejana y melancólica sirena...

El que una vez te oyó, con vivo anhelo,
mil y mil veces escucharte quiere...
pero tu voz le ofrece ese consuelo:

profunda y duradera el alma hiere,
y deja en ella como voz del cielo
un eco celestial que nunca muere!

24 de Julio de 1892.

Náufragos Argentinos

Escrita al llegar á Montevideo la noticia del naufrágio de la torpedera argentina «Rosales,» frente al Cabo Polonio en la costa uruguaya, cuando se dirigia al puerto de Palos, para asistir, por invitacion de España, á la conmemoracion de la salida de Cristóbal Colon de aquel puerto.

Negro aún surge el mar... Vago lamento
lanzado por un ser que ya no existe
va llegando fatal—lejano y triste—
en las trémulas ráfagas del viento.

Oh despiadado mar! oh mundanales
contrastes, y del hado ley funesta!

Iban á alzar en esplendente fiesta
la copa de los brindis fraternales!

A vivir efemérides de gloria!
á rehacer la luminosa estela
trazada por la altiva carabela
que el cántico entonó de la victoria!

Sombra de España—de la patria mia!
cuya voz los llamaba cariñosa;
vuela en alas del viento presurosa
hacia los reinos de la mar bravia!

Lánzate desde Palos, angustiada,
sobre los mares de la ardiente zona...
que vayan reflejando tu corona
y el intenso dolor de tu mirada...

Como nube que arrastran aquilones,
ve tendiendo doquier inmenso velo,
llevando por los ámbitos del cielo
negro cendal y fúnebres crespones!

De la uruguaya costa procelosa,
ante el misero cabo al fin detente,

donde el rudo *pampero* eternamente
gigante lucha con la mar ansiosa...

Y cuando el negro y ominoso trecho
donde cruëles piélagos profundos
apagaron los ayes moribundos
dando á los cuerpos inclemente lecho...

Cuando el sitio fatal, con mano altiva
el ángel te señale de la muerte...
alli! materna sombra! dulce vierte
una lágrima triste y compasiva!

Montevideo, 18 de Julio de 1892.

El Centenario

Cuando todas las miradas se vuelven hacia lo pasado, sea para admirar los grandes hechos que conmemoramos, sea para establecer comparaciones y gozarse en los progresos obtenidos; cuando todos los oradores y escritores reftejan esa doble tendencia,—pocos, sin duda, serán los que fijen su vista en el sentido y alcance del Centenario mismo, esta gran conmemoración, que llevada á las proporciones á que el mundo entero y en especial varios pueblos la han llevado, constituye un hecho

histórico importante, en que pueden analizarse tendencias y sentimientos dignos de atención.

Nuestro siglo se ha señalado por una afición á las conmemoraciones de esta especie, que más que signo de decadencia, como algunos suponen, parece indicar un grado superior de cultura y sentimiento en esos séres colectivos que se llaman Naciones. A veces, tal afición ha tenido por pábulo el recuerdo de hechos de importancia secundaria y por móvil la vanidad de algunos individuos; á veces se ha visto contenida por el temor á la burla que recae sobre todo panegírico exagerado ó inoportuno.

Pero este año del 1892, al llegar á nosotros con la mágica fuerza que le daba su encadenamiento cabalístico con el memorable 1492, ha abierto, como por impulso eléctrico, todas las exclusas, precipitándose en anchos raudales las ideas y los sentimientos más característicos del Siglo XIX: el ávido deseo de admirar lo grande; el justo orgullo de ostentar glorias bien ganadas; la ciencia atesorada en bibliotecas y museos; el ingenio, la extrema cultura,

los múltiples y potentes desarrollos que á la inteligencia humana ha dado con sus eficaces y colosales instrumentos de enseñanza y perfeccionamiento la civilización moderna, y que, ganosos de claros triunfos, han preferido, á otros, este palenque del centenario, para demostrar que del mero reflejo de pasadas glorias podian hacer focos de viva luz; de meros pedestales, altivos y suntuosos monumentos.

Al proyectarse las sombras de las grandes figuras de los siglos XV y XVI sobre este siglo, tambien grande y orgulloso, han creado un cuadro de gigantescas proporciones y han suscitado en el seno de los pueblos modernos ligados históricamente con ellas una profunda conmocion, una efervescencia cuya intensidad y alcance no pueden apreciar aun, los mismos que en ella se ven envueltos.

El Centenario tiene naciones enteras por celebrantes; un ilustre pontífice y soberanos que realzan su brillo; hombres de Estado que justamente le consagran su atencion y su inteligencia en medio de crisis económicas y di ficultades políticas; tiene sus oradores, sus poetas... y hasta sus mártires: esos infortuna-

dos náufragos de la «Rosales» á quienes hoy debemos una lágrima; tiene la gloria de una inmensa producción histórica, que en la parte documentaria será, como las colecciones de Ramusio y Navarrete, fecunda en hermosos libros, y en su parte original y crítica habrá enriquecido nuestro conocimiento de los anales del mundo con multitud de ideas nobles, ingeniosas, llenas de novedad; consoladoras como tributo de respeto á genios benéficos; generosas, como acicate y estímulo á los hombres públicos presentes y futuros.

Y á esa gloria histórica va unida la de una «Cartografía» que formará época en la serie de nuestros conocimientos cosmográficos; la de una «Iconografía» que puede considerarse ilimitada, tal es el número que abarca de cuadros, estampas, ilustraciones, imágenes plásticas de toda especie, que á los pobres y rudos compañeros de Colón; á los constructores de esas carabelas tantas veces reproducidas; á los inertes cadáveres del Almirante y de la Reina Católica, hubieran de seguro envidiado, si hoy vivieran, el ostentoso Luis XIV y el altivo

Napoleón que tantos cuadros triunfales se decretaron á sí mismos.

Esas figuras, esos recuerdos, España los conservaba y acariciaba sin cesar. En bibliotecas como la Colombina de Sevilla, en conventos como el de la Rábida, en sus museos y en sus escuelas, en sus monumentos y en sus archivos, han estado constantemente encendidas las recónditas lámparas que un pueblo noble alimenta, aun en sus días de escasez, ante las grandezas de sus mayores. En ellas enciende hoy el mundo la brillante antorcha, á cuya claridad vuelve á leer y admirar... las páginas de nuestra propia historia.

Y qué historia más digna de atraer la atención universal que la de un pueblo que no sólo ha dado cima á grandes proezas, sino que, á semejanza de su ilustre Carlos V, desdeña á menudo ese derecho, que otras naciones ejercen tanto, de comentar, interpretar y explicar sus propios actos, dejando este trabajo á inteligencias y corazones lo bastante nobles para no llamar chico á lo grande ni bajo á lo elevado,—y abriendo de este modo la puerta á escritores extranjeros como Wes-

hington Irving y Prescott, para no citar más que á esos dos grandes historiadores que han preparado el espíritu norte-americano para esta conmemoracion tan ferviente y tan cordial hacia España.

Muy alto es el honor que para nuestra patria resulta de esta fiesta universal, de estos universales trabajos literarios y artísticos; grande, sobre todo, el espectáculo que España misma presenta, en su fiebre de sentimientos y de producción.—La evocación de esa época sin igual de su historia ha unido todos los corazones, todas las inteligencias, todas las clases sociales, todos los partidos.

Si este arranque espontáneo, intenso, nacional, unánime, hubiera surgido ante una amenaza extranjera, ante una empresa de interés vital y decisivo para el país, habría sin duda producido una de esas notables páginas de la historia, en que España consigna inesperadamente la vitalidad nunca apagada de su dormida energía.

Aun así, y reducida esta gran efervescencia á un himno de gloria que entona la nación entera sobre las tumbas de sus héroes, su acti-

tud reviste un carácter noble y solemne, y entraña además, un sentimiento, elevado ya á la fuerza de propósito decidido, que no quedará sin resultados históricos de diversa índole.—¿Quién no advierte desde luego, en la conmemoración de los españoles, una nota dominante: las cordiales palabras de amistad á sus hermanos de América; la esperanza de relaciones, basadas, sí, en la mútua independencia, pero cada vez más estrechas y numerosas?

En el pueblo español, que no ha desmentido en esto su alcurnia y bien ganado blasón, el amor á América ha sobrevivido y vencido á otros sentimientos y recuerdos, con la preeminencia que los sentimientos elevados tienen sobre otras pasiones en los pechos generosos. España puede decir con el Segismundo de Calderón, cuando, despues de rechazar y tachar de mentido sueño sus recuerdos de ambición, de mando y de combate, recuerda á la mujer que amaba:

«que era verdad creo yo
en que todo se acabó
y esto solo no se acaba!»

Sea ese pensamiento tan español, más bello acaso que los más bellos de otras literaturas, la síntesis de la actitud y sentimientos de España, al llegar este 4.º centenario, que no encuentra como los tres anteriores, su pabellón desplegado en ambos continentes americanos contra las invasiones de otras razas, como era entonces su deber; su cetro interpuesto entre las divergencias de las varias agrupaciones hispano-americanas; pero que halla sus brazos cordialmente extendidos hacia sus hermanos, cuya independencia ha reconocido categóricamente y sin rencor, cuya íntima amistad aprecia en mucho y juzga de gran importancia así para los españoles como para los hispano-americanos.

Publicado en *La España* el 1º de Octubre de 1892.

La Cruzada Española

FANTASÍA POÉTICA

Escrita para la revista «Montevideo-Colón», que con la colaboración del señor Presidente de la República Oriental y sus Ministros, se publicó el 12 de Octubre de 1892

¡Salud, gentil ciudad, que á fuer de buena,
nos das tu nombre al de Colón unido
en hora grande y de recuerdos llena!
Coronas de laurel aquí han querido
tus próceres más altos, á la gloria
ofrecer, de aquel genio luminoso...

y yo, pues me invitáis, consagro ansioso
á su claro blasón pobre memoria.

Cantaré de Colón... también de España!
Todos con él la unís: ¿cómo podría
separarla mi citara sincera,
cuando en la grata fiesta placentera
izar me toca, para gloria mia,
al lado de la enseña que hoy os guia,
de vuestra madre la inmortal bandera?

No me anima, en verdad, jactancia vana,
—que con la mia canto vuestra historia!—
al celebrar de la nación hispana
una joya entre todas soberana:
su inmarcesible gloria
en ese azar extraño y espantable
que ya la Europa entera
de sueño irrealizable,
de invención acusaba y de quimera.

Cantaros de esa España yo quisiera
los rasgos que en su histórico destino
al espléndido honor la preparaban,
y marcando á su acción fijo camino,
como por fallo singular divino,
hacia la grande empresa la guiaban.

A esa cuna marcial, áspera y dura,
de España: á la difícil Reconquista
que con lenta y potente levadura
nuestro genio español forma y depura,
volvamos hoy un punto nuestra vista!

I

La roja cruz sobre el ferviente pecho,
la cruz del hierro en la inspirada mano,
recobrando del yugo mahometano
la mal perdida España, trecho á trecho;
el campeón cristiano,
con indómita frente y porfiada
y fiera lucha, desde Asturias viene
y el cántabro Pirene,
hasta los muros de la infiel Granada.
¡Ay de él, si un dia sus baluartes toma,
en los azares de la incierta guerra,
la engreida falange de Mahoma!

—Su cuello esclavo, su preciada tierra
desmembrada, y desierto
el dulce hogar de sus hijuelos mira;
su rostro altivo de baldón cubierto!
Mas ¡oh triunfo inefable
si el lábaro de Cristo
encadena el favor de la fortuna,
y trémula y fugaz traspone el monte
del lejano horizonte
la torva media luna!
—Cien comarcas lozanas:
Asturias, Aragón, León, Castilla,
las vegas valencianas,
Jerez la rica, la gentil Sevilla...
son españolas... cuando son cristianas.

Con Cristo cae ó triunfa aquel guerrero
que la patria con él une y confunde:
la patria aumenta, si su ley difunde;
la patria son las tierra que redime...
Y en ardua prueba, pertinaz, prolija,
que firme sello al corazón imprime
y en molde eterno su carácter fija:
en siete largos siglos de campaña!
Dios y patria no son más que una idea

para el pueblo que corre á la pelea
al grito de ¡Santiago y cierra España!

España es arca santa, monumento
que guardan paladines vigilantes;
altar de combatido campamento,
áurea cruz entre espadas fulgurantes!
Y la grey de Ismael, cuando arremete
á ese recinto de albos resplandores,
no es ejército solo de invasores
de la patria frontera;
es legión infernal, que en su ceguera
batalla busca,—las sagradas vallas
traspasando con locas osadías,—
al Jehová terrible de Isaías,
al Dios de las batallas!

—

¡Reto sublime! judiciaria *prueba*
de Dios, entre el Corán y el Evangelio,
en que el heróico vencedor, por palma,
extensos pueblos lleva,
y un noble orgullo que enajena su alma.
¡Vencer en nombre del Señor! grandiosa
y divina embriaguez; sumo trofeo!

¡Alcanzar, en campaña más gloriosa
y en esfera del mundo más hermosa,
el bíblico laurel del pueblo hebreo!

II

Y al orgullo de místico soldado,
une aquel campeón la idea altiva
de ciudadano libre y respetado.
Sobre él no pesa dura y excesiva
servidumbre feudal. Compacta hueste,
unida forma la nación entera;
soldado es el humilde,—y de la llama
de soberbio ardimiento que le inflama
vida y victoria el capitán espera.
¿Cómo negarle códigos y fueros
que su hidalguía aumenten
y el brío de sus brazos acrecienten?
¿Cómo apagar los claros arreboles
de la antorcha que al árabe le lleva,
ni pretender que siervos de la gleba
se lancen á morir como españoles?

III

Su frente no se baja
ni del fuerte al oprobio y al insulto,
ni al látigo que ultraja;
—¡al débil sí!—respetuöso culto
á la mujer consagra: criatura
de inerme brazo, de lloroso ruego,
de tierno encanto, de gentil dulzura!
En verdad no le basta, como al moro,
doseles darla de oriental brocado,
sutil cendal y pebeteros de oro,
jardin de gratas fuentes adornado;
y el ondear ligero
de su mórbido baile retrechero
seguir embelesado!

Con afecto más puro la enaltece;
el vil cerrojo de su cárcel quita,
y bajo un sol de vivo centelleo

del recóndito harén ismaëlita
la lleva á ser la reina del torneo!
—Si sus puertas le cierra la mezquita,
abre para ella góticos umbrales
de grandes y sublimes catedrales
en León y en Oviedo,
y en Sevilla y en Burgos y en Toledo;
—y en Córdoba consagra al Dios cristiano
la mezquita elegante y hechicera
de columnas de pórfido galano...
que tiemblan amorosas
escuchando á su pie, por vez primera,
la plegaria de madres y de esposas!

Por el alma graciosa femenina
que desdeña el arábigo profeta:
la Psique peregrina,
fantástica, sutil, voluble, inquieta;
alada mariposa
fugaz y caprichosa...
pero luz de brillantes resplandores
en la noble piedad y en los amores;
por ese rayo fúlgido y celeste
que el árabe no corre palpitante
de su ignota futura

á sorprender siquiera en el semblante;
por esa llama fugitiva y pura,
espíritu de encantos y de gracia,
quimera á veces, ideal falacia,
y á veces preciosísimo tesoro ..
gime el hispano y férvido suspira,
combate y lucha con espuela de oro,
y en la gloriosa y resonante lira
de los juegos florales
y del laúd al eco lastimero,
endechas canta y trovas inmortales
de poeta y rendido caballero!

Si para el moro fiero
cuerpo es, sin luz ni amor, la musulmana,
en harén sepulcral aprisionado;
el alma,—para él,—de su cristiana
recorre el mundo como espectro alado.
La contempla doquier: por mar, por tierra:
donde le lleva su azarosa suerte;
donde el clarín le llama de la guerra...
por ella afronta confusión y muerte,
en ella busca celestial consuelo;
y codiciando, en su amoroso anhelo,
extrañas tramisiones de la idea,

la escucha, desterrado en triste suelo!
la llama, cuando corre á la pelea!

—

Del blanco armiño y de la real corona
que á la dama rehusan otras gentes,
él, en su España, digna la pregona;
y con fe y entusiasmos reverentes
en su nobleza firme y elevada,
la entrega decidido
el cetro que no quiere ver vendido,
la enseña que no quiere ver manchada!

IV

¡Cuán bello su estandarte soberano
de una mujer hidalga y generosa
en la hechicera mano!
—Contemplad esa escena esplendorosa!
Es la gran Isabel... en este instante.
dando cima á la ibérica cruzada,
va á penetrar, con séquito triunfante,
en el noble recinto de Granada.

La cruzada á su fin, gloriosa llega!
pero no! de Isabel en la mirada
hay algo misterioso que lo niega:
un vago centelleo,
un arcano deseo
de la pupila ardiente;
una ambición que, espléndida y divina,
prisión juzga mezquina
para el impulso abrasador que siente
la rendida muralla granadina!

De espléndidos señores
y de asiático lujo rodeada,
los ojos soñadores
detiene, persistente y fascinada,
en uno, que parece marinero,
y la sigue entre turba bulliciosa,
cansado y triste y pobre y extranjero...
—Cansado y triste... pero que hoy irradia
fúlgida luz ante la gran princesa:
hoy que se cumple de la real promesa
la condición, y la ciudad se alcanza,
y pierde el moro su postrer retiro
y su mortal Suspiro
para aquel hombre es eco de esperanza.

¡América grandiosa,
visión resplandeciente y misteriosa,
de dos almas de nobles osadías
á la unida y profética mirada
en torno de Granada
tus inmensas comarcas extendías!

Ante aquella mirada, como en sueño
que en brevísimo instante nos presenta
una serie infinita
de sucesos y de èpocas, se ostenta
la historia que va á ser y aun no está escrita.
Por un favor divino,
dos almas á la par la contemplaban
y en un rayo de luz se confundían;
unidas se lanzaban
y el espacio y el tiempo recorrían!

V

El alma de Colón, en nave airosa,
navega hacia poniente;
navega con aguja sigilosa;
navega entre el murmullo de su gente;

navega sin cesar... buscando ansiosa
la gloria del ignoto continente!
—Sin joyas, que empeñó para esa gloria;
sin joyas ni aderezos soberanos
¡cuando hace de su trono la victoria
el más alto de todos los cristianos!...
con humilde y flotante vestidura,
el alma de Isabel marcha en su estela;
siguiendo, como espectro de luz pura,
la noble carabela!

VI

El alma del piloto, alborozada,
¡la tierra! mira al fin, por él soñada!
la luz de sus ardientes ilusiones!
¡la tierra codiciada:
la tierra... de fantásticas regiones!
—El alma de la reina, estremecida
y con santo fervor, pone en su mano,
para que allí tremole enaltecida,
una enseña querida:
el estandarte suyo castellano!

Y luego, remontándose atrevida,
extiende el raudo vuelo
sobre un inmenso y sorprendente suelo.
Naciones singulares,
ejércitos feroces é infinitos,
idólatras altares
de falsos dioses y cruëles ritos;
alcázar suntuöso
y barbáricas galas y oropeles
de imperio poderoso...
contempla breve instante
con mirada de reina, fulgurante
Y por Oriente, entonces, aparece,
como si hubiera con el sol venido
que en sus limpios aceros resplandece,
un bélico escuadrón enardecido...
¡Cortés!—con él se lanza presurosa
el alma generosa;
con él entra en la lid y alegre asiste
á las glorias homéricas de Otumba;
con él pasa en dolor *la noche triste;*
con él se afana, corre... airada embiste
¡y el Imperio de Idólatras derrumba!

VII

El alma del gozoso navegante
de una en otra región acude y vuela,
feliz y triunfante
del mundo que á sus ojos se revela.
Volcanes mira y cúspides terribles,
ásperas selvas, fieros animales,
montañas para el hombre inaccesibles,
anchísimos raudales
de curso altivo, de furor que espanta...
su orgullo, de inspirado
descubridor de maravilla tanta,
en su hallazgo se goza, y le extasía
del mundo aquel la majestad grandiosa,
que el esfuerzo del hombre desafía!
—¡Con orgullo español, aunque llorosa,
por montes y llanuras,
contempla el alma de la reina hermosa,
cruzando ríos y venciendo alturas

y espacios y enemigos y vallados
y selvas y espesuras...
Pizarro, Almagro, trágicos soldados
que esparcen atrevidas
en rudas muertes las ardientes vidas;
bravios y tremendos huracanes,
volcánicos Atridas,
que infunden, con su intrépida fiereza,
frio pavor á montes y volcanes
en aquella imperial Naturaleza!

VIII

Por un error sublime oscurecido,
al Ocaso más tierras ambiciona
aquel sagaz espíritu atrevido
que va del mundo á demostrar la zona.
El Asia busca donde el sol se lanza...
mas con fe tan vehemente la veia,

que en el mapa ideal de su esperánza
á mitad del camino le salía!
—El alma de Isabel, que en ese instante
más luminosa es, por ser más pura,
de súbito contempla,—palpitante,—
una anchurosa y líquida llanura:
un mar, aunque pacífico, gigante!
Y se angustia un momento y desconsuela...
que la ambición altiva castellana
volar pretende á donde el nauta vuela,
si quier sea su meta sombra vana!
Se angustia un punto... ¡hasta que mira ufana,
bajo aquel extendido firmamento,
en un grupo lejano,
¡allí también! con su pendón al viento,
cerca ya del espléndido Oceano
de horizontes gigantes...
¡allí también! sus castellanos fieles,
con yelmos y corazas rutilantes
y bélicos corceles!
Y un bravo y denodado caballero
que los manda y es Núñez de Balboa,
en su bridón ligero
al borde de aquel mar corre el primero...

Y entrando audaz por sus bullentes olas
que blanquean coléricas su silla,
ondea el estandarte de Castilla
y las proclama siervas españolas!

IX

Instantánea visión ha sido aquélla:
apenas un momento, distraída,
la mano de Isabel, cándida y bella,
del blanco palafrén suelta la brida.
Pero aun busca su extática mirada
la del sagaz cosmógrafo profunda...
Fija en la cruz de su pendón dorada
la encuentra entonces... y el placer la inunda!
¡Cuán dulce aquella cruz que ya se apresta
á conquistar la tierra misteriosa
y á rescatar gloriosa
de manos del infiel la Tumba Santa!
¡Cuán lleno de presagios
aquel rayo de sol que la abrillanta!
Del sol! que la visión esplendorosa,
sin ocultarse un punto,

iluminando fué con su belleza
clarísima y divina;
y que *en ese estandarte* vaticina
cosas de extraña y singular grandeza!

La puerta de Granada
la reina cruza entonces lentamente,
y tras ella penetra, alborozada,
su vencedora gente.
En su recinto hermoso,
no les espera ¡no! largo reposo:
siete siglos de bélica fatiga
la paz no ofrecen á su fuerte mano...
¡aun vestirán el casco y la loriga!
¡aun blandirán el hierro castellano!
Como huracán de Dios grande y magnífico,
domando infieles ó salvajes furias,
la ruda empresa que empezó en Asturias
irá potente al borde del Pacífico!

X

Así dice á Colón dulce esperanza,
cuando su alarde victorioso mira,

y en sus brillantes ojos y pujanza
su ingenio á ver alcanza
los bellos rasgos que os cantó mi lira.
¡Son ánimos de impulso valeroso
que al riesgo aquél acompañarle deben!
son nobles corazones que se inflaman!
apenas le comprenden; pero le aman!
apenas le dan fe... pero se atreven!

¿Y quién podria,—con el mismo aliento
que ese pueblo que acata, entre loores,
la ley de la mujer, su dulce acento,
—la voz de una Isabel seguir atento:
dar vida, entre peligros y sudores,
de una mujer al noble pensamiento?

¿Quién, sino el pueblo de la gran campaña
contra el árabe, oirá, sin que le asombre
y de ficción lo tache y vil patraña,
que tierras que aun no existen para el hombre
pueden surgir para la Cruz y España?

¿Y quién, más que ese pueblo, anhelaria,
con férvida expansión y fe sincera,
propagar—como bienes—por doquiera,
su libertad, sus leyes... su alegria

entre duros trabajos?
la risa y cantos que en su patria suenan?
las hidalgas costumbres que encadenan
con benigno eslabón altos y bajos?
la lengua poderosa
de esa ilustre Castilla
que, fuerte en su bondad, de *ancha* blasona:
la aguerrida y benévola matrona,
en juegos y festejos,
en áticos donaires y gracejos
riente y grata, si en las lides seria;
la Castilla de Tirso y de Cervantes,
creadora de ingenios chispeantes...
¡potente y vivo corazón de Iberia,
que va á romper su valladar estrecho
y el orbe entero á pretender por pecho!

XI

En el ansioso y triste navegante
doblado impulso la esperanza imprime;
su corazón se enciende
en honda gratitud por la sublime
mujer, que generosa le comprende.

XII

¡Con él, á ti, gran reina, yo me vuelvo;
gracias también, como español, á darte!
Al recoger, con poderosa mano,
el desgarrado y trémulo estandarte
que llegaba á tu alcázar soberano,
y escrito te mostraba en sus girones
el desvio de todas las naciones...
¡venerable, Isabel, fué tu grandeza,
suntüosa y eterna la corona
que pusiste de España en la cabeza!
Por ti se dilató de zona á zona
donde quiera que el sol hermoso brilla,
¡ancha no ya, la férvida Castilla:
gigante y colosal! de omnipotentes
impulsos y de altivas ambiciones;
Centro vital de espléndidas naciones,
Imperio creador, Madre de gentes!

Tu cruzada sembró dos continentes
de hispánicos hermanos:
y en los impulsos de tu pecho ardientes,

á salvar un abismo de oceanos
y del ser de dos mundos, una esencia,
en el crisol, hacer, irresistible
de idioma, de sangre y de creencia,
rápida se lanzó tu idea pura,
unida al genio de Colón gigante...
como el ronco vapor que va anhelante
del mar cruël á contrastar la anchura;
como la luz que fulgurante ondea
y cien planetas instantánea esmalta;
como la chispa eléctrica que salta
de mundo á mundo con la humana idea!
Una lágrima vierto reverente—
¡oh reina refulgente!—
cuando cruzas la puerta de Granada,
en el zenit de tus gloriosos dias,
hermosa y elevada;
contemplando en la mente arrebatada
dos grandes poesias:
aquella imagen de dolor profundo...
la Tumba sacrosanta en torpe mano!
y esa cuna rugiente... el Oceano,
de donde nace para España un Mundo!

En el "Rynda"

Recuerdo de una fiesta á bordo del buque de guerra ruso de este nombre, á su paso por Montevideo; fiesta en que estuvo engalanado con los colores españoles y durante la cual se dispensaron muchas atenciones á la legación de España. Con el nombre de "Rynda„ se designaba antiguamente en Rusia al jóven noble ó doncel que servia cerca de los emperadores.

Como un dia en el pecho generoso
del noble *Rynda*, férvido latia,
al par del ardimiento belicoso,
la suave fantasia,
el dulce afán de un vértigo amoroso...
asi de vuestra nave en el recinto
surgirá á veces trémulo, indistinto,

con su fragancia delicada y tierna,
el dulce amor, la poesía eterna!

El hermoso semblante
que un punto las tristezas ilumina
de vuestra vida errante;
la hechicera sonrisa femenina
que alumbra cual relámpago amoroso
vuestro paso fugaz y presuroso...
más de una vez, en vuestro pecho ardiente
surgirán—cual recuerdos ideales
evocados por íntimo deseo—
al rugir de los fieros vendabales
y entre el negro vapor del cañoneo!

¡Cuántas de esas imágenes gentiles
os dará la gentil Montevideo:
náyades juveniles
que vereis, en vision graciosa y linda,
jugando en rededor de vuestro R nda!

El eco de esta fiesta y sus cantares
os seguirá por ambos océanos:
¡llevad tambien con él, como lejanos
y roncos alaridos de los mares
el eco de mis versos castellanos!

BRINDIS

Para la romeria celebrada el 4 Diciembre 1892 por la Asociacion Española 1ª de Socorros Mútuos en el 39º aniversario de su fundación.

DESDE esta playa lozana
vemos ¡oh pátria querida!
alzarse noble y erguida
tu figura soberana.
Entre tu sombra lejana
y nuestra mirada ardiente
un mar se agita rugiente,

y hace su piélago inmenso
nuestro fervor más intenso,
tu imágen más esplendente!

Al saludar tu estandarte
con temblorosa alegría,
al volver, en este dia,
los ojos á contemplarte...
España, ¿cómo evocarte?
cómo verte? ¿entre esplendores
y règias pompas y honores?
haciendo alarde triunfal
de tu Almirante inmortal
y tus héroes vencedores?

No en verdad! de obra piadosa
la historia hace nuestra fiesta:
austera memoria es ésta...
y hoy España generosa,
pálida, inquieta y llorosa
quiero verte: en la ansiedad
y en la austera majestad
de ese momento bendito
en que nos lanzas tu grito
de sublime caridad!

Quiero verte... cual te evoca
la campana lastimera
que al surgir la llama fiera
del incendio, flébil toca;
cual vas, si la furia loca
de rio á despertar llega
y en onda rápida y ciega
y avalancha destructora
humanas vidas devora
y ricas mieses anega.

Cual vas, si ruge violento
bajo tus campos de flores,
de volcánicos furores
el torvo estremecimiento;
y entre confuso lamento
da la inconsciente Natura
á torrentes la amargura
y la ruina y el espanto,
la muerte, el hambre y el llanto
á la humana criatura!

Asi... pálido el semblante
y sin cetro y sin diadema,
sin manto ni regio emblema,

quiero verte en este instante,
de los buenos, anhelante,
pidiendo en triste alarido
el esfuerzo reunido,
y como madre angustiada
lanzándote desalada
al huérfano desvalido!

Esa imágen, patria mia,
quiero que brille á lo lejos
y enaltezca los festejos
de la alegre romería.
Alegre... que hoy de alegría
la caridad se acompaña...
Y grita el vivo Champaña
saltando en los vasos llenos:
¡Por el tesón de los buenos!
¡Por el corazón de España!

En el 2 de Mayo

EVOCACIONES Y RECUERDOS

I

¡Día sangriento y en horror fecundo!
yerma veo tras ti la patria ansiosa,
sus joyas veo y púrpura preciosa
en las garras de ejército iracundo;

pagada en Viena con desdén profundo
por toda Europa, la proeza hermosa;
dispersa, allende el mar, la obra grandiosa
para la unión universal del mundo...

hecatombes y ruinas giganteas
del odio engendros y de envidia extraña;
saqueos viles, incendiarias teas...

Ah! *¿qué nos das* con tu terrible hazaña?
—*Honor y libertad.*—¡Bendito seas!
Eres dia de júbilo en España!

II

Responde al negro insulto, voz rugiente;
á la armada invasión, pechos desnudos
que por baluarte solo y por escudos
tienen del roto hogar la ruina ardiente;

despierta un pueblo... la traición latente
de pocos viles y sus torpes nudos
cayendo expian, en combates rudos,
las nobles vidas de infinita gente;

donde el plomo se agota, el hierro brilla,
donde acaba la guerra... la guerrilla
corriendo audaz, al invasor envuelve;

óyese jadeante bota-silla...
y a dormitar altivo el leon vuelve
en su llano inviolable de Castilla!

III

Cuando Francia, en reciente desventura,
vió, con ansia cruël, desbaratada
la hueste regular y concertada
que su fuerza en las lides asegura...

queria—generosa en su amargura—
con duro ejemplo de lección pasada
esa chispa encender, santa y osada,
que no ha menester casco ni armadura;

y enalteciendo el bélico pertrecho
que alzarse puede aun de la inerme choza
y es el último amparo del derecho

cuando la faz del invasor destroza
nombró á sus hijos, con ardiente pecho,
el Cuchillo inmortal de Zaragoza

A DON JOSÉ ZORRILLA

Leida ante el retrato de Zorrilla, por el señor Perrin, en el teatro Solis de Montevideo en una función dada el dia 26 de Noviembre de 1893 por el eminente actor español don Antonio Vico, en honor del insigne autor del «Don Juan Tenorio», con asistencia del señor Presidente de la República.

VIVE y álzate á mi acento,
efigie muda y helada;
arda el fuego en tu mirada
y en tus lábios el aliento!
Baja de tu frio asiento,
¡oh poeta, evocador
del yerto comendador
y el pasado legendario!
de tu lecho funerario
hoy te evoca mi fervor!

Los siglos por ti surgieron,
cadáveres animados,
y en confusión agolpados
á nuestra vista vinieron;
y lloraron y sintieron
y á su rudo batallar
y á su férvido anhelar
tornaron estremecidos,
palpitando sometidos
al eco de tu cantar!

De las grietas y las losas
de fúnebres catedrales,
sus osamentas glaciales
se desprendieron ansiosas;
á sus panoplias mohosas
se lanzaron en tropel,
y en el vértigo cruël
de sus bárbaras batallas
gimieron las viejas mallas
y el carcomido broquél!

Turba de infinitas gentes...
guerreros y osados todos...
altivos y nobles godos,
ismaelitas valientes...
á nuestros ojos ardientes
brillaron hierros insanos,
y un rey, las aleves manos
afrentando, que le hieren:
¡Mirad, rugió, cómo mueren
los leones castellanos!

Abriéronse los torreones
y entre sus rotas almenas
vimos feudales cadenas
y sanguinarios blasones;
y en dulce claustro, á los sones
de la campana bendita,
con suavidad infinita
brillan fugaces después...
¡cuán hermosas! doña Inés
y la triste Margarita!

Signo de celeste ira
vemos abrirse una hoya
para el capitán Montoya
que su propio entierro mira...
y al son de fúnebre lira
que al pecho pone horido afán,
con sangrienta herida van
que sus crímenes expía,
el desalmado Mejía
y el satánico don Juan!

Poeta, surge triunfante
de la muerte que te oprime...
tú, el animador sublime
de tanta sombra anhelante,
¡alza la tuya gigante
y vé, con santo fervor,
fantástico trovador,
sombra inmortal, sombra pura,
cantando á la edad futura
creencias, glorias y amor!

Vision Heroica

Leida en el Centro Gallego el 12 Octubre 1893

¿Dó van en grupo espléndido de formas luminosas,
siguiendo la carrera que les trazara el sol:
dó van, al ronco estruendo de huestes animosas,
la dulce americana y el bélico español?

Cruzando inmensos mundos, buscando altivos lauros,
fantásticas centellas lanzando del arnés,
¿dó van, con esa nube de ibéricos centauros.
Marina la graciosa y el férvido Cortés?

«Malinche!» grita el indio: su hermana peregrina
mirando entre soberbias legiones cabalgar....
«Malinche no! contesta: Malinche no!—Marina!
Marina enaltecida de Cristo ante el altar!»

De su adalid cristiano los impetus ardientes
al brillo excelso mezclan de santa conversión,
el fuego que ilumina las criminales frentes,
los rojos resplandores de ilícita pasión....

Y van entre la llama de Paolo y de Francesca,
y al par, con los destellos del bélico laurel....
culpables y abrazados, como en visión dantesca;
altivos y gloriosos, bajo triunfal dosél!

¡Culpables!... y en la enseña que sus ginetes guia
de Cárlos Quinto llevan el águila imperial,
y van á hacer tan grande su noble monarquia
que sueñe los fulgores de un cetro universal!

Culpables!... y levantan en sus fervientes manos
la cruz majestuösa que lanza viva luz,
y van despedazando con alientos cristianos
los ídolos deformes en aras de la cruz!

Culpables, más del crimen que ya de Magdalena
al pecho enamorado compadeció el Señor;
culpables como el padre que implora de Marchena
el pan que pide un hijo de clandestino amor,—

logrando que ese Cristo de yugo dulce y suave
y en la clemencia inmenso, por mano del guardian
la santa, la difícil, la codiciada nave,
la nave del triunfo, le dé con aquel pan!

Oh! cómo se adelanta la hueste valerosa!
¡cuán bella de Fernando la ardiente intrepidez!
¡cuán bella su Marina... la guía cariñosa
que allana los caminos á la española prez!

Cautiva en los amores y majestad de España,
sobre sus indios rudos el triunfo ella nos da...
más triunfo es generoso, sin opresión ni saña,
y el indio eternamente su acción bendecirá.

Marina!... siempre al lado de nuestra España viene
el alma delicada de la gentil mujer:
á Colón con amores en España retiene,
y bondades de Reina le dá para vencer....

La frente soberana de Hernán Cortés, ahora,
con aureolas ciñe de vivido arrebol....
Así el culto rendido de un pueblo que la adora,
así la ofrenda, paga, del fervido español—

que de su fé exaltada codicia por emblema
el rostro que soñaron Murillo y Rafael,
y de su brio altivo por expresión suprema
las lanzas que se humillan en torno de Isabel!

que en su histórico cielo vé siempre una faz bella,
y aun hoy, en las tormentas de la moderna edad,
entre sálicas nubes, la tuvo por estrella
de paz y de esperanza, de noble libertad!

Y Hernando...¡el genio hispano!—Gallardo, generoso,
titánico en los brios, inmenso en la ambición,
él va á ganar á España el mundo prodigioso
que vieron para España los ojos de Colón!

Su espada vencedora no mancha ni envilece,
ni grava en los vencidos infamante señal:
que al indio el noble Hernando realza y ennoblece
buscando en su albedrio la liga fraternal.

Al talisman terrible del trueno sanguinario
y del centauro armado, terror de inculta grey,
él prefiere ¡oh grandeza! el Sello del notario....
el símbolo sagrado del pacto y de la ley!

Delante de escribano, como bueno promete
la fé de Cárlos Quinto y el manto protector,
y no suelta las furias del ronco falconete
si pactan el Cacique y el gran Emperador.

Más rota ó desdeñada la fé que hidalgo sella,
al indio se abalanza con ímpetu campal
y su potente garra, cual áspera centella,
le arranca de las manos el Estandarte Real!

Soberbia es la carrera del Alejandro griego
que va del viejomundo al último confin;
pero es rastro, que muere, de fugitivo fuego,
al soplo moribundo del regio paladin.

Proezas inauditas y gigantes trofeos
el águila pregona del gran Napoleon;
deshechos en el polvo los tronos europeos
al golpe de su genio y espléndida ambición.

Más ¿cuanto de su empresa tras él ha subsistido,
al sonar el tañido del último revés?
De los pueblos que hiriera, ninguno ha perecido,
y sus torvas miradas vigilan al francés.

Más grande fué la obra de César; pero el dia
que rasga sus entrañas sacrílego puñal,
en la visión arcana de sublime agonía
acaso ya contempla su término fatal...

por águilas romanas, la cruz de los hebreos;
su Jove altitonante vencido con baldón;
y en torno del Imperio, nublados giganteos
que manda en rudas hordasel negro Septentrión!

Cortés—en mundo hispano trocando el nuevo mundo—
en él potente supo y enérgico estampar
un sello soberano—duradero y profundo—
que ya cuatro centurias pasaron sin borrar!

Los templos que surgieron en pos de aquella espada
aun lanzan hoy sus torres en busca del Señor;
la lengua de Castilla, que enseña á su adorada,
aun canta en estas tierras el himno del amor!

La sangre que, en sus huellas, aquellos castellanos
vertieron tantas veces por la gloria y la fé,
en múltiples raudales, hirvientes y lozanos,
aún viva por las venas de cien pueblos se vé!

¡Anales memorables! hallazgo de un gran mundo!
conquista, al par que hallazgo, de espléndida extensión!
conquista no! epopeya de intenso amor fecundo!
benéfica, potente, grandiosa creación!

Del yelmo de esos héroes y fúlgidas espadas,
del manto y de la cota y el nítido broquél....
fantásticas mujeres, suavísimas, aladas,
despréndense graciosas en mágico tropel....

Y acà y allá se esparcen por la floresta umbría,
meciéndose en las ramas con blanda ondulación,
y suena en torno de ellas hispana melodía
que halaga los sentidos y hiere el corazón.

Castillos, ciudadelas, palacio y lonja airosa
doquiera van alzando su línea magistral;
y surgen de la casa del ídolo, monstruosa,
las sombras imponentes de altiva Catedral!

Miradlos! ah! no es solo mi ardiente fantasía
que evoca ante vosotros la intrépida legión:
hay días que á los pueblos, como este santo día,
deslumban con el brillo de olímpica visión.

Instantes en que, rotos los venerandos sellos
de hermosos testamentos, el júbilo y la fé
los siglos aniquilan, y en trémulos destellos
fulgura vivo el cuadro de lo que vivo fué!

Atrás! el que de herencias que son *viva* esperanza
la gloria que le abruma queriendo discutir,
reniega desmayado del peso de una lanza
que nunca con sus manos él tuvo que blandir!

Miradlos, españoles! Conmigo, estremecidos
y en muda reverencia y extáticos mirad
la hueste prodigiosa, los héroes aguerridos
que pasan en alarde de gloria y majestad!

Ahí van! al ronco ruido de su triunfal carrera
la tierra que pisamos retiembla en rededor!
ahí van.... simbolizando la majestad guerrera,
y el lazo que á dos Mundos ha unido en el amor!

Osados y amorosos, buscando altivos lauros,
fantásticas centellas lanzando del arnés,
ahí van, entre la nube de ibéricos centauros,
la dulce americana y el **INMORTAL CORTÉS!**

Un Retrato Ideal

Poesia escrita para la celebración del 40 aniversario de la Asociación Española 1.a de Socorros Mútuos.

La Religión al Arte dijo un dia:
—Yo he visto, ¡escena varonil y grande!
héroes piadosos que al terrible incendio
le arrancaban su víctima anhelante,
ó de rugientes olas rescataban
del náufrago la vida deleznable!
Tiernas doncellas débiles he visto,
en el fondo de infectos hospitales,
respirando la peste valerosas
bálsamo dulce al apestado darle!

He visto miserables indigentes
su pan ceder á ser más miserable....
He visto hazañas nobles, sacrificios
que arrebatado el pecho latir hacen
y el ánimo enardecen y son dignos
de que en eterno cuadro tú los grabes,
simbolizando y resumiendo todos
en una sola y expresiva imágen....
—si hay imágen tan santa, que ella sola
cuanto vi y admiré cifre y retrate.

El Arte, sonriendo, al cielo eleva,
con ademán de súplica, el semblante...
y brota de su mano temblorosa
un retrato ideal... el de una Madre!

Madre de ajenos hijos desvalidos,
hambrientos, pobres, náufragos, errantes,
niños y viejos, sin hogar, desnudos....
que á su seno se estrechan entre afanes,
descansan doloridos en sus brazos,
y muestran á sus ojos celestiales
convulsas manos, lastimeros ojos,
y muletas y harapos y vendajes...

Oh Dios! exclama, ante el bendito cuadro,
la Religión, con lágrimas suäves;
¡el cielo te inspiró! cuanto yo he visto
se llama Caridad, y es esa Madre!
ven tú á inspirar el alma del que reza!
ven à poner tu cuadro en mis Altares!

Montevideo, 29 de Diciembre de 1893.

ESPARTERO.

TRIUNFO de libertad fué su serena
y venturosa marcha de caudillo:
espada y *ley* opuso al vil cuchillo
y al negro amago de feudal cadena.

Su voluntad honrada de alma buena
gobierno fué de honor, santo y sencillo;
y si faltan quilates á su brillo...
!responda de ellos la conciencia ajena!

Soldado de la ley! más de una historia
extiende tu laurel á los que un dia
en rebelión feliz hallaron gloria...

pregone por doquier la España mia
que no manchan tu clara ejecutoria
perjurio, deserción, alevosia!

Escrito para el aniversario de su muerte ocurrida el 8 de Enero de 1879.

AMARGURA

En la sentida muerte de la señorita Joaquina Arraga.

Ya la dulce avecilla no se mece
sobre la rama del pensil florido;
de mortífero dardo el pecho herido
su cántico hechicero ya enmudece;

ya su tierna mirada se oscurece;
ya se agota su trémulo quejido;
ya se lanza á las sombras y al olvido
y entre lentas angustias desfallece....

¡Rosa de un día! fugitiva estela!
huyendo esta mansión de malandanza,
tu espíritu inmortal ¿adónde vuela?

En pos de ti nuestro dolor se lanza...
y ante la fria Muerte que le hiela
llama el mortal á Dios y á la esperanza!

1.° de Abril de 1894

¡SANTIAGO!

Leida en la velada que celebró el Centro Gallego el 25 de Julio de 1894, dia de Santiago.

SANTIAGO! Ese era el grito. Si arreciaba
la terrible pelea y la agonia
de la hueste que á España sustentaba,
si ya el caudillo descargar queria,
en la morisma brava
golpe mortal de rápida energia,
rayo invencible de ferviente hazaña,
¡Santiago! era su grito y ¡cierra, España!

Santiago! Defensor le apellidaron
y afrontaron con él la negra suerte;
sobre altivo corcel le contemplaron...
más con fé tan viril de pueblo fuerte,
que solo le miraron
cuando buscaban ávidos la muerte,
cuando movian con ardiente brazo
el hierro vengador, el rudo mazo!

Grande, á fuer de creyente y esforzada,
España triunfó; se alzó señora;
en la tierra más virgen y apartada
ostentó su bandera vencedora,
y en su regia morada,
cual lámpara de honor deslumbradora,
brilló á sus ojos, sin cesar presente,
el destello del sol resplandeciente!

Sublimes dias! Al torrente hispano,
el árabe y el turco, el indio fiero,
tenaces opusieron dique vano;
surgió Alemania al grito de Lutero;
palpitó el italiano;
el flamenco glacial se armó guerrero;
el galo hirviente retempló su lanza,
y el corsario de Albión rugió venganza!

Cierra, España! Veneno hay en la flecha
que te envia salvaje tribu insana;
la presa del flamenco está deshecha
anegando á tus hijos inhumana,
y fria sierpe acecha
tu confiada nave soberana,
que vuelve, con legitimo trofeo,
de abrir un mundo al impetu europeo!

Ah! qué escasa es tu hueste, y qué mal puede
de tantos golpes resistir al peso!
más, dura y brava, en la región que cede
su larga posesión el sello ha impreso;
luchando retrocede
con secular y altivo retroceso,
cual retrocede el mar, torvo y rugiente,
otra región á sumergir potente!

Robaron al león presas hermosas;
mas no el sagrado de su patrio suelo
que fiero defendió; no las gloriosas
y osadas miras de su noble anhelo:
De manos alevosas
salvo guardó su corazón el cielo,
y aún ese corazón late valiente,
orgulloso, viril, omnipotente!

Arda otra vez la antorcha paladina
de vieja gloria y jóven esperanza!
¡Cobre fuerza el león! doquier domina
esa gran ley de fuerza y de pujanza,
injusta no: divina,
que eleva à un pueblo y á crecer le lanza,
y á la medida fiel de su nobleza
sus lindes mide y material grandeza!

La fuerza es el trabajo que edifica;
del fecundo deber es hija augusta,
del arado tenaz que multiplica,
del cetro noble y la sentencia justa
que sana y purifica...
la fuerza, en fin, es la virtud robusta
que arranca de su pecho generoso
oro vital y hierro valeroso!

Grande España será: vivo destello
aun lanzará su bienhechora espada;
eterno y fijo quedará su sello
en múltiple comarca dilatada,
donde su idioma bello,
su espíritu inmortal y ley sagrada,
que en tantos pueblos ya se enseñorean,
progreso y luz y bienandanza sean!

Su aliento ved! si agravios y agresiones,
si ataques viles á lo bien ganado,
al patrio hogar y límpidos blasones,
acometen con golpe inesperado
sacrílegas legiones...
despierta el hierro, y un clamor sagrado,
ir parece al Patrón de nuestras tierras,
pidiendo el grito de las viejas guerras:

«Surge del ataúd de Compostela!
surge ¡oh santo marcial! mira delante
del pueblo fiel que tus cenizas vela
la jauría terrible y anhelante;
ciñe la ardiente espuela;
fulgura en tu caballo rutilante
entre las nubes de enemiga saña,
y gritanos rugiendo: ¡Cierra, España!»

---

12 de Octubre 1492

Acercándose va gallardamente
de misteriosa ráfaga impelida...
¿Quién es?—España! España la atrevida!
¿Qué busca?—Un portentoso continente:

Oro, tierras, poder, para su gente,
almas para su Cruz enaltecida:
los profanos imperios de la vida,
los tesoros del ánima creyente!

Raudal de intensa vida que rebosa,
levadura inmortal, gérmen profundo,
llegan en esa nave generosa...

El ancla muerde al fin... ¡hierro fecundo!
ya forma tu cadena poderosa
de América y Europa un solo mundo!

POESÍAS EXTRACTADAS

DE

EL ALMA DE ESPAÑA

Obra inédita del autor

Al Orgullo Español

INVOCACIÓN

Ven, orgullo tenaz! ven, regio manto,
á envolver con tu trágica hermosura
el mísero broquél y la armadura
que muestra toda su fatal quebranto!

Ven á secar, antes que brote, el llanto
y hasta el gérmen de inútil amargura...
á trocar en fiereza la tristura
y el vil abatimiento en fuego santo!

Ven, que la humana lucha ya nos vierte
(á tu afanar el cielo al fin propicio)
la victoria en la copa de la muerte...

Acude! que eres honra y sacrificio;
acude y cumple tu terrible oficio:
¡llévanos á morir con alma fuerte!

A Enrique IV

REY DE FRANCIA

En respuesta á su frase «Paris vant bien une messe».

Rey creyente el de España y rey profundo,
sostiene contra ti la fé de Guisa;
te lleva la ambición á nuestra misa
y el cetro compras á la faz del mundo.

Tiembla mi pensamiento vagabundo
si contra España, en sueño cruel, divisa
una Galia cismática, sumisa
al mismo ardor de Lóndres, iracundo.

Larga fué la victoria que nos diste
al dar por el armiño tu creencia
y harto mayor que el precio que exijiste:

no impera en Francia ya tu descendencia,
más Francia como España á misa asiste ..
y una ciudad no vale una conciencia!

Felipe II

¿Con qué fallo postrero su memoria
cabe sellar? De nuestra fe baluarte,
Atlante rudo y belicoso Marte:
Flándes, Lepanto, Albión, dicen su historia.

¿Será luz para el mundo la victoria
de su sacro católico estandarte?
Debe Roma vencer? Pues ved su parte,
su parte inmensa en tan inmensa gloria.

Debe Roma morir? Fiero amatema
su celo, entonces, y teson merece:
su torva, dura y clerical diadema.

Morir... pero mi pluma desfallece
al tocar temeraria ese problema
de la *puerta infernal* que prevalece!

Don Quijote

I

Del Bien se pone intrépido al servicio,
y de ajenos entuertos y desmanes
cargando con la cruz, vuela entre afanes
al riesgo, á la pasión, al sacrificio...

Más la ley busca, con torcido juicio,
de su espada en los fieros gavilanes
aquel hidalgo de insensatos planes
que á Dios usurpa celestial oficio.

Falla su amparo á viudas y pecheros;
al que le brinda libertad, le oprime;
y nulos en su empresa los aceros,

ludibrio engendra su afanar sublime,
su justicia fomenta desafueros...
su lanza es una cruz que no redime!

II

¡Cuánto respeto envuelto en amargura
infunde al corazón de los humanos,
erguida entre vestiglos y tiranos,
esa tu triste y colosal figura!

Si excelsa cruz de mansedumbre pura
humilla tu lanzón de arrojos vanos,
¿quién sube á tus alientos soberanos
entre la grey del mundo, vil y oscura?

Honor es tu desdicha en tu cruzada
que envidia para sí la edad presente...
y el bien mezquino, la ambición frustrada,

la voluntad estéril é impotente
llevar pretenden ¡humildad taimada!
tu nombre bienhechor—santo y valiente!

Sancho Panza

Á amar al pobre labrador nos lleva
Cervantes, y á olvidarle su codicia;
descubre su candor en su malicia
y como *amigo* hasta el señor le eleva.

Si en gobierno falaz le pone à prueba
donde sentencia á su sabor y enjuicia
préstale firme vara de justicia
para que nadie ria de su esteva.

Y al recuerdo feudal de las espadas
que á mansalva cercenan arrogantes
sus desnudas y escuálidas mesnadas,

santo respeto pide el buen Cervantes
por sus míseras carnes delicadas
al dolor y á la injuria palpitantes!

El Mendigo

Vedle! mendiga en pueblo tan humano
y tan fiel á su Cristo pordiosero,
que más que por piedad, por justo fuero,
su pan le pide—con soberbia mano.

Nota el francès su porte soberano
que evoca en el mendigo al caballero;
hijo le llama el sacerdote austero
y el rico labrador le llama *hermano*.

Dejando al rey en su corcél brioso
y doblando ferviente la rodilla,
el gran Velazquez le retrata ansioso;

¡y el rojo sol que en sus harapos brilla
fulgurante los trueca y amoroso
en brocados de infante de Castilla!

Los hijos de Teniers

FANTASÍA

I

Del camarin del rey á los umbrales
acercándose van: son infinitos,
y las estancias reales
invaden sin cesar; rudos, joviales,
en ávido tropel, con grandes gritos.

Turba feliz! chispea en sus miradas
el vino alegre y el amor sencillo:
sus manos agitadas
la taza y copa de licor colmadas
alzando van con tembloroso brillo.

Festivas, incansables, retozonas,
juguetean entre ellos las mujeres:
espléndidas matronas,
maritornes y frescas mocetonas
que estimulan sus báquicos placeres.

Traen de la pingüe Holanda provisiones
para dejar los vientres satisfechos
de cien y cien legiones,
y brillan en sus manos y zurrones
culinarios tesoros y pertrechos:

Cuanto al hambre voraz brinda la caza,
cuanto nutre el corral y la alquería;
colodra y alcarraza,
trébedes y asador, rallo y tenaza...
interminable y rica batería.

Confusión de grotescos esplendores;
turbas de luz y de alegría llenas;
vestidos de colores,
músicas, armas, galas y primores;
bullentes grupos, vividas escenas...

Más súbito á la puerta de la estancia
donde ya llegan sus gozosas filas
se muestra el rey de Francia...
los mira... y el asombro, la arrogancia,
revelan sus olímpicas pupilas.

La vista tiende por las aulas reales:
gradas serviles ve, doseles vanos;
en los lienzos murales
triunfos y apoteósis teatrales;
y por doquier, sumisos cortesanos.

Todo es pomposo allí; todo, instrumento
de mesurada y férrea servidumbre:
contraste más violento
no soñara su altivo descontento
que aquella osada y tosca muchedumbre.

Indefinible y rápido, le agita
un secreto despecho, que punzante
á cólera le incita;
y desdeñoso á los ugieres grita:
quitadme esos muñecos de delante!

Con dolorosa alarma repentina
cesan pandero y gaita su tañido;
el cántico termina;
calla el porrón su nota cristalina
y la sartén alegre su chirrido.

Ay cuitados! Bajando la cabeza,
de agravio llenos, de rubor y afanes,
su inmensa turba empieza
éxodo cruel de bíblica tristeza,
entre hileras de mudos chambelanes.

II

Trás tenáz excursión de peregrinos,
de nuevo están en régios aposentos:
soberbios y ladinos,
confiar sólo quieren sus destinos
de un príncipe á los muros opulentos.

Mas al pisar las anchas escaleras
del Palacio español, y sus estancias
grandiosas y altaneras,
trémulos ven en bóvedas austeras
la majestad de altivas elegancias.

Temor infunden, por los altos muros,
más que en Versalles brillos y oropeles,
régios trajes oscuros;
monjes y ascetas con cilicios duros;
pálidos infanzones y donceles.

Espinola el caudillo, entrando en Breda,
recuérdales de Flandes las matanzas,
y aunque él sonrisa leda
finge de paz, á su alredor aun queda
un haz cruël de palpitantes Lanzas.

Ah! ¿qué sirve que el rey potente hispano,
rey de Holanda también, su hospitalaria
mansión, con régia mano
les abra, si en su luto soberano
sepultarlos parece funeraria?

Imponente mansión! Allí descuella,
entre sombras, sublime crucifijo...
y de la efigie aquella
con pavorosa majestad destella
la luz terrible del dolor del Hijo!

Los mezquinos labriegos, desmayados
avanzan, silenciosa y lentamente,
con pasos atentados;
más de súbito ven, alborozados,
una visión extraña y sorprendente.

En la penumbra de los muros vaga,
surgen rostros de férvida alegría,
que á los tristes halaga
cual si á la voz de protectora maga
saludara cordial su romería.

Rostros, sí, que respiran; cuerpos luego...
seres de raro y singular destino,
que en muro palaciego,
entre lodos y andrajos, con sosiego
gozando están la libertad y el vino...

Que á la efigie del rey, desde sus lodos,
miradas lanzan de osadía llenas,
con infulas de godos
y *fraternal amor*, pues llevan todos
sangre del gran Velazquez por las venas ..

Y al lazo afine de otro genio fieles:
¡amigos! dice á los de Holanda—amigos!
la grey de aquel Apéles,
Júpiter español de los pinceles
engendrador de reyes y mendigos!

Evocando las turbas forasteras
á su Teniers, que en lóbregos canales,
figones y praderas,
los engendró, y allende sus fronteras
los lanzó á conquistar mansiones reales;

Alzando ufanos gorras y mochilas;
con estentorea voz, que va brotando
de sus inmensas filas,
y osada confianza en sus pupilas:
¡amigos! gritan al hispano bando...

Y á tu por tu, de parentesco en prenda,
y haciendo del recinto palaciego
campestre, inmensa tienda,
confúndense en homérica merienda
los hijos de David y los de Diego!

La cólera reprime de sus Lanzas
Espinola, y contempla el regocijo;
piadoso con sus danzas,
desvía triste á negras lontananzas
su trágica mirada el Crucifijo;

Sonriendo á sus turbas vocingleras,
bellas hijas de rey cruzan gallardas,
y guardando severas
la bacanal, en patios y escaleras
relucen las pesadas alabardas.

III

Los siglos han pasado – y aun potente
su vida sigue y su campestre orgía;
en ámbito esplendente
el Palacio del Prado y el de Oriente
su muchedumbre albergan todavía.

Holanda no es ya España: cien impíos
combates lo quisieron; cien campañas;
pelearon con brios
los hijos del Escalda—y sus navíos
el anglo puso entre las dos Españas.

Para endulzar quedó, nuestros reveses,
la prole de Teniers: botin más bello
que el de ferreos arneses:
generacion entera de holandeses
que alienta y rie con vital destello.

Vedlos! la ausencia de su patria amada
no ha cambiado su ser, sus corazones:
aún vuelven la mirada
al pueblo y à la iglesia y la enramada
de sus bodas y alegres procesiones.

Más la tierra en que asilo están gozando
no ven, por eso, con desden sañoso;
y más ¡ay! recordando
la expulsion despiadada y el nefando
sarcasmo de aquel príncipe ostentoso.

Su vino todo, que en raudal hirviente
por taza y jarro y calderete rueda
cual báquico torrente,
bebiendo están en honra de la gente
que por siglos amiga los hospeda;

Y con ruidosa gratitud bravía,
con grandes risas y algazara extraña,
con lúbrica osadía...
llenando están de rústica alegría
los altivos alcázares de España!

El lenguaje de las flores

Fragmento de un monólogo inédito titulado «Poeta y Actriz».

Las flores no brotan, no!
Como parece, del seno
del prado verde y ameno
que con ellas se adornó;
ni del tallo que ostentó
su dulce corola ufano:
ni del tronco añoso y cano
donde su capullo tierno
brilló, tras el frío invierno,
como sonrisa de anciano.

Brotan, si! Del pecho ansioso,
del hondo suspiro amante,
del corazón palpitante,
del deseo tembloroso!
Por eso su brillo hermoso
y gratos colores son
la simbólica expresión
de enamorado mensaje
y cantan con su lenguaje
un poema de Pasión!

Amo! dice el Tulipán
(*confesión de amor* es él)
mirando el rico vergel
de flores que en torno están.
Y ¿cómo extrañar su afán
si ve en la flor de Azahar pura
la *virginal galauura*,
el *encanto* en la Verbena,
el *candor* en la Azucena
y en la Rosa la *hermosura?*

Aparta! dicen traidores
Adelfas, Brezos y Abrojos
que pintan *celos*, *enojos*,
desdén, *envidia* y *temores*.
Cuerra! pregonan las flores
del fogoso Mirabél;
y la de Alóe cruel
dice, vertiendo *amargura:*
¡Miserable criatura,
¿pides amor?—toma hiel!

Fé! murmura celestial
la Pasionaria bendita,
y la Madreselva grita:
ten mi *lazo fraternal!*
El Amaranto inmortal:
la *gloria*, dice, se halla
tras la férvida batalla!
y valiente—aunque rastrera —
sugiere la Enredadera:
Escalemos la muralla!

Vil temor del pecho arroja!
el Lirio reäl exclama;
¡á vencer! el Mirto llama
que el *amor* cifra en su hoja...
y cuando púdica y roja
velar su corola ansia
la encendida Peonia,
el Laurel—ya vencedor—
susurra con hondo amor:
vida mia! vida mia!...

Mayo, 1891.

Nuestro Amor

Nuestro amor no es endeble flor de un dia
que apenas nace y ábrese fugaz,
esparce deshojada por el suelo
su espléndida corola, muerta ya...
Es flor de embravecidas tempestades,
que al récio combatir del huracán,
agita un punto su flexible tallo...
y más erguida tórnase á elevar!

No es tembloroso y débil fuego fátuo
que vago y ténue por los aires va
y apenas le persigue nuestra vista
se desvanece y cesa de brillar...
Es antorcha purísima y fulgente
que al soplo del furioso vendabal,
despliega altiva su invencible llama
y redobla su viva claridad!

Es acero que brilla, tinto en sangre
de tu pecho y mi pecho, sin cesar,
y que á hundirse de nuevo en nuestros pechos
punzante y preparado siempre está!
Es cadena potente y diamantina
que Dios un dia consintió en forjar,
que esfuerzo humano separar no puede,
que nadie logra destruir jamás!

MARINA

Reminiscencias poético-musicales dedicadas á la memoria del compositor español don Emilio Arrieta.

MARINA

I

MELANCÓLICA ternura,
arrullo de blandas olas,
hechiceras barcarolas
de música noble y pura,
adormecen con dulzura
las ánsias del corazón...
Escuchad! de Camprodón
á los sueños de poeta,
enlaza el mágico Arrieta
su dulce modulación.

Prestando su voz divina
á los pobres pescadores
y á los cándidos amores
de Jorge y de su Marina,
desde playa peregrina
y del mar al ronco acento
nos canta un sentido cuento
de temores y esperanzas,
de tormentas y bonanzas,
de lágrimas y contento.

Alegre y viva algazara
nos dice que como el ave
rauda se acerca la nave
en que Jorge se ausentara;
la antorcha del dia, clara,
haciendo trémulo espejo
de su gallardo aparejo,
barco, mar y ansiosa gente
baña en el júbilo ardiente
de su dorado reflejo.

Feliz Marina se lanza,
ansiando ver á su lado
al protector adorado,
á su amor y su esperanza:
un sueño dorado alcanza
la enamorada Marina...
Más sospecha repentina
que súbito azar la infunde
en su corazón se hunde
cual dura y punzante espina.

Ambiguas frases que oyó
de un desdeñado rival,
oscura carta fatal
que Jorge al partir dejó,
y en que ella, ilusa, miró
prueba cruel de indiferencia,
llevan con veloz creencia
su esperanza al desaliento
y anublan en un momento
la dicha de su existencia.

Si tan sólo es para él
gravosa carga quizá...
¡despecho, manda tú ya!
¡decreta, orgullo cruël!
Brota en oculto vergel
amor: en el corazón!
y ufano en su reclusión,
trueca, con fatal presteza,
su altiva delicadeza
en perdurable prisión.

A qué silencio implacable
tu amor, niña, te condena!
Honda y muda irá tu pena
sin que en tus lágrimas hable.
Adiós, ventura inefable,
que tan cercana lucia!
Esa nave que traia
tu sueño de rosa y oro
no oirá tu voz, en el coro
de parabién y alegria!

II

Ya vuelve el marino; ya el barco fondea;
ya pisa la playa que ausente lloró
el hijo querido de la pobre aldea
que mares ignotos osado surcó.

Su amor anhelante, los hondos suspiros
que ansioso lanzaba su pecho al llegar,
las aves traian en rápidos giros
cruzando la inmensa llanura del mar.

Abrazos, caricias, cordiales festejos,
al nauta rodean con grato fervor,
y él rie y se alegra con mozos y viejos,
y busca su estrella... su estrella de amor!

III

Dulce estrella que brillas en el cielo
delante del marino,
llamándole con rayos de consuelo
al fin de su camino...

Dulce estrella que calmas su amargura,
y en su bogar incierto
con presagios de plácida ventura
alumbras su desierto...

Grato es seguir tu brillo de alegria
que en argentada raya
nos va trayendo, con amante guia,
al borde de la playa.

Grato es hallar de nuevo los altares
y techos protectores,
los santos y pacíficos hogares,
los íntimos amores!

En el horror del piélago tremendo
Amor resplandecia;
iban valor y fé desfalleciendo...
y Amor los sostenia!

A consolar hoy va tan rudo anhelo
con su inmortal ternura,
y á darnos, como dádiva del cielo,
la flor de la hermosura!

IV

Su Marina! cuán bella y cuán cercana!
hela ahi! porqué hiela el corazón?
¡cuán bella... más sombría y aun lejana
como entre brumas óptica ilusión.

Hela ahi... más escucha, mudo y yerto,
que va con otro al sacrosanto altar...
Su luz se apaga: el despiadado puerto
de nuevo empuja su bajél al mar.

El torvo rayo y la tormenta oscura
que en el adverso piélago esquivó,
con redoblada furia y amargura
e hieren en el puerto que anheló.

Tormenta horrible! su infernal bolina
quién soporta y su densa lobreguez?
Salud al rojo vino que ilumina!
salud á la fantástica embriaguez!

Hirvientes copas, resonante espuma,
venid febriles; acudid! brillad!
cantad, en las prisiones de la bruma,
los cantos de la loca libertad!

Al vino! denodado marinero!
viva el loco beber! muerte al amor!
al vino, Roque! rudo compañero
de vendabal ayer y hoy de dolor!

Dolorosas ¡ay! vibran las canciones,
de las rojas botellas á pesar,
y en fúnebre visión las ilusiones
desfilan ante el báquico cantar...

Y entre la sombra y el dolor y el vino,
acá y allá se agita una mujer,
buscando ansiosa su ideal divino
que va en impuro vaso á perecer.

Jorge! grita—y un vértigo de orgia
escarnece su grito de pasión;
Roque! implora—y un dardo de ironia
despedaza brutal su corazón.

Ante el loco delirio de su amante
y evocada por vértigo febril,
sobre nocturnas olas va flotante
deslumbradora imágen femenil...

Una luna fantástica ilumina
la etérea forma de su ilusa fé...
y llora en tanto su gentil Marina
y sus hermosas lágrimas no ve!

V

Tras canto que los pechos
cruël desgarra,
suena el repique alegre
de la guitarra;
viva letrilla
enreda en sus arpegios
la seguidilla.

Con sal de marinero
y airoso toque,
les canta á sus amigos
el bravo Roque;
palmoteando
sus coplas todos ellos
van corcando.

¿Porqué tras los sollozos,
tanta algazara?
tras noche de nublados,
aurora clara;
y en liga estrecha
bullente seguidilla
y amarga endecha?

¿Es que implacable el mundo,
segun su guisa,
exige á los que lloran
grata sonrisa,
forzado canto
que los tedios disipe
del triste llanto?

¿Es el presagio alegre
de la ventura,
que á brillar va serena,
tras nube oscura;
y por instantes
prepara ya el abrazo
de los amantes?

Oh venturoso Jorge!
feliz Marina!
la fortuna os enciende
luz repentina:
no más recelos!
no más tribulaciones
y desconsuelos!

La iglesia de la aldea
pide ya flores,
que en sus altares digan
vuestros amores;
y su campana
de contarlos al pueblo
tiene ya gana!

Ya la nave en que Jorge
de lejos vino:
esa nave que tanto
quiere el marino,
y en las bonanzas
y en las tormentas, lleva
sus esperanzas...

De su patron parece
que el triunfo sabe;
y se ufana y se engrie
la airosa nave;
plácida ondea
y al amor de las olas
se balancea...

Las dulces melodias
se van perdiendo,
del gigante oceano
con el estruendo;
de encanto llenas
como la voz lejana
de las sirenas...

A sus ecos, Arrieta,
vibran las almas;
pesares y tristezas
meces y calmas:
harpa divina
suena en las barcarolas
de tu Marina!

Arte y Honor

Poesia escrita con motivo del fallecimiento del renombrado pintor de cámara y retratista de la alta sociedad madrileña don Federico de Madrazo.

Arte y honor

I

EL ESTUDIO

La luz con trémulo juego
por el estudio reparte
sus rayos de hermoso fuego,
y alumbra el noble sosiego
de aquel asilo del arte.

A recibirla gozosos,
como á dulce compañera,
allí se apiñan graciosos
los brocados suntuösos,
la empenachada cimera.

Espejo soberbio el raso
ofrece á sus esplendores;
y audaz quebrando su paso
la trueca en centellas, vaso
de preciosísimas flores.

Truécanla en chispas como él
la cota de acero antigua
y el cincelado broquel;
más negra y salvaje piel
en sus garras la amortigua.

Las macilentas figuras
del tapiz de vieja trama,
en sus postreras tristuras,
color piden y frescuras
á su benéfica llama.

Vida tambien y reposo,
solazándose en su rayo,
la pide á la par, lujoso
y espléndido y vanidoso,
un flamante papagayo.

Y á su reflejo de vida
dando perfiles de muerte,
cortan su lumbre encendida
daga que traición anida
y alfanje que espanto vierte.

Mas ¡ah! que sumisos brillan
si en ellos la luz tropieza,
y ni rugen ni acuchillan,
que allí, cual todo, se humillan
de la luz á la belleza.

Y mudo así se somete
el torvo chuzo cruël;
la ballesta y el machete,
el agudo capacete
y el erizado broquél.

Sellando con dulce ultraje
lo inútil de su amenaza,
leve y femenil encaje,
virginal y blanco traje,
á sus panoplias se enlaza...

¿Qué son, muerto el frenesí
de sus filos destructores?
Graciosas joyas, que allí
engarzan oro y rubí
y ostentan luz y colores.

La luz! la luz soberana,
dominante, vencedora!
el marfil, la porcelana,
raso y flores, oro y grana,
embellece, esmalta y dora!

La luz! ¿qué busca, rodando
por selva tan esplendente?
vertiginosa volando,
invadiendo y chispeando
febril, divina y ardiente?

La mente viene á inspirar
del hombre: á vibrar en él:
sacerdotes de su altar,
con ella van á irradiar
una idea y un pincel!

II

ARTE Y HONOR

¡Dulce capilla sagrada
del arte bello y sublime,
no extraño que se aproxime
á ti, la regia morada!
Atracción inexplicada
enlaza y junta tu umbral
al del alcázar reäl,
y en tu purísimo ambiente
perfume altivo se siente
de armiño y regio cendal.

Y mirad! sobre la seda
de recamado cojin
—como tras noble festin
flor bella olvidada queda,
y al sitial lujoso rueda
y allí los ojos encanta—
así preciosa levanta
su festón de oro, que brilla
con emblemas de Castilla,
la diadema de una infanta

Y un cuadro que cerca luce
bella infanta nos presenta,
que dulce sonrisa ostenta
y dulce emoción produce.
En su mirada reluce
bondad graciosa y festiva;
lleva de su extirpe altiva
sereno y grato reflejo...
más aun se escucha el gracejo
de su charla inquieta y viva.

¿Qué dice? Lo que tal vez
cruzó su traviesa mente
en ceremonia imponente
de ineludible mudez...
O el sueño que su altivez
negó á su tierna porfía:
el sueño de poesía
y de fingidos espacios
que enciende de los palacios
la amorosa fantasía!

¿Qué dice? No sé: mi anhelo
su frase al lienzo no arranca;
más su boca linda y franca
charla juvenil sin duelo.
A un lado puso el recelo
y el palaciego rigor:
mansión sabe que es de honor
la noble mansión del arte,
y encantadora departe
con el hidalgo pintor.

De su retrato y diadema,
brillan, además, entorno,
cual resplandeciente adorno,
uno y otro regio emblema:
cetro y púrpura suprema,
sitial de regio blasón...
¿como aquí tal profusión
de soberbios esplendores?
de monarcas y pintores
decirnos quiere la unión?

El arte engendra nobleza
que doseles ambiciona,
y ansia la real corona
los brillos de la belleza.
—Idólatra de grandeza
y de lo sublime ansioso,
¿qué muro ni estrecho coso
al artista detendría
en la rauda poesía
de su vuelo generoso?

Y mústio bajo dosel
de gravámen opresor,
ciego de falso esplendor
y harto de lujo cruël,
¿dónde consuelo más fiel
podrá triste rey hallar
que en el recóndito altar
en que férvido palpita
un silencioso eremita
que trabaja sin cesar?

No es pobre que vil serpea
y tiende mezquina mano;
no es ocioso cortesano
que sólo palabras crea.
Del trabajo en él campea
el orgullo y el placer:
altivo pretende ser
cual los que guardan sus sellos...
y no le arranca, como ellos,
pedazos de su poder!

Mirad dos nobles figuras
de Velàzquez en la historia:
artista y rey, en la gloria
de sus fraternas alturas.
Y en pos de sus huellas puras
¡cuántos después han logrado,
al impulso denodado
de su honor y maestría,
escalar con hidalguía
las gradas del regio estrado!

A su innata dignidad
y á sus férvidos pinceles,
el arte ofreció laureles,
respetos la majestad.
Juntos en ellos mirad,
en lazo firme y sincero:
lazo de brillo hechicero
que fascina nuestra vista,
la inspiración del artista
y el honor del caballero!

III

LA MAJA

Del fondo del estudio,
tras ámplia tela
que el umbral de otra estancia
lujosa vela,
sale graciosa
una forma hechicera
y esplendorosa.

Realza una mantilla
muy macarena
y una ceñida falda
de encajes llena,
la gracia viva
de una mujer esbelta,
dulce y festiva.

Prendados van los ojos
á su pie chico;
luego á su blanca mano
y al abanico,
flor del deseo,
que acá y allá los lleva
con su escarceo.

Traviesa incertidumbre
pinta su cara:
aquí corre curiosa,
y allá se pàra...
y un clavel bello
para los rizos coje
de su cabello.

Ya dibuja en sus labios
gesto intranquilo
jugando con las armas
de torvo filo;
ya sonriënte
del locuaz papagayo
se pone enfrente.

En un sillón se sienta,
de luenga data,
con morbidez flexible
de linda gata;
salta enseguida
y al espejo se acerca
que la convida.

Y ante él coqueteando
prolija ensaya
los sesgos del pañuelo,
mantilla y saya:
donosas vueltas
que las vivas manolas
dan muy resueltas.

Más ¿porqué el desenfado
que hallar pretende
á ella misma, en su imágen,
tanto sorprende?
¡gentil sorpresa!
tú no eres una *maja*,
bella marquesa!

Caprichosa te pide
tu fantasía
las populares gracias
y bizarría:
tedio y costumbre
quieres huir, bajando
de tu alta cumbre...

Ah! gózate en el garbo
que osado brilla,
y en la sutil audacia
de la mantilla:
goza serena
la alegría del pueblo,
de fuego llena!

No temas de las turbas
la villanía;
maja serás, cual quieres,
con poesía:
plácido nicho
labran aquí los genios
á tu capricho.

Al amparo del arte,
del arte altivo,
maja seràs del pueblo,
de impulso vivo:
rie y empieza...
que en el pueblo del arte
todo es nobleza!

VI

LA LUZ DEL ARTE

DELANTE del pintor se yergue ahora
una mujer de rostro peregrino.
El traje ostenta de reäl señora...
y el manto purpurino,
la faz deslumbradora,
de una reina pregonan la grandeza
y de una diosa la inmortal belleza.

Del pueblo viene á recojer festiva
de su reina los signos soberanos:
el manto real y el cetro, que no esquiva
sus elegantes manos,
y la diadema altiva
que en sus rizos de amor y ebúrnea frente
corona la hermosura omnipotente.

Modelo encantador! Sí: reina es ella...
y desde el solio creador del arte,
que acuña sin cesar su imágen bella,
acá y allà reparte
su luminosa huella,
y va buscando por el ancho mundo
homenaje sin fin y amor profundo.

¿Ries glacial ¡oh sério cortesano!
Viviente maniquí la llamarias,
prestado su esplendor y el cetro *vano?*
Blasfemias son impias
las de tu labio insano:
cetro y manto te da; desnuda brilla...
Mirala en su esplendor! la frente humilla!

Salud, belleza augusta! los mortales
te ven con temerosa reverencia...
Tú lanzas en destellos ideales
la luz de la existencia;
tus fuegos celestiales
al hombre gritan con ardiente llama:
sé grande y creador! alienta y ama!

No eres profana, que sublime brillas!
No eres profana en tu inmortal destello!
á Dios nos alzas, y ante Dios humillas
que es fuente de lo Bello!
De sórdidas mancillas
nos salva la altivez que tú reflejas
cuando del fango trémula te alejas!

Salve contigo al arte generoso
que pide rayos á tu altar sagrado,
y ante ti, con aliento vigoroso,
el mundo trae postrado
rendido y fervoroso...
borradas de su mente sometida
las torpes fealdades de la vida!

CRIMEN FRUSTRADO

Escrito para la fiesta conmemorativa del XLI aniversario de la fundación de la Asociación Española 1a. de Socorros Mútuos.

Crímen frustrado

Va por oscuras calles, afanoso,
como pantera escuàlida y hambrienta,
lanzando de sus lúgubres pupilas
ayes de soledad y de miseria...

Un torvo sér, la macilenta Envidia,
ataja, persuasivo, su carrera,
socorros ofreciéndole y amparo
si su mandato y voluntad respeta.

Otra sombra, la Ira, se aproxima
y con ella la pálida Soberbia,
que en palabras de honor y de justicia
sugieren á su afán horrible idea.
Une á esas frases amenaza impia
el Hambre, su perenne compañera,
y la Gula, en visión esplendorosa,
faláz banquete á su avidez presenta,
que gozozos, tambien, y agradecidos
sus miserables hijos saborean!

Torvas é impuras, sus codicias todas
surgen con grito audáz... su mano tiembla.
y un siniestro rufián, el negro Crimen,
que hasta allí se ocultó, coloca en ella
el agudo cuchillo, que alevoso
falsa justicia en su brillar refleja...

Al fondo de la calle solitaria,
noble matrona súbito se ostenta
y al ver la majestad de su apostura
ruge anhelante la feroz caterva.

—«Es ella! gritan, y al mezquino empujan;
la dura Sociedad! la vil Riqueza!
vuelve ya por tus fueros y tus hijós!
mata para existir!—destruye y venga!»

Y desprenderse de su horrible grupo
al miserable ven—y se recrean
con júbilo infernal—y palpitantes
ven alzarse su mano en las tinieblas,
al tiempo mismo que la hermosa dama
desata compasiva su escarcela...

Más con qué talismán ¡viven los cielos!
la mano alzada sin impulso queda,
y el grupo infame de nocturnas furias
despechado en la sombra se dispersa?

—¡Pan de la Caridad! frase piadosa!
¡aún, como siempre, la victoria es vuestra!
¡aún, como siempre, en corazón humano
habeis trocado el corazón de hiena!

Montevideo, 22 Diciembre 1894.

Apéndice

APÉNDICE

No quisiera terminar este tomo sin dar las gracias á los críticos y á la prensa de Montevideo y departamentos del Uruguay, Buenos Aires, Madrid, Cádiz y el Ferrol,—para no citar más que los que he leido,—que han reproducido mis trabajos, ó se han ocupado de ellos con elogio. Un querido y respetable amigo mio, don Nemesio Fernandez Cuesta, ya, desgraciadamente, fallecido, en el Anuario que publicaba en Madrid para consignar los hechos notables históricos y literarios del año, me dispensó el favor de mencionar con alabanza *La Cruzada Española*, al dar cuenta en

el tomo correspondiente á 1892 y al revistar lo sucedido en el extranjero durante el mes de Octubre.

Haré también mención especial del ilustrado periódico de Buenos Aires *El Correo Español*, que casi no ha dejado de trascribir, con frases que agradezco mucho, una sola de mis composiciones.

Publico á continuacion tres comunicaciones de las varias que me han dirigido el Club Español, la Asociacion Española 1.ª de Socorros Mútuos y el Centro Gallego, después de veladas en que he tomado parte. Para mí son un grato recuerdo de las patrióticas conmemoraciones que juntos hemos llevado á cabo.

CLUB ESPAÑOL.

Montevideo, Octubre 19 de 1892.

Excelentísimo señor Ministro de España don José de la Rica y Calvo.

Excelentísimo Señor:

La Junta Directiva del Club Español se

complace en manifestar á V. E. que se felicita por la buena idea que tuvo en pedir á V. E. encarecidamente que tomara parte en la velada literario-musical que se celebró el 10 del corriente, para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América. Y se felicita, porque fué motivo para que V. E. nos hiciera oir y aplaudir el notabilísimo trabajo que V. E. leyó á gusto de toda la numerosa concurrencia. Se puede decir con justicia que la hermosa composicion de V. E. bastaría por sí sola para dar valor litererio á la velada de nuestro Club.

Doblemente, pues, estamos agradecidos á la amabilidad de V. E. y á su indiscutible inspiracion poética que tales composiciones crea. Por esto es que esta Junta Directiva se vé en el imprescindible deber de dar á V. E. infinitas gracias por el realce que imprimió con su presencia al festival, á la par que felicitarle por su notable trabajo, que contribuyó á que nueetra Sociedad celebrara un concierto de tanto valor literario.

Quiera el señor Ministro aceptar las protestas de mi consideracion más distinguida. —*Francisco Súñer y Capdevila*, Presidente. —*Jaime Ferrer y Barceló*, Secretrrio.

—

ASOCIACION ESPAÑOLA PAIMERA DE SOCORROS MÚTUOS.

Excelentisimo señor Ministro de España en la República Oriental del Uruguay, don José de la Rica y Calvo.

Montevideo, Diciembre 17 de 1892,

Señor:

Tengo el alto honor de dirigirme á V. E. á fin de manifestarle: que esta Sociedad no seria exacta en el cumplimiento de uno de sus más extrictos deberes si despues del último paseo campestre, celebrado en conmemoracion del XXXIX aniversario de su fundacion, no expresára a V. E. cuánto es el profundo agradecimiento que le debe por el valiosisimo concurso que le prestó para

dicha fiesta, interesándose para la consecucion del uso del pabellon español, colaborando de la manera brillante que lo hizo en el número único editado; recibiendo del modo más galonte, fino y obsequioso la visita oficial al partir la comitiva para la Romería, asistiendo á prestigiar el acto á la carpa oficial; así como tambien en los varios dias de la aludida celebración; y en fin, de tantas otras maneras; hechos de la más favorable recomendación, que serán reflejados indudab emente por el propio Comité en la Memoria que debe producir oportunamente.

Cuente V. E., pues, con el sincero reconocimiento por el desinteresado servicio á que se alude y reciba el cordial saludo que por mi intermedio le envia al calor de tan grato recuerdo.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Excmo. señor:

José M. Vilaza, 1er. Vice-Presidente.
—*Juan V. Arcos*, Secretario.

—

JUNTA DE INSTRUCCIÓN DEL CENTRO GALLEGO

Montevideo, Octubre 19 de 1893.

Exmo. Señor Ministro Residente de España,
Don José de la Rica y Calvo.

Exmo. Señor:

La Junta de Instrucción que presido tiene el honor de acusar recibo—por mi intermedio—de la atenta nota que V. E. se dignó enviar, con fecha 5 del corriente, al Presidente de este Centro en contestación á la que esta Junta le dirigió el 6 del mes pasado invitando à V. E. á tomar parte en la Velada Literario-Musical celebrada en esta Sociedad el 12 del actual.

Y me encarga, con tal motivo, agradezca á V. E., de la manera que mejor me sea posible, el valiosisimo concurso que V. E. aportó á aquella fiesta con su magnífica composición poética *Visión heróica*, tan justamente apludida y elojiada por la inmensa concurrencia que acudió á oirla de lábios de V. E.

Cumplo, pues, con mucho gusto el encargo de la Junta de Instrucción dando á V. E. las más expresivas gracias por tan señalado favor y por tantisima honra dispensada á este Centro.

Aprovecho esta nueva oportunidad para reiterar á V. E. las seguridades de mi consideración más respetuosa con que tengo el honor de saludarle muy atentamente. — *Mario Rodriguez*, presidente. — *José Garín*, secretario.

—

Es también un placer para mi el unir á este libro, como recuerdo del Representante de los Estados Unidos,—de ese país que tal comunidad de sentimientos con el nuestro ha manifestado en la celebración del descubrimiento de América, — la siguiente carta de Mr. Frank D. Hill, Encargado interinamente en Julio de 1892 de la Legación norte-americana en Montevideo:

«July 29, 1892—Mr. Minister—I have the honour to acknoledge receipt of your courteous note of shis date, accompanying copies of your poem entittled *Envio á Chicago* to

be transmitted to my government together with á copy kindly destined for myself.

I shall take great pleasure in forwarding the aforesaid to Washington at once. I only anticipate my government in convéying to you its appreciation of the high compliment yon have seen fit to pay to our country and more especially to one of our most enterprising cities.

On my own account, I beg to return to you my grateful thanks and to assure you of my respect and esteem.

Very sincerely yours—Frank D. Hill—His Excellency the Minister of Spain, don José de la Rica y Calvo.»

—

La Legación de los Estados Unidos en Montevideo, que deseaba la participación del Uruguay en la Exposición de Chicago con tanto empeño como nosotros la deseábamos en la de Madrid, vió coronados sus esfuerzos, pues algunos meses despues el Gobierno oriental envió á Chicago interesantes colecciones, relativas, sobre todo, á instrucción pública.

ÍNDICE

Comentarios y recuerdos.—Página V á CXXXII
Capítulo I, La poesía y las grandes conmemoraciones históricas; II y III, ideas generales IV; relativo á *El canto de la Sirena;* V, á *Náufragos argentinos;* VI y VII, á *Envío á Chicago*; VIII, á *La Cruzada española* y á la celebración del Centenario en Montevideo; IX, á las poesías tituladas *En el 2 dos de Mayo* y á la conveniencia de celebrar como fiesta permanente el día 12 de Octubre; X, á *Visión heróica;* XI, á *¡Santiago!;* XII, á las poesías *A don José Zorrilla, Marina y Arte y honor*; XIII, á las poesías *Brindis, Un retrato ideal y Crímen frustrado* y á las romerías españolas de Montevideo; XIV, á varias poesías; consideraciones finales.

Poesías:

El canto de la Sirena . . . . . Pág. 1
Envío á Chicago . . . . . » 9
Encanto: . . . . . » 21
Náufragos argentinos . . . . . » 23
El centenario (artículo en prosa) . . » 27

La cruzada española . . . . . Pág. 35
En el Rynda . . . . . » 59
Brindis . . . . . » 61
En el 2 de Mayo. . . . . » 65
A don José Zorrilla. . . . . » 69
Visión heróica. . . . . » 73
Un retrato ideal . . . . . » 81
Espartero . . . . . » 85
Amargura . . . . . » 87
¡Santiago! . . . . . » 89
12 de Octubre de 1842. . . . . » 97

Poesías extractadas de la obra «El alma de España»: Al orgullo español, invocación, 101; A Enrique IV rey de Francia, 103; Felipe II, 165; Don Quijote, 107; Sancho Panza, 111; El mendigo, 113; Los hijos de Teniers, 115.

El lenguaje de las flores . . . . . Pág. 127
Nuestro amor . . . . . » 131
Marina . . . . . » 133
Arte y honor . . . . . » 149
Crímen frustrado . . . . . » 173
Apéndice. . . . . » 179

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.